MARTHA KEYES



Hallazgo en Navidad

Hallazgo en Navidad

Martha Keyes

TRADUCIDO POR

Elizabeth Garay

Para Micah y Jonah:
La espera valió la pena

Y para Zachariah:
Sé que la espera para conocerte, también valió la pena

Índice

Nota de la autora

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Nota final
También en esta serie
Agradecimientos
Acerca de la autora
Otros títulos de Martha Keyes

Nota de la autora

Este libro profundiza en un tema muy cercano a mi corazón, ya que es algo que he experimentado personalmente. La infertilidad es tremendamente difícil en cualquier edad, pero en el Período Regencia, con su enfoque en herederos y sucesiones, habría aumentado el dolor de muchas maneras, tanto para mujeres como para hombres.

Cada uno experimenta la adversidad de manera diferente, pero espero que quienes hayan pasado por la infertilidad, o aún la siguen experimentando, se sientan representados y escuchados en partes de esta historia.

Espero que aquellos que no tienen una experiencia personal con este tema también puedan aprovecharlo y simpatizar con las situaciones mostradas en el libro, incluso si son ficticias.

Finalmente, espero que la historia transmita la esperanza en la temporada navideña, particularmente en un año en el que, como en la historia de Lydia y Miles, las cosas probablemente se desarrollarán de manera diferente a lo que esperábamos. Incluso en medio de tales pruebas se puede encontrar alegría y crecimiento.

Uno

Rara vez había habido un diciembre más frío en Inglaterra, pero no era el frío glacial del exterior lo que hacía temblar las manos de Lydia Blakeburn en su vestidor, mientras contemplaba la carta que sostenía. Ella no *quería* poner fin a su matrimonio, pero esta carta bien podría decirle si era posible. Y si lo era, parecía su deber hacerlo. Por el bien de su marido.

Cerró los ojos con fuerza y rompió el sello. No tenía mucho sentido prolongar sus ansiedades.

Lady Lynham:

Tuve el honor de recibir su comunicación de fecha 13 de diciembre. Me temo que tengo poco que añadir a la información que usted ya posee, pero tal vez mis palabras aclaren cualquier malentendido que aún pueda existir. Como usted dio a entender en su carta, las causas de divorcio generalmente se limitan al adulterio por parte de la esposa. Por supuesto, es un proceso largo, costoso y público, y muchas parejas optan por conformarse con el divortium a mensa et thoro, que permite a marido y mujer vivir separados, tanto física como financieramente, sin la opción de volver a casarse.

La anulación puede aplicarse a un mayor número de cuestiones, y sin duda, la incapacidad de cumplir con las obligaciones matrimoniales es una causante, pero requiere un proceso de investigación que la mayoría de las personas consideran demasiado desagradable y humillante como para someterse a ello. Si usted, o su amiga, desean obtener más información al respecto, yo puedo proporcionárselas. Sin embargo, la falta de descendencia en sí misma no es motivo de divorcio. Eso se deja más bien en manos de Dios, como es lógico.

De otra manera, se puede conceder la nulidad en los casos de un matrimonio mal celebrado de forma indebida, como falta de lectura de prohibiciones, errores en la propia licencia matrimonial, etc., un menor que se casa con licencia y sin permiso, bigamia o que una de las partes no esté en su sano juicio en el momento del matrimonio.

Espero que usted y su amiga encuentren útil esta información. Le ruego que no dude en responder si tiene más preguntas.

Atentamente,
James Coates
Coates & Lamming, Abogados
Londres

Lydia tragó dolorosamente y parpadeó para disipar las inminentes lágrimas. Nunca se le habría ocurrido indagar sobre tales asuntos y no sabía si sentirse aliviada o decepcionada por la respuesta del abogado. Había albergado pocas esperanzas de que su incapacidad para proporcionarle un heredero a su marido fuera suficiente para justificar legalmente el fin de su matrimonio, pero de todos modos había un elemento de derrota en las noticias recibidas. No sabía cuánto tiempo más podrían seguir así.

Y, sin embargo, la perspectiva de una anulación la enfermaba con tan solo considerarla. ¿Hacer como si cinco años de matrimonio nunca hubieran existido? Y todo había comenzado con tanta promesa, tanta esperanza, tanta alegría. En aquellos días, ella y Miles hablaban de los niños como si fueran conclusiones previsibles, mirando hacia el futuro en toda su nebulosa, pero segura dicha.

Sonó un suave golpe en su puerta y se apresuró a doblar la carta y colocarla en el cajón de la mesa que tenía frente a ella.

«Adelante», dijo, estirando su boca en una expresión más agradable.

En la puerta aparecieron las cabezas de sus dos hermanas llevando sombrero, Diana y Mary.

«¿Ya estás lista?», Diana entró en la habitación y Mary la siguió; las sonrisas en sus rostros evidenciaban cómo consideraban la perspectiva que tenían ante ellas.

Las dos no parecían demasiado decepcionadas por estar atrapadas en Londres, lo que era un alivio para Lydia. Ambas habían estado deseando ir a Lynham Place durante la temporada navideña, pero, dado el estado de las carreteras, un viaje hasta Staffordshire quedaba fuera de discusión. Los reportes afirmaban que había capas de hielo desiguales, cuando no estaban cubiertas de nieve. La niebla también se cernía sobre Londres desde hacía muchos días, haciendo peligroso incluso viajar por la ciudad. Afortunadamente, ayer se había levantado. Pero el frío persistía.

De todos modos, iban a salir. Lydia estaba decidida a hacer que la estancia de sus hermanas en Londres fuera lo más placentera posible, incluso si eso significaba soportar un poco de censura por parte de su suegra y una noche con los dedos de las manos y los pies congelados.

«Sí, estoy lista». Lydia se levantó de la silla y se puso su pelliza de lana. «O lo más preparada posible para salir a *eso*».

Todas miraron hacia la ventana, cuyo cristal estaba cubierto por un entramado de escarcha.

«Simplemente tendremos que comer y beber hasta saciarnos de ponche caliente y cordero para mantenernos calientes», dijo Diana, entregándole a Lydia su sombrero.

Mary se frotó las manos con anticipado deleite y pasó un brazo por el de Lydia, sacándola de la habitación.

En el camino, las tres se encontraron con el marido de Lydia, Miles, que acababa de salir de su dormitorio. Llevaba un gran abrigo y un sombrero de copa negro que cubría su cabello rubio. Era tan guapo ahora como lo había sido cuando Lydia lo vio por primera vez y, sin embargo, mucho más inalcanzable en muchos sentidos, dado el abismo que se había ampliado entre ellos.

Cuando su mirada se movió entre las tres hermanas y se posó en Lydia, ella lo vio en sus ojos: una vacilación momentánea mientras debatía cómo tratar a su esposa frente a sus hermanas. Lydia no quería que Diana o Mary se enteraran de los problemas que habían surgido. Ella no quería echar a perder su estancia aquí con nada de eso.

Miles le dedicó una sonrisa a Lydia y le ofreció su brazo. «Creo que mi madre nos espera».

Lydia lo miró. «Pensé que ella estaba en contra de la expedición».

Miles mostró algo entre una sonrisa y un gesto. «Ya la conoces. Ella se siente simultáneamente ofendida e interesada en tales asuntos. Supongo que ha encontrado consuelo al

convencerse de que actúa como una especie de acompañante».

Lydia no lo dudó. La viuda nunca la tomaría en serio como una adulta capaz hasta que fuera también madre. Cinco años después de casados, eso parecía muy improbable.

«La verdad es», dijo en un susurro conspirador dirigido a las hermanas de Lydia, «que ella tiene demasiada curiosidad como para dejar pasar esa oportunidad».

«No puedo culparla», dijo Mary. «Tengo entendido que han pasado casi dos décadas desde la última 'Feria en el Hielo'. Quizás tener que quedarnos en la ciudad durante esta temporada sea una bendición disfrazada».

[Nota de la T.: *La Feria en el Hielo, era un evento popular en los siglos XVII y XVIII, que se celebraba en Londres cuando el río se congelaba lo suficiente para caminar sobre él y montaban atracciones y puestos sobre el hielo*]

Lydia esbozó una sonrisa, pero tenía grandes dudas sobre el tema. Había estado esperando con ansias su estancia en Staffordshire casi tanto como sus hermanas. Londres estaba llena de gente con infinitas preguntas, conjeturas y consejos que ofrecer. Siempre no solicitados.

Un lacayo abrió la puerta y una ráfaga de viento helado los envolvió, provocando un escalofrío colectivo. Sin embargo, Diana y Mary parecían encantadas con eso y siguieron adelante, sin siquiera esperar a que Miles las ayudara a subir al carruaje que los esperaba.

Ayudó a Lydia a subir, aunque, sin mirarla a los ojos. Ella reprimió un suspiro. Atrás quedaban los días en que cada toque estaba lleno de significado.

La baronesa viuda, de poco más de cincuenta años, era una majestuosa mujer, aunque algo regordeta, tenía sus alojamientos a solo dos calles de distancia, un hecho que le había dado a Lydia amplio margen para arrepentirse durante el transcurso de su estancia en la ciudad. Era una visita frecuente en su casa de Mayfair, y a menudo inesperada y sin previo aviso, y aunque era cortés con Lydia, esta nunca había podido olvidar lo poco que su suegra había deseado su matrimonio con Miles. No había sido la combinación brillante que ella esperaba que él tuviera.

Siempre pensativo y atento, Miles recogió a su madre en la puerta de su casa y la acompañó hasta el carruaje, donde se instaló junto a Mary y Diana.

«Seguramente nunca ha amanecido un día tan terriblemente frío», dijo mientras se acomodaba en el asiento. «Me preguntaba si habrían pensado mejor en su intención de ir a la feria, pero si están decididas a hacerlo, no puedo evitar pensar que lo mejor es que las acompañe alguien que tenga experiencia en un evento así».

Lydia intentó reprimir una sonrisa e inmediatamente su mirada se dirigió a Miles, en cuyos ojos contenía la risa. Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, él vaciló ligeramente.

Sucedía con frecuencia estos días. Una incomodidad en sus interacciones. Ninguno de los dos sabía qué hacer con estos momentos de diversión y comprensión compartidos. Se sentían como recuerdos de un pasado remoto, deslizándose hacia el presente sin ser solicitados.

«Te lo agradecemos, madre», dijo él.

Ella sonrió amablemente y luego se enderezó de repente. «Oh, quería contarte, querido». También dirigiendo su mirada a Lydia. «Sobre un nuevo médico del que oí hablar el otro día. Aparentemente está muy versado en.…», se aclaró la garganta «asuntos que les conciernen. Tiene algunos tratamientos que tal vez quieran investigar».

Las mejillas de Lydia ardieron y juntó las manos en su regazo, evitando los ojos de sus hermanas y su marido. Las útiles sugerencias de su suegra nunca le resultaban fáciles de aceptar, menos aún en presencia de sus hermanas.

«¿Cómo se llama?», Miles parecía ligeramente interesado y Lydia intentó obligarse a relajarse, sintiendo los ojos de sus hermanas fijos en ella. Sin embargo, deseaba sinceramente

que Miles no animara a su madre a interesarse por sus asuntos. Gran parte de su situación ya era bastante humillante.

«Doctor Russell», respondió su madre. «Estoy segura de que podría hacer arreglos para que él los vea...».

«Gracias, madre. Lydia y yo lo discutiremos y decidiremos cómo proceder».

Podría haberlo besado en ese momento en señal de gratitud, pero eso no habría sido apropiado. Además, ya no era algo que hicieran, besarse.

Las calles que rodeaban el puente de Blackfriars estaban repletas de carruajes y personas que iban y venían del río. Las cabezas de Mary y Diana se agolpaban en la ventanilla del carruaje en su afán por echar un vistazo a todo.

«¡Qué espléndido!», Diana gritó.

«¡Cielos!», Mary dijo. «¿Es un elefante vivo y real? Supongo que al menos no debemos preocuparnos de que el hielo se rompa debajo de nosotros».

No había ningún lugar donde dejar el carruaje en un lugar así, por lo que el cochero los dejó bajar apenas cerca del puente. El amargo aire mordisqueaba cualquier piel expuesta, y Lydia se ajustó el abrigo forrado de piel para cubrir todo lo que pudiera mientras el grupo se abría paso entre la espesa multitud y bajaba la pendiente cubierta de nieve. Alguien había colocado adoquines para allanar el camino, y Miles ayudó a cada una de las cuatro mujeres y luego pagó las entradas al barquero con un puñado de monedas tintineantes».

A salvo en la orilla del río, Lydia miraba el hielo con un aleteo de nervios. El río zumbaba con la charla de todos los que estaban allí. No era particularmente tímida, pero nunca antes había caminado sobre hielo. ¿Cuánto peso podría soportar?

Mary y Diana pisaron sobre el río y, con toda la confianza del mundo, se volvieron y le hicieron un gesto a Lydia. «Ven, Lydia», dijo Mary. «Si un elefante puede cruzar el Támesis, ¡ninguno de nosotros debe temer!».

«No hasta *después* de la cena de Navidad, al menos», dijo Diana con énfasis.

Lydia se rió para disimular los nervios y vio como su suegra pisaba el hielo, ayudada por su hijo. Diana levantó una ceja hacia Lydia en un desafío amigable.

«Es una tontería, lo sé», dijo Lydia. «Pero, por muy grueso que sea el hielo, uno podría imaginar que, en algún momento, el peso sobre él sería simplemente demasiado. Sobre todo, teniendo en cuenta la cantidad de fuegos que se ven encendidos sobre él». Al otro lado de la extensión del Támesis helado, una docena de columnas de humo se elevaban en el aire frío.

Sintió que le levantaban la mano de repente. Con un atisbo de sonrisa, Miles le sostuvo la mirada y asintió, animándola a seguir adelante mientras le sujetaba firmemente la mano. Era su sonrisa favorita, la que él creía estar ocultando. Pero había tenido cinco años para familiarizarse con cada una de sus expresiones.

Ella le permitió que la empujara suavemente hacia adelante y, con los pies firmemente sobre el hielo, él le metió la mano en el brazo.

Con cada paso, la confianza de Lydia crecía y pronto sus miedos se olvidaron con el atractivo y la novedad de las vistas que la rodeaban: un grupo de niños se lanzaban una pelota entre sí, una pila de folletos sobre una mesa junto a una imprenta, un trozo de jamón colgaba sobre el fuego mientras un hombre lo hacía girar lentamente.

Un niño estaba sentado en el suelo, con la mano en la cabeza, mientras un médico pulcramente vestido lo atendía.

«Debe haberse resbalado», dijo Miles, siguiendo su mirada. «Me imagino que el Dr. Kent está muy ocupado atendiendo lesiones aquí. Habrá muchas oportunidades».

Mientras se abrían paso entre la multitud, chocando contra comerciantes, damas elegantes, estudiantes e incluso un granjero que llevaba un pesado cerdo atado a una cuerda, una gran cantidad de olores competían por su atención. Vino, cordero y humo impregnaban el aire de orilla a orilla. Todo Londres parecía estar presente, con narices de punta roja que emitían bocanadas de niebla con cada respiración. Era una atmósfera vigorizante y el aire se sentía menos frío y opresivo con el zumbido de energía a su alrededor.

Y, sin embargo, en medio de todo eso, los ojos de Lydia parecían entrenados, lo quisiera o no, para notar una cosa por encima de todas las demás. Había más bebés de los que había previsto ver en un clima tan gélido, y se preguntó si Miles los notaba tan fácilmente como ella. O si le afectaban de la misma manera. Con cada bebé que veía, envuelto fuertemente en mantas y acunado en los brazos de su madre, sentía ese familiar pinchazo de anhelo y dolor, de un vacío que no podía llenarse con una taza de ponche caliente o un plato de cordero asado.

Dos

23 de diciembre de 1813

Miles se inclinó sobre la mano de su esposa, tratando de mantener una expresión seria. Las parejas se dirigieron hacia la pista del salón detrás de él mientras los instrumentos rasgueaban en preparación para el baile. Esta noche, Lydia estaba de muy buen humor y, ya fuera por la anticipación de la Navidad o por otra cosa, tenía toda la intención de sacar provecho de ello. Los días felices para Lydia eran cada vez más escasos.

«¿Puedo tener el placer de este baile?», preguntó él, rozando sus labios con el dorso de su mano y mirándola para evaluar su respuesta.

Los ojos de Lydia brillaron alegremente y sacudió la cabeza negándose.

Miles se enderezó y retrocedió, sorprendido. Lydia nunca rechazaba un baile. «¿Puedo saber por qué me desprecias así?».

Su sonrisa se hizo más grande. «No me estoy sintiendo bien».

Miles no pudo reprimir una risita confusa. «Parece que te sientes muy bien, en realidad».

Ella inclinó la cabeza de un lado a otro. «Bueno, lo estoy y no lo estoy». Sus ojos brillaron con picardía hacia él. «¿Te interesa saber por qué?».

Él entrecerró los ojos hacia ella. Amaba a la juguetona Lydia, pero había pasado mucho tiempo desde que esa Lydia aparecía. «Creo que sí».

Ella le indicó que se acercara y se llevó una mano a la boca como si quisiera susurrar su respuesta. Su otra mano alcanzó la de él, haciendo que su corazón tartamudeara. Rara vez iniciaba ese contacto estos días.

«Creo...», le susurró al oído, y él pudo oír su sonrisa, «que es tu hijo quien me hace sentir demasiado mal para bailar».

Él se quedó quieto y ella se echó hacia atrás, mirándolo con arrugas de alegría alrededor de los ojos. Buscó en su rostro cualquier señal de que pudiera estar burlándose de él. Pero ella nunca lo haría. Habían dejado de lado que el tema fuera un asunto que permitiera cualquier humor.

«¿Tú… hablas en serio?», preguntó.

Ella asintió rápidamente y miró a su alrededor antes de decir en voz baja temblando de emoción. «Han pasado casi siete semanas desde mi menstruación. Y me he sentido terriblemente cansado y con un poco de náuseas». Nunca se habían dicho esas palabras con tanta dicha.

Él tomó sus manos y se las llevó a la boca, cerrando los ojos mientras presionaba sus labios contra ellas. ¡Un bebé! Después de cuatro largos años, un bebé.

«Pero, Miles», dijo apresurada, «no deseo decírselo a nadie todavía».

«Por supuesto», dijo apresuradamente, juntando sus manos con fuerza contra su pecho. Era todo lo que podía hacer para no besarla en ese mismo momento, a la vista de todos los presentes. Tendría que aguantarse hasta que regresaran a casa.

«Una muy feliz Navidad, mi amor». él dijo. Para la próxima Navidad tendría un heredero.

El presente

PARA UN OJO DISTRAÍDO, la mujer que estaba a punto de pasar junto a Miles y su familia simplemente se apreciaría bien vestida para el frío. Pero Miles no pasaba desapercibido. Y su esposa tampoco. Incluso si no hubiera sabido que el bulto de lana frente a la mujer contenía un bebé, podría haberlo deducido solo por la forma en que la mirada de Lydia la siguió.

Su corazón se hundió. Había recordatorios de su dolor por todas partes.

Una parte de él deseaba saber qué pensamientos pasaban por la cabeza de Lydia en ese momento, pero también temía saberlo. Odiaba que ella no pudiera tener lo único que deseaba más que nada en el mundo: un bebé propio. Y cada vez que compartían un momento feliz juntos, invariablemente parecía ir seguido de un recordatorio de ese hecho.

Siempre había asumido que tendría éxito, que sería un barón exitoso, un marido exitoso, un padre exitoso. Pero aquí estaba, a los treinta años, sin ningún hijo que lo llamara "padre", una esposa infeliz y sin perspectivas de tener un heredero. Un fracaso en los tres aspectos.

«¡Lynham!».

Se volvió hacia la voz y sonrió al ver a su amigo, Edmund Goulding.

«Goulding», dijo mientras se estrechaban la mano. «¡Me alegro de verte aquí!». Miró a su alrededor. «¿Dónde está tu esposa?».

La boca de Goulding se dibujó en una sonrisa. «¿Puedes guardar un secreto?».

Miles asintió.

Goulding se inclinó. «Está otra vez embarazada. Me encargó que viniera aquí por algunas de las castañas asadas que le encantan. Parece que no puede soportar mucho más en este momento. ¡Podría llevarle un carro entero y ya se habría acabado para la Epifanía! Está convencida de que esta vez es una niña».

Miles miró a Lydia. Ella y las demás miraban las mercancías del comerciante más cercano. Agradeció. Lo último que necesitaba era saber que los Goulding recibirían a un segundo niño en su casa. Se habían casado dos años después de Miles y Lydia. Resultó un momento tierno cuando se enteraron del primer embarazo de los Goulding. Miles aún recordaba el modo en que Lydia había intentado tan valientemente mostrar alegría pura ante la noticia.

«Entonces es necesario felicitarte», dijo Miles con una palmadita amistosa en la espalda de Goulding. «Por favor, dale mis mejores deseos y los de Lydia también, por supuesto». Volvió a mirar a Lydia y sus ojos se posaron en él, con un poco de curiosidad.

Él sonrió y miró hacia otro lado, sin querer que ella se acercara. Descubriría la noticia muy pronto, pero Miles no quería que fuera esa noche. «Creo que vi a un hombre vendiendo castañas justo por allí». Señaló a Goulding en dirección al comerciante.

«Gracias, Lynham». Levantó las cejas con una sonrisa provocativa. «Y espero poder *felicitarte* pronto». Con otro movimiento de cejas, se fue.

La sonrisa de Miles se desvaneció tan rápidamente como su visión de Goulding. Suspiró y se volvió hacia su familia, que admiraba las figuras talladas en madera de un vendedor ambulante

que pasaba. Mary se debatió sobre cuál comprar y se decidió por una figura de la Catedral de San Pablo.

Continuaron su camino, pasando por las diversas tiendas de campaña y puestos que recorrían todo el puente de Blackfriars. Hombres y mujeres los llamaban y les ofrecían un juego de bolos, manzanas calientes y dulces. Diana les suplicó que pararan a comer pan de jengibre y nadie se quejó de la sugerencia. El aroma del pan de jengibre fresco y tibio era más de lo que Miles se sentía capaz de rechazar.

Con las golosinas en la mano, caminaron tranquilamente a lo largo de la fila. Al final, casi debajo del puente, había una pequeña cabaña construida con palos, con paja esparcida por todo el hielo. La gente estaba parada bajo su refugio, vestida con túnicas y mirando hacia un pesebre. Además de todo, un hombre recitó versos del segundo capítulo de Lucas, su voz sonaba fuerte e inequívocamente irlandesa.

«Dios mío», dijo la madre de Miles con una mirada incómoda. «Entonces, ¿seremos invadidos por los católicos?».

«Me agrada bastante», admitió Diana descaradamente. Lydia le había advertido que las expectativas de su hermana para la Navidad eran altas. No era lo suficientemente refinada como para menospreciar las festividades o las exhibiciones que su madre y otros deploraban.

«¿Ese es un bebé de verdad?», preguntó Mary, estirando el cuello para ver mejor.

«No», dijo Lydia. «Es solo un muñeco».

Se debía confiar en ella para diferenciarlo inmediatamente.

«Gracias al cielo por eso», dijo su madre. «Hace demasiado frío para que *un* bebé esté afuera, aunque a pesar de eso he visto a varios». Miró de nuevo la pantalla y se frotó los labios.

"Y esto os servirá de señal", gritó el hombre, extendiendo el folleto que tenía en las manos hacia Mary. *"Encontraréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre"*.

Mary aceptó el folleto con una ligera vacilación, y Diana lo tomó y lo abrió, dejando que sus ojos recorrieran las palabras. El hombre regresó a su lugar y continuó su recitación.

«Son solo más versículos de la Biblia», dijo Mary. «E información sobre la hora y el lugar de la misa de Navidad. Supongo que no es un mal recuerdo para conservarlo. ¿Lo pondrías en tu bolso, Lydia? Creo que será aplastado en el mío».

Lydia tomó el folleto y lo deslizó en el bolso que colgaba de su muñeca, sin fijarse en la mirada de desaprobación de la madre de Miles.

Diana y Mary abrieron el camino a seguir, y Lydia parecía contenta de dejar que así fuera. En compañía de sus hermanas, estaba de mejor humor del que Miles la había visto en meses. Había sido un año difícil. La Navidad siempre había sido una época alegre: una época para la familia y el hogar y un recordatorio de la época del año en la que se habían casado. Pero la alegría se había estropeado la última Navidad y las cosas simplemente no habían sido las mismas desde entonces.

Sin embargo, Diana y Mary parecían estar ayudando a Lydia a olvidar eso, y Miles les envidiaba su capacidad de poner esa sonrisa en el rostro de su esposa.

Se detuvieron un rato para calentarse las manos sobre el fuego que ardía en una tina de cobre, y solo se dieron la vuelta cuando Diana vio una imprenta cercana.

«Veamos si este es un mejor recuerdo que el folleto de la Natividad», dijo. «Deseo no olvidar nunca esta noche, pero no me gustó mucho que el poema se imprimiera en la última imprenta que vimos. Nunca podría soportar al Papa».

El impresor parecía estar recogiendo sus cosas, pero con mucho gusto le entregó a Diana una muestra de lo que ofrecía. Ella lo miró con ojos entrecerrados y críticos.

«Si lo desea, puede llevarse la copia impresa final», dijo el hombre. «Diez páginas

completas, señorita. Tres poemas, la historia de las heladas, desde el año 200 d.C., y la historia de una mujer que vivía en una casa hecha de nieve».

«¡Encantador!», Diana metió la mano en su bolso y le entregó al hombre dos monedas.

Él las tomó e hizo una reverencia, volviendo a las labores de limpieza. La mayoría de los comerciantes parecían contentos de quedarse mientras hubiera gente para comprar sus cosas, pero la temperatura estaba bajando, y algunos claramente compartían la misma opinión que el impresor y habían comenzado a guardar sus cosas en carros y cestas.

Pronto, Miles y las demás se encontraron con un violinista tocando una melodía alegre y media docena de parejas bailando en el espacio frente a él.

Diana se volvió hacia Mary y le agarró las manos. «¡Ven! Sé mi pareja», dijo, aunque no le dio a Mary muchas opciones. Saltaron juntas, tratando de imitar a las parejas que las rodeaban con un éxito cuestionable que hizo sonreír a Miles.

«¡Únete a nosotros, Lydia! ¡Ven, Miles!», Diana gritó entre risas.

Miles miró a Lydia, quien encontró sus ojos con una mezcla de incertidumbre y anticipación. Le encantaba bailar tanto como a sus hermanas.

Su corazón latía más rápidamente cuando extendió su mano. Lo habían rechazado tantas veces en el pasado, siempre con amables excusas, pero de alguna manera nunca podía resistir la oportunidad de abrazarla. «¿Me harías el honor?».

Ella le devolvió la sonrisa y asintió sutilmente, haciendo que su corazón latiera con fuerza contra su pecho ante la respuesta inesperada.

«Tengan cuidado», dijo la madre de Miles, apretando los dientes.

«Por supuesto». Condujo a su esposa hacia los bailarines, rodeándole la pequeña cintura con un brazo y esperando que no pudiera sentir su temblor. ¿Qué hombre que había estado casado cinco años se estremecía ante la perspectiva de bailar con su propia esposa?

Pero Lydia parecía tan nerviosa como él cuando le puso la mano en el hombro. Era raro que se tocaran de alguna manera que no fuera la más breve y superficial en estos días. Poco después de la decepción de la última Navidad, discutieron y Lydia durmió en otro lugar. Habían permanecido así desde entonces.

Poco a poco, no solo había dejado pasar la oportunidad de compartir su cama, sino también cualquier muestra de afecto.

Se escuchó un grito y Miles giró la cabeza a tiempo para ver a Diana aterrizar de espaldas y Mary caer tras ella. El violín cesó y también el baile.

Sujetando con cuidado el brazo de Lydia, Miles corrió con ella hacia Diana y se inclinó. «¿Estás herida?».

Diana intentó incorporarse sobre el codo e hizo una mueca y se llevó una mano al costado. «No puedo decidir si es mi cadera o mi orgullo lo que me duele más».

«Al menos amortiguaste *mi* caída», dijo Mary con una sonrisa burlona mientras usaba la ayuda de Lydia para levantarse.

«Me conmueve mi propia bondad». Diana permaneció apoyada sobre su codo, tocándose suavemente la nuca.

«¿Te golpeaste la cabeza?», preguntó Miles.

«Solo ligeramente. Se siente un poco suave».

Él frunció el ceño. «Quizá deberíamos buscar un médico. El doctor Kent es un buen tipo y lo vi antes por aquí».

Ella rechazó la sugerencia y se levantó, extendiendo una mano para invitar a Miles a que la ayudara. «No, no. Estoy perfectamente bien, solo un poco magullada».

«Al menos siéntate aquí un momento», insistió, guiándola lentamente hacia un gran tronco cerca de la orilla del río.

«Sí, querida», dijo la madre de Miles. «Ciertamente debes tomarte un tiempo después de una caída como esa». Ella asintió con la cabeza al violinista y él miró a Diana antes de darse la vuelta y comenzar a tocar la música de nuevo.

La madre de Miles insistió en que Diana permaneciera sentada durante bastante tiempo, y solo la sugerencia de Mary de que ella y la baronesa viuda trajeran un poco de chocolate caliente hizo que Diana se resignara a la sugerencia. Lydia se quedó con ella y Miles, sentada junto a Diana en el tronco, y Miles fue lo suficientemente egoísta como para lamentar el momento de la caída de Diana por lo que le había privado. Había pasado mucho tiempo desde que había tenido a su esposa tan cerca y no sabía cuándo surgiría la próxima oportunidad. Si se daba.

Parecían haberse adaptado a una rutina que, para él, era similar a lo que habría sido casarse por conveniencia más que por amor. Al menos no discutían. De hecho, a veces se sentía aplastado por la cortesía que se mostraban mutuamente. Con gusto habría tenido un acalorado debate con Lydia si eso significara la perspectiva de una reconciliación posterior, pero desde su última discusión, ella no había mostrado ningún deseo de repetir la experiencia.

La búsqueda de chocolate caliente de su madre y Mary tomó mucho más tiempo de lo previsto, y la multitud comenzaba a disminuir cuando regresaron.

«Lo sentimos mucho», dijo Mary, corriendo hacia ellos tan rápido como se lo permitieron el hielo y las tazas en sus manos. «Tuvimos dificultades para encontrarlo y, resulta que la carpa donde se vendía estaba despejada cerca de donde entramos por primera vez. Nos vimos obligadas a darle al hombre unos cuantos chelines como garantía de que le devolveríamos estas tazas». Tanto ella como la madre de Miles sostenían dos tazas y ella le dio una a Diana. La baronesa viuda le entregó una de las suyas a Miles y tomó un sorbo de la otra que tenía en la mano.

Miles abrió la boca y luego la cerró. «Toma». Le dio su taza a Lydia, quien negó con la cabeza.

«*Tú* tómalo». Ella sonrió y la empujó suavemente hacia él.

«¿Compartirías conmigo?», preguntó él.

Ella arqueó las cejas y él se rió entre dientes. Habían compartido bebidas antes y la mayoría de las veces terminaban con él disculpándose. Tomaba tragos mucho más grandes que Lydia. «Prometo estar muy controlado». Él lo demostró con un simple trago y luego se la entregó.

Desde el punto de vista que les ofrecía el tronco, todos bebieron su chocolate caliente, contemplando la escena que tenían ante ellos y a las personas que habían considerado oportuno asistir a la Feria en el Hielo, en todas sus variedades.

«Quizás deberíamos regresar», sugirió Miles. «Me imagino que a Gerrard le llevará algún tiempo traer el carruaje».

Regresaron hacia el extremo de la feria de Blackfriars, con las tazas vacías en la mano. Hacía bastante frío ahora que Lydia agarraba su brazo con más fuerza que antes, y Miles bendijo el aire gélido por ello. Quizá necesitaba asegurarse de que se encendieran menos fuegos en la casa.

Llegaron al belén, pero ya no había gente, y solo quedaban la cabaña de palos, la paja y el pesebre.

Lydia se puso rígida a su lado y la baronesa viuda se detuvo.

«¿Escuchan eso?», preguntó la viuda.

«¿Escuchar qué, madre?», preguntó él con un toque de impaciencia. Todavía había una gran cantidad de ruido impregnando el aire helado, con los comerciantes recogiendo sus cosas.

Pronto, solo quedarían las tiendas que ofrecían vino y licores.

«Un bebé», dijo Lydia.

Tres

25 de diciembre de 1813

Lydia estaba vagamente consciente de que llamaban a la puerta y de que alguien decía su nombre.

«¿Estás lista, amor?», Miles preguntó a través de la puerta. «Ya sabes cómo mi madre desprecia cuando alguien llega tarde».

Lydia no dijo nada. Su pecho subía y bajaba bajo una camisola recién lavada, y miraba fijamente la sucia que tenía en las manos. Se la había quitado con tanta prisa, ansiosa por vestirse para la cena de Navidad, que no se dio cuenta de la mancha hasta que la recogió para dejarla donde su criada la notaría y la llevaría a lavar.

La puerta se abrió. «¿Lydia?», Miles entró. «Pensé que estarías vestida para...». Él se detuvo en seco; sin siquiera voltear a verlo, ella supo que él estaba mirando la tela en sus manos y la gran mancha carmesí que asomaba como un abismo.

Una lágrima se deslizó del ojo de Lydia y ella no hizo ningún esfuerzo por limpiarla, ni siquiera parpadeó.

«¿Eso es...?».

Ella no respondió. Si ella no lo decía, tal vez no se volvería real.

Miles se quedó donde estaba por un momento y luego se acercó a ella y la rodeó con un brazo. Se sentaron juntos en silencio y pronto, a la sangre de la camisola, se le unieron las lágrimas.

El presente

Al principio, Lydia había dudado del ruido. Más de una vez durante la noche, se había despertado con llantos de bebé, solo para darse cuenta de que habían sido parte de un sueño y nada más. Se preguntaba si tal vez ahora también estaba escuchando esos llantos durante sus horas de vigilia.

Pero entonces, la baronesa viuda había dicho algo.

Su suegra se acercó al pesebre y Lydia se separó del brazo de Miles para seguirla y dirigirse hacia el belén, donde la manta parecía moverse.

«Dios mío», expresó la baronesa viuda, cuando Lydia se acercó a ella.

Lydia se agachó junto al pesebre y quitó la manta que cubría la cara del bebé, motivo de sus llantos ahogados. Debajo de la manta no había ropa, solo la piel suave y lechosa del bebé.

Sus gritos aumentaron y Lydia se apresuró a tapar la piel expuesta con la manta.

Miles se arrodilló junto a ella. «Pobre niño», dijo.

«O niña», dijo Lydia, mirando a su alrededor en busca de cualquier señal de una madre o un padre, incluso un hermano mayor.

«Antes pensé que podía ser un muñeco», dijo la baronesa viuda, hablando más alto de lo habitual por encima de los gritos cada vez más intensos del bebé.

«Y sí fue», dijo Lydia, y puso sus manos debajo del bebé y lo levantó del pesebre. Trozos de paja se adherían a la manta en la que estaba el niño. Ciertamente no era una manta lo suficientemente cálida para el frío de la noche que los rodeaba. ¿Dónde estaba la madre del bebé?

Miró fijamente el rostro del bebé, con los ojos llorosos y la nariz roja.

«Querida», dijo Miles, mirando a su alrededor. «Quizás deberíamos…».

Lydia se desabrochó la pelliza con una mano y deslizó al bebé dentro, acomodando la manta alrededor. «No podemos dejar que se congele». Los llantos del bebé comenzaron a disminuir. «Shh. Shh. Ya, ya, pequeño».

«Seguramente la madre solo ha ido a buscar el carro o algo así», dijo la baronesa viuda, mirando a su alrededor. Pero el área alrededor del nacimiento estaba casi desierta. Por encima de ellos, se oía el murmullo de voces y el tamborileo de pasos mientras la gente cruzaba el puente.

Diana se acercó a Lydia y miró su pelliza. «Qué cosita más dulce».

«Iré a preguntar si alguien ha visto a la madre», dijo Miles, y con pasos rápidos se acercó al comerciante más cercano.

«Puedo ayudar», dijo Diana, dejando su taza junto al pesebre. Mary asintió y siguió a su hermana en dirección opuesta a la de Miles.

Lydia observó cómo Miles se acercaba al comerciante y conversaba con él. El hombre frunció el ceño y miró a Lydia y a la baronesa viuda, sacudiendo la cabeza.

Ella miró al bebé en sus brazos, inquietándose un poco pero ya no lloraba como antes. El cuerpo estaba cálido contra el de ella y reprimió el impulso de acariciar con la nariz las mejillas sonrosadas. «¿Dónde está tu madre, querido?», preguntó en un susurro.

«Ciertamente espero que no lo hayan abandonado», dijo la baronesa viuda. «Qué noche tan terrible para hacer algo así».

A Lydia se le hizo un nudo en la garganta y reprimió su respuesta. ¿Qué noche no *sería* tan terrible para abandonar a un bebé indefenso? Al menos aquí había gente que se daba cuenta. Pero, ¿cómo podría alguien abandonar a un bebé inocente como el hermoso que ella sostenía? Sabía que había muchas mujeres menos afortunadas que ella, pero le parecía terriblemente injusto que alguien que deseaba un bebé más que nada en el mundo no pudiera tenerlo por mucho que lo intentara, mientras que otras estaban lo suficientemente desesperadas como para abandonar el suyo.

Miles se acercó a ella. «Dice que no ha visto a nadie aquí desde hace casi una hora».

Diana y Mary regresaron poco después, sacudiendo la cabeza. «Nadie tiene información que ofrecer. Aunque dijeron que la gente se fue de aquí hace algún tiempo».

«Tal vez deberíamos buscar a un guardia», dijo la baronesa viuda. «He visto algunos por aquí. Sabrán qué hacer».

«No te preocupes», le dijo Lydia al bebé, mirando de nuevo a su alrededor como si de repente pudieran ver a la madre caminando hacia ellos. Dudaba en sacar al bebé del lugar donde

lo habían dejado, pero seguramente sería mejor hacer algo que nada. El dulce niño no podría tener más que unos pocos meses. «Nos aseguraremos de que seas atendido. No te dejaremos». Levantó la vista y vio los ojos de Miles sobre ella, aunque no estaba segura de cuál era el sentimiento que expresaba.

Tomaron de nuevo las tazas y el grupo se dirigió hacia la orilla norte del río, con los ojos de todos buscando a un guardia. El ambiente en la feria había cambiado claramente hacia uno de naturaleza más alborotada, con hombres riéndose estridentemente dentro de muchas de las carpas donde se vendía ginebra. Ciertamente no era lugar para un bebé, ni tampoco para una mujer elegante, por lo demás.

«¡Allá!», dijo Diana, señalando a un hombre con un garrote colgando de su costado. Estaba mirando a otro hombre tirado en el suelo, con una jarra de licor derramado en la mano mientras intentaba levantarse lentamente.

Corrieron hacia él, y Lydia cerraba la marcha, caminando con todo el cuidado que podía con un bulto tan precioso a su cargo. Miles notó que ella se estaba quedando atrás y retrocedió. «¿Quieres que lo cargue yo?».

Ella sacudió su cabeza. Quizás fuera egoísta, pero no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a tener un bebé en brazos. El bebé encajaba perfectamente allí.

El guardia tenía al hombre agarrado por el cuello de su abrigo, mientras este alegaba. «No tendré más peleas», decía y se reía perezosamente.

Lydia aminoró el paso, no deseando acercarse más al borracho, pero Miles continuó hacia el gendarme.

«Disculpe, señor», dijo Miles, y el agente lo miró rápidamente antes de volver a mirar al borracho. «Hemos encontrado un bebé. Parece haber sido abandonado».

El hombre ebrio miraba al agente con una mirada a la vez confusa y desafiante, y lanzó un puñetazo al aire a nada ni a nadie en particular, resoplando de risa y llevándose la jarra a los labios, para luego apartarla de nuevo, con el ceño fruncido, al darse cuenta de que estaba vacía.

El guardia estaba todo menos divertido. «Puede dejar al bebé allí». Hizo un gesto descuidadamente hacia algún lugar a su lado, sin dejar nunca de desviar su mirada del borracho.

Lydia siguió la dirección del gesto del guardia. No había nada más que hielo allí, pisoteado por otros hombres ebrios a quienes no les importaba lo que había debajo de ellos, como lo demostraba el tropiezo de uno de ellos en un terreno irregular. Miró a Miles, que tenía una expresión de disgusto.

«No podemos simplemente dejar al bebé en el suelo, señor», dijo. «Estaría mejor en el pesebre donde lo encontramos».

El gendarme se volvió hacia él con una sonrisa frágil y un gesto ostentoso. «Entonces, por supuesto, vaya y déjelo allí».

El borracho arrojó su jarra al hielo y Lydia instintivamente dio un paso atrás, acercando al bebé a ella. Estaba empezando a llorar de nuevo.

Miles hizo una mueca. «Si pudiera decirnos dónde piensa llevar al bebé después de ocuparse de... los otros asuntos, podemos llevarlo allí nosotros mismos».

«Irá al hospicio», dijo el gendarme.

El corazón de Lydia dio un vuelco. ¿Un bebé inocente al hospicio? Miró a Miles, que parecía casi tan horrorizado como ella.

«¿El hospicio?», preguntó Miles.

El guardia ni siquiera respondió. Estaba ocupado luchando con el borracho.

Pareciendo comprender que no iba a recibir más información, Miles se acercó a Lydia y

apartó la manta con un dedo para mirar al bebé, que se retorcía y estaba molesto.

«Me pregunto si tendrá hambre», dijo Lydia.

La baronesa viuda también se acercó para mirar al bebé. «Quizá. Parece tener edad suficiente para que ya esté destetado. Creo que tiene casi seis meses».

«¿Qué debemos hacer?», Miles no preguntaba a nadie en particular.

Lydia ya sabía lo que debían hacer, pero dudó en decirlo. «Bueno, no podemos dejarlo aquí. Me sorprendería que el agente se acordara siquiera de que ahí está».

La baronesa viuda la miró con expresión evaluadora. «¿Qué sugieres entonces? No puedes llevarte al pobre contigo».

Lydia tragó. «¿Qué otra opción hay? Es tarde y hace un frío glacial. Lo que el bebé necesita es un lugar cálido para dormir y algo de comida. Podemos proporcionárselo fácilmente. ¿Sí podemos?». Miró a Miles a su lado.

Él asintió. «Está claro que no se hará nada por el bebé en el corto plazo, madre. Ya escuchaste al guardia».

La baronesa viuda frunció los labios. «Supongo que tienes razón. Mañana se podrá hacer más por el pobre».

Lydia dejó escapar un suspiro controlado de alivio. Su suegra no era desalmada en modo alguno, pero podía ser bastante rígida en sus nociones de lo que era correcto.

«Bueno, entonces», dijo Diana, «¿seguimos adelante para encontrar el carruaje? Allí hará más calor. Y todavía tenemos que devolver estas tazas». Levantó las que tenía en las manos.

Los llantos del bebé aumentaron y Lydia lo meneaba mientras lo hacía callar. «¿Queda algo? ¿Del chocolate caliente?».

Diana miró dentro de las tazas e hizo un gesto. «Quedan algunas gotas en este». Ella arqueó una ceja hacia Mary. «Ya sabes que Mary nunca termina *nada* de lo que come o bebe».

Mary sonrió con sentimiento de culpabilidad y Miles le quitó la taza. Dudó por un momento, aparentemente inseguro de cómo llevar el poco líquido restante a la boca del bebé.

«Tal vez podrías poner un poco en tu dedo», sugirió Lydia. «Solo para ver si le gusta».

Miles se quitó un guante y obedientemente sumergió su dedo en la taza, transfiriéndolo a la boca del bebé. El llanto cesó cuando el niño chupó el dedo índice de Miles, cerró los ojos y soltó algunos gemidos decrecientes. Lydia miró a Miles y ambos sonrieron ante los dulces sonidos.

«¡Ay!», Miles apartó la mano y se miró el dedo. «¡Me mordió!».

Lydia apretó los labios para reprimir una risa. «Me imagino que quiere más».

Las cejas de Miles se contrajeron y le lanzó al bebé una mirada ceñuda. «Vaya forma divertida de pedirlo». Volvió a sumergir el dedo en el chocolate caliente y, con un poco de vacilación, se lo volvió a ofrecer al bebé. Permitió unas cuantas chupadas antes de retirar el dedo, con una sonrisa victoriosa extendiéndose por sus labios. «¡Ja!» dijo él, y volvió a mojar su dedo.

El chocolate caliente pronto desapareció, pero la bebé parecía estar lo suficientemente saciado como para haber logrado conciliar el sueño, y el corazón de Lydia se hinchó y dolió al ver aquella vista pacífica: largas pestañas en forma de media luna en las mejillas llenas, con un labio inferior que formaba un ligero puchero.

Regresaron al lado norte del puente, donde Mary y Diana devolvieron las tazas. Gracias a la dispersión de la multitud mientras estaban ocupados con el bebé, descubrieron que el conductor había logrado llevar el carruaje al mismo lugar donde los había dejado horas atrás.

Una vez que el grupo estuvo sentado en el carruaje, todos los ojos estaban puestos en el bulto tranquilo y calmado en brazos de Lydia. Pero el primer empujón del carruaje pareció despertar al bebé, que parpadeó hacia Lydia durante un rato y luego se retorció. Logró liberar un brazo

después de un momento y luego alcanzó las cintas del sombrero de Lydia. Le tomó un momento cerrar los dedos alrededor de la cinta y Lydia miró con una sonrisa a Miles, quien miraba divertido.

Un tirón repentino tiró de la cabeza de Lydia hacia abajo. «¡Oh!», gritó sorprendida y las risas llenaron el carruaje.

«Es mucho más fuerte de lo que parece», dijo Miles, ayudando a soltar los dedos del bebé de la cinta.

«Quizás debería quitarme el sombrero», dijo Lydia. «¿Tú podrías…?», extendió los brazos hacia Miles y él hizo una breve pausa antes de deslizar las manos debajo del bebé.

«Sí», dijo Lydia, transfiriéndole el bultito. «Solo sostén su cabeza».

Los hombros de Miles estaban tensos y altos, pero cuando volvió a acomodarse en los cojines, se relajaron un poco y una suave sonrisa apareció en sus labios.

Lydia miró con otro pequeño dolor en el corazón. Verlo sostener a un bebé trajo otra capa de tristeza a su propia carencia. Se desató las cintas y se quitó el gorro de la cabeza, colocándolo a su lado, pero dejó que Miles abrazara al bebé un rato más. Solo Dios sabía cuándo volvería a ver algo así.

Miles estaba destinado a ser padre, y Lydia desesperaba de que alguna vez lo fuera.

Cuatro

Marzo de 1814

Una ráfaga de viento primaveral entró por la ventana abierta del dormitorio de Miles, seguida de un ligero crujido. Miró hacia el sonido mientras se enderezaba la corbata y sus manos se detuvieron.

La cuna al lado de la cama, del lado de Lydia, se balanceaba suavemente. El crujido se hizo más débil a medida que disminuía y luego se detenía por completo.

Apretó la mandíbula contra los sentimientos que le provocaba la visión. Había sido un tonto por haberla mantenido tanto tiempo. Debería haberla quitado tan pronto como se hizo evidente que Lydia no volvería a compartir su cama.

Representaba una esperanza tonta. No había ningún bebé que durmiera en la cuna. Y, aunque hubiera habido esperanza de tener un bebé después de todos estos años de intentarlo, no había perspectivas de hacer realidad esa esperanza cuando su esposa se mantenía alejada de él. Habían pasado casi seis meses desde la última vez que habían compartido cama.

Ella se había rendido. Y no podía culparla. De alguna manera, en algún momento, su intimidad había llegado a parecer una tarea ardua.

Se quedó mirando la cuna un momento más y luego dio un paso decidido hacia el timbre de servicio y lo jaló. Ya era hora de que la cuna desapareciera.

El presente

Durante años, Miles había pensado en tener un hijo en términos de heredero, al que criaría para ocupar su lugar: un joven que necesitara orientación y aprendizaje.

De algún modo, nunca había pensado en los años previos a eso. ¿Cómo se sentiría tener un bebé en brazos? El calor contra su pecho, el peso del bebé arraigándolo, haciéndolo consciente del significado de la vida que albergaba. Este bebé no era suyo, ni hueso de sus huesos ni carne de su carne, pero en ese momento dependía de él para sobrevivir. Su futuro estaba en sus manos en un sentido muy real.

Incluso si no hubiera estado de acuerdo con Lydia en que debían llevarse al bebé a casa, no sabía si habría podido negárselo a su esposa. Él había visto en sus ojos lo que ella quería, incluso si no había tenido el valor de decirlo en voz alta.

Estaba destinada a ser madre, a ayudar, servir, enseñar y cuidar. E incluso si hubiera tenido a cuatro de sus propios hijos a sus pies, no habría podido rechazar a un niño necesitado.

El carruaje se detuvo frente a la casa de su madre, y ella miró al bebé con un ligero ablandamiento de los ojos mientras él hacía ruidos de arrullo y tiraba de la corbata de Miles.

«No dejes que el niño te mantenga despierto hasta altas horas de la noche», dijo ella. «Jane sabrá cómo cuidarlo».

Miles asintió. «Buenas noches madre».

Cuando llegaron a la casa de Lynham unos minutos más tarde, Miles le entregó el bebé a Lydia mientras él descendía del carruaje y ayudaba a las tres mujeres a bajar. Todos subieron las escaleras y entraron a la casa con un gran bostezo de Diana, seguido rápidamente por uno de Mary.

«Me voy a la cama», dijo Diana. Ella sonrió dulcemente y alborotó ligeramente el escaso cabello castaño del bebé. «Buenas noches, pilluelo».

«Él *no* es un pilluelo», dijo Mary, pellizcando la amplia mejilla del bebé. Miró apresuradamente a Lydia. «O ella, mejor dicho».

Lydia se rió y Miles disfrutó del sonido mientras Diana y Mary subían las escaleras y desaparecían hacia su dormitorio compartido.

El bebé se mordía la mano, que estaba mojada de baba, hasta tal punto que un chorro de ella goteaba sobre la pelliza de Lydia. Ella solo sonrió y dijo, «Deja traerte algo un poco más abundante para comer, ¿de acuerdo?».

«Llamaré a Jane», dijo Miles, mientras iba a tirar del cordón del timbre.

«No», dijo Lydia. «No necesitas molestarte. Yo misma la llevaré con Jane».

Miles se encogió de hombros. «Muy bien».

Lydia sacó la mano del bebé de su boca y la sacudió. «Solo quiero estar segura de que Jane sabe lo que necesita».

Miles dio un paso más y bajó la cabeza hasta que la mirada de la bebé encontró la suya. «Buenas noches, pequeñín». La boca del bebé se dibujó en una amplia sonrisa y puso una mano babosa en la cara de Miles.

Lydia dejó escapar una risa mal reprimida y Miles no pudo evitar su propia sonrisa.

«Tienes la intención de ponerme en mi sitio, ¿no?», le dijo murmurando al bebé.

Miles se secó la cara con un pañuelo y luego vaciló un momento, preguntándose si podría darle un beso en la mejilla a Lydia mientras ella estaba de tan buen humor. ¿Por qué la idea de un gesto tan pequeño hacía que su corazón latiera tan violentamente?

Él se agachó y la besó ligeramente en la mejilla. «Buenas noches, querida».

«Buenas noches, Miles», dijo, sin dejar de mirar al bebé. Era mucho mejor que la mirada cautelosa que normalmente aparecía en sus ojos cuando él intentaba tales cosas. Un pequeño éxito.

Con la intervención de su ayudante de cámara, Miles se desnudó, con su mente consumida por los extraños acontecimientos de la noche. Apenas sabía qué pensar de todo eso.

Dio vueltas y vueltas en su cama, incapaz de borrar de sus pensamientos la imagen de Lydia sosteniendo al bebé, como si fuera la cosa más preciada del planeta. Se quedó dormido un par de veces, solo para despertarse sobresaltado después de sueños inquietos con la Feria en el Hielo y bebés abandonados en el hielo.

Se pasó una mano por los ojos cansados y cogió su reloj de bolsillo de la mesita de noche. Era casi la una de la madrugada. A menudo se despertaba en mitad de la noche. Dormir nunca le había resultado tan fácil desde que él y Lydia dejaron de compartir cama. Él nunca le diría, pero

a veces, cuando le resultaba particularmente difícil dormir, por un momento iba a su habitación y desde la puerta de su dormitorio observaba el subir y bajar de su pecho. Extrañaba verla durmiendo a su lado, aunque, sinceramente, no estaba seguro de si sus expediciones nocturnas eran más útiles o más perjudiciales para su corazón.

Estuvo atento a cualquier señal de llanto de bebé, pero la casa estaba en silencio. ¿Cómo estaría el bebé? ¿Había logrado Jane hacerlo dormir? ¿En realidad *era* un 'él'?

Se quedó en la cama unos minutos más, pero el sueño lo evadió y, finalmente, colgó las piernas por el costado de la cama. Simplemente se aseguraría de que toda la casa estuviera dormida, incluido el bebé. Usando el fuego de su chimenea, encendió una vela y bajó las escaleras.

Todas las luces estaban apagadas en la cocina... y en realidad, en todas partes. Con suerte, el bebé estaba durmiendo profundamente en la pequeña cuna que habían estado manteniendo abajo. Regresó a su dormitorio, deteniéndose en el pasillo frente a su puerta, con la mirada fija en la puerta más al final del pasillo.

No debería hacerlo. Debería simplemente volver a su propia cama. Pero no pudo evitarlo.

Se acercó suavemente a la puerta del dormitorio de su esposa y se detuvo. «Eres un tonto, Miles», se dijo en voz baja, pero levantó el pestillo de todos modos y abrió la puerta lo suficiente para ver el interior de la habitación oscura, iluminada solo por el fuego.

Lydia estaba profundamente dormida, sobre su lado derecho y con una mano apoyada debajo de su cabeza. Ella siempre dormía de la misma manera. Su corazón dio un vuelco. Estaba mucho más pacífica que de costumbre.

Suspiró y luego entrecerró los ojos, abriendo la puerta un poco más para ver mejor el pequeño montón de sábanas al lado de la cama. No era propio de Sarah dejar las cosas en desorden.

Pero no era un montón sábanas. Era la cuna.

Hubo un ligero movimiento en las mantas y luego la quietud volvió.

El tragó saliva.

Desde hacía mucho tiempo, él y Lydia se habían separado por la noche. Su único consuelo era que la habitación de Lydia estaba tan vacía como la suya. Esta noche, sin embargo, dormía con un bebé a su lado, lo que había estado deseando desde el principio.

Ella lo había amado cuando se casaron. Él nunca dudó de eso. Pero en el transcurso de los últimos años, sus deseos habían cambiado. Nunca había sentido con mayor intensidad que ella no lo necesitaba, y resultaba una puñalada en la parte más tierna de su corazón.

Cerró suavemente la puerta del dormitorio de su esposa y suspiró, volviéndose hacia su propia habitación vacía.

Cinco

Diciembre de 1809

El hombre de negocios de Miles, el señor Hindley, abrió la puerta de la casa de Londres con una vieja llave de latón y la empujó para dejar espacio para Miles y Lydia. Ella miró alrededor del vestíbulo de entrada. Era un poco más estrecho que el anterior pero ciertamente no carecía de belleza. Hacía frío en el interior, solo ligeramente más cálido que el aire de enero del que venían. Trató de imaginar cómo se sentiría con el fuego calentando todos y cada una de las chimeneas.

«Esta», dijo Hindley, «era propiedad de Sir John Birchworth. La adquirió en 1807 e inmediatamente se puso a trabajar en el mobiliario. Desafortunadamente, su entusiasmo le provocó muchas deudas y ahora se ve obligado a venderla para poder controlar sus gastos».

«Su pérdida bien puede ser nuestra ganancia», Miles le guiñó un ojo a Lydia y luego tomó su mano entre las suyas.

Hindley los condujo a través de la casa y les transmitió la información que había recibido de Sir John. Cuando recorrieron todas las habitaciones, dejó a Lydia y a Miles solos para discutir las cosas.

«¿Qué opinas?», preguntó Miles. «Ciertamente es más grande que las dos últimas que vimos. Y un poco más cara. También, está más cerca de mi madre».

Lydia asintió. «Es más grande, pero eso no es necesariamente malo. Mucho espacio para crecer». Ella desvió la mirada. Solo llevaban dos semanas casados y ella todavía se estaba acostumbrando a hablar de esas cosas.

«Muy cierto», dijo con una sonrisa enigmática, y le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él. «Agregamos algunos niños y este lugar se sentirá lleno hasta los topes».

Se puso de puntillas y cerró los ojos, deleitándose con la sensación de sus labios sobre los de ella y la seguridad de sus brazos rodeándola.

«Pensándolo bien», dijo Miles, dejando que sus frentes descansaran una contra la otra, «todavía no estoy del todo seguro de estar listo para renunciar a todo mi tiempo a solas contigo».

Ella se rió suavemente, jugando con un botón de su chaleco. «¿Deseas esperar para formar nuestra familia?». Nuestra familia. Las palabras mismas la reconfortaban.

«No», dijo, y se apartó, mirando hacia la ventana. «Puedo verlo ahora. Una cuna allí mismo», señaló el espacio entre la cama con dosel y la ventana, «y el pequeño Matthew corriendo por el pasillo, siendo perseguido por su niñera».

«¿Matthew?».

Él la miró. «¿Te gusta? Siempre me ha gustado ese nombre».

«Me encanta», dijo. Saber que había estado pensando en nombres para sus hijos hizo que ella lo amara aún más.

Era fácil imaginarlo como el hogar que compartiría con Miles y sus hijos, el escenario de buenos recuerdos en los años venideros. Pasarían gran parte del año en Lynham Place, por supuesto, pero en la ciudad... sí, este podría ser su hogar, su segundo hogar.

El presente

LOS PÁRPADOS de Lydia se agitaron por un momento, los sonidos de su sueño persistieron en forma de balbuceos de bebé. Dejó que sus ojos permanecieran cerrados, sabiendo por mucha experiencia que los fragmentos del sueño eran imposibles de captar en ese momento.

Pero los balbuceos se hicieron más fuertes.

Sus ojos se abrieron de golpe y giró la cabeza hacia un lado, los recuerdos volvieron a su mente mientras su mirada se posaba en los pequeños brazos regordetes que se elevaban desde la cuna al lado de su cama.

Su corazón se detuvo y luego latió como un tambor contra sus costillas. Apartó las sábanas y se apresuró a agacharse junto a la cuna.

Los ojos del bebé se fijaron en ella y su boca. La noche anterior, había quedado claro que mientras cambiaba un pañal sucio, descubría que el bebé era en realidad un '*él*'. Este se estiraba lentamente con una sonrisa.

«Buenos días, cosita linda», dijo Lydia mientras metía la mano en la cuna. Nunca se había despertado con una vista más agradable. Ciertamente no desde que dormía sola, al menos. Tenía los ojos pesados. Al bebé le llevó algo de tiempo, y mucho mecerlo y cantarle, para que se calmara y se quedara dormido, y una vez, durante la noche, se despertó con hambre. Estaba en un lugar completamente nuevo y ella quería asegurarse de que se sintiera seguro.

«¿Te gustaría algo de comer? ¿Qué dices? Solo necesito cambiarme primero. No todos podemos usar nada más que una manta y sentirnos presentables». De alguna manera, tendrían que conseguirle al bebé algo de ropa adecuada.

Jaló el timbre y llevó al bebé a la ventana mientras esperaban a su doncella. El aire frío del exterior provocó un escalofrío en el interior, y ella lo abrazó más cerca, pero él se inclinó hacia la ventana y puso sus dedos regordetes sobre ella.

Sarah entró y Lydia volvió a dejar al bebé en la cuna mientras se vestía para el día, mirándolo divertido. El bebé se mantenía fascinado por las molduras del techo.

Cuando Sarah se fue, Lydia volvió a tomar al niño en sus brazos, permitiéndole sujetar su dedo con fuerza. Dejó escapar un suspiro, sintiendo renuencia a salir de la habitación. Se sentía como un pedacito de un sueño allí, a pesar de lo cansada que se sentía. Y cuando dejó el refugio, sabía lo que vendría después, una discusión sobre qué hacer con el bebé. Pero no se podía posponer para siempre.

Miles estaba desayunando en el comedor. Diana y Mary estaban ausentes, como Lydia había esperado debido al hábito que habían adquirido desde que estaban en la ciudad de quedarse en la cama hasta tarde. Él miró hacia la abertura de la puerta, y con una sonrisa empujó su silla para aparatarse de la mesa.

«¿Y cómo le va a este hombrecito?».

Lydia sonrió y se preguntó si Miles sabía que había dejado que el bebé durmiera en su habitación. Fácilmente podría haberlo descubierto gracias a los sirvientes.

«¿Te dejó descansar?», Miles golpeó ligeramente al bebé en la nariz y luego miró a Lydia. Él sabía.

Ella sonrió tímidamente. «Sí, lo hizo. Después de nueve canciones de cuna y muchos arrullos, llegamos a un acuerdo».

«Estás mimándolo», dijo sin animadversión. «Puedo abrazarlo mientras comes».

«Oh, no. Tú termina primero. No quise perturbar tu comida».

Él se encogió de hombros. «Ya casi termino», dijo, y tomó al bebé de sus brazos. «Él puede sentarse en mi regazo mientras acabo de comer».

«Gracias, Miles», dijo. *Estaba* hambrienta. «Jane debe estar aquí pronto con un biberón para él, pero según lo de anoche, parece que él también está bastante interesado en otros tipos de comida».

Se sentaron a la mesa y Lydia miró a Miles colocando al bebé en su regazo, cómodamente reclinado en el hueco de su brazo izquierdo. No pudo evitar sentir la sensación agridulce. Era como una imagen de la vida que habían planeado juntos. La vida que nunca se había realizado. Y nunca sucedería.

Dejó a un lado sus pensamientos melancólicos mientras tomaba un panecillo; era imposible no sonreír ante la imagen que presentaban Miles y el bebé. Había abandonado su posición reclinada en favor de la perspectiva más emocionante de lo que quedaba de comida en el plato de Miles. Una y otra vez, Miles volvió a colocar las manos del bebé en su lugar, pero el bebé estaba decidido y comenzó a quejarse un poco.

«Eres un chico persistente, ¿eh?», Miles empujó el plato aún más lejos. «Toma». Sacó un trozo del último pedazo de tostada que quedaba.

«Oh, no demasiado, Miles», dijo Lydia nerviosamente.

Obedientemente lo partió en una porción más pequeña y la acercó a los labios del bebé. El bebé se metió el pan en la boca con energía, chasqueando los labios mientras intentaba decidir qué hacer con él.

Miles y Lydia se rieron y sus miradas se encontraron. Él asintió hacia su comida. «No has comido nada».

Su té y su panecillo estaban intactos, y tomó un cuchillo para tomar mermelada del frasco cercano. «Ustedes dos son demasiado entretenidos».

La mirada de Miles se dirigió al bebé y suspiró. «¿Qué vamos a hacer contigo, pequeño?».

La sonrisa de Lydia desapareció y se concentró en untar la mermelada.

«He estado pensando», dijo él. «¿Qué tal el Hospital de Expósitos?».

La mano de Lydia disminuyó la velocidad. «¿El Hospital de Expósitos?». Levantó la vista a tiempo para ver a Miles agarrar un tenedor de la mano del bebé.

«Sí», dijo. «Ciertamente parece preferible a la alternativa que mencionó el guardia».

«¿Lo es?», ella preguntó. Había oído hablar del Hospital de Expósitos, pero hasta ahí llegaba su conocimiento.

«¿No estás de acuerdo? Su único propósito es ocuparse de los bebés abandonados».

Lydia miró al bebé. Era un auténtico querubín y sintió la necesidad de volver a tenerlo entre sus brazos. Era una tontería sentir apego por el hijo de un extraño, uno que solo conocía desde hacía unas pocas horas. Y, sin embargo, eso era lo que sentía.

«Ciertamente es preferible al orfelinato, pero no lo sé, Miles». Su corazón latía contra su pecho mientras intentaba decidir si hacer una sugerencia diferente. Si no lo decía ahora, siempre

se arrepentiría. «¿Hay alguna razón por la que no podamos quedárnoslo?».

Las cejas de Miles se juntaron en una mirada de algo incómodamente cercano a la lástima, y el calor subió a las mejillas de Lydia.

«Lydia», él suspiró y extendió una mano hacia ella. «¿Y si su madre viene a buscarlo? Puede que sea poco probable, pero es una posibilidad, y seguramente lo irá a buscar en la parroquia o en el Hospital de Expósitos. Debes ver que no podemos quedarnos con el niño. No es *nuestro* para poder quedárnoslo».

Lydia intentó sonreír. El bebé no era de ellos, pero eso era todo, ¿no? ¿Qué bebé lo sería alguna vez?

Intentó imaginarse cómo sería la madre del bebé. ¿Lo *buscaría*? ¿Se arrepentiría de haberlo dejado allí en el frío, sin nada más que una manta? ¿Había sido el acto de una mujer desesperada? Quizá había pasado una noche sin dormir, preguntándose por su hijo.

«¿Qué clase de lugar es este?». Lydia preguntó con un nudo en la garganta. «El Hospital de Expósitos, quiero decir».

El bebé empezó a quejarse, como si supiera de lo que estaban hablando, y Miles movió la rodilla arriba y abajo rítmicamente. «No puedo decirlo. Solo he visto el exterior. Parece ser un lugar bastante agradable. Quizá deberíamos ir a verlo nosotros mismos. Si lo consideramos aceptable, podemos dejarlo allí. Si no…». No terminó.

Lydia tragó saliva. Era una sugerencia perfectamente racional. «Muy bien».

EL PORTÓN se abrió y el carruaje avanzó sobre los adoquines y entró en la amplia extensión que conducía al Hospital de Expósitos. Lydia dejó que el bebé mirara por la ventanilla del carruaje con los ojos muy abiertos. Probablemente nunca había estado en un carruaje hasta anoche. Era una nueva forma de ver el mundo y también lo hacía sentir nuevo para Lydia.

El cochero los dejó delante del edificio central, al otro extremo del patio, y Miles ayudó a Lydia a bajar del carruaje. Hacía tanto frío como el día anterior y Lydia reajustó las mantas del bebé. Una fila de niñas encabezadas por una severa mujer vestida con ropa discreta emergió de una puerta adyacente al edificio central. Llevaban vestidos de lino marrón con delantales y gorras blancos, y cada una sostenía un libro en la mano mientras caminaban en grupo con sus compañeros, todos con expresiones serias, con el aliento respirando ante ellos en pequeñas nubes blancas.

«Ven, querida». Miles le estaba abriendo la puerta y Lydia lo siguió al interior, donde, después de unos minutos, fueron recibidos por un hombre algo agobiado.

«Buenos días», dijo, mirando al bebé.

Miles puso su mano en la espalda de Lydia. «Mi nombre es Lord Lynham y esta es mi esposa, Lady Lynham».

El hombre hizo una rápida reverencia y una de sus cejas se arqueó hacia arriba por la sorpresa. «Encantado de conocerlos. Soy Robert Moss y soy el secretario del hospital. ¿Cómo puedo ayudarlos?».

«Tenemos algunas preguntas para usted acerca del hospital».

«Haré lo posible por responderlas, mi lord». Sus ojos se desviaron hacia el pasillo detrás de Lydia y Miles.

Miles asintió hacia Lydia.

Ella arrulló suavemente al bebé. Los párpados del bebé parecían pesados, aunque parecía

estar luchando contra el deseo de dormir, demasiado interesado en la gente y el entorno para someterse a una actividad tan aburrida. «Me temo que soy lamentablemente ignorante», dijo ella. «¿Qué *hacen* exactamente con los bebés cuando llegan aquí al hospital?».

El señor Moss juntó las manos delante de él y se enderezó. Tenía la impresión de que no era la primera vez que le hacían esa pregunta. «Cada bebé es bautizado y se le da un nuevo nombre poco después de su llegada. Después, los envían al campo con una cuidadora, que se encarga de ellos hasta su regreso, cuando tienen cuatro o cinco años».

«Oh», dijo Lydia. Había supuesto que los bebés serían atendidos directamente en el hospital. Pero tal vez fuera mejor que experimentaran los inicios de la infancia en un lugar con más aire fresco y espacio para jugar que en la ciudad. «¿Y una vez que regresan?».

«Se les vacuna contra la viruela directamente al llegar y luego se les educa y prepara para convertirse en aprendices y sirvientes durante los próximos años. La mayoría de ellos comienzan algún tipo de aprendizaje cuando cumplen catorce años».

Era una buena respuesta, en verdad. Si bien la vida de un sirviente ciertamente no era lo que ella desearía para sus propios hijos, era mucho mejor que la que experimentaría un niño al crecer en un hospicio.

Miró a Miles. Él la estaba observando, sin duda preguntándose cómo se sentía ella acerca de lo que estaban escuchando. Se sostuvieron la mirada durante un momento y luego él se volvió hacia el señor Moss. «Nos encontramos a este bebé», asintió hacia él, «anoche mientras estábamos en la Feria en el Hielo, aparentemente abandonado en un belén que había sido montado por lo que parecía ser un grupo de católicos irlandeses. Ya era bastante tarde cuando lo encontramos allí llorando y ninguno de los comerciantes cercanos supo dar información sobre quién pudo haber dejado al niño allí. Dadas las circunstancias, pensamos que lo mejor sería llevárnoslo a casa con nosotros hasta que pudiéramos decidir el mejor curso de acción, lo que nos trajo aquí».

Los labios del señor Moss formaron una fina línea. «Entonces, me temo que han venido con poco propósito».

El suave arrullo de Lydia disminuyó y miró a su marido, que tenía el ceño fruncido.

«Lo siento», dijo Miles. «No entiendo».

«Tenemos un proceso de admisión estricto, mi lord», dijo el señor Moss. «Solo tenemos la libertad de aceptar bebés traídos por sus propias madres, e incluso entonces, existe un procedimiento».

«Pero… pero… es un hospital de expósitos. ¿Cómo no aceptar a niños abandonados?».

Él hizo una mueca. «Me temo que hemos tenido que ajustar la forma en que operamos a lo largo de los años. Todos los bebés eran aceptados en algún momento. En otras ocasiones se aceptaban expósitos con una donación de 100 libras esterlinas. Pero en este momento, solo podemos aceptar bebés menores de doce meses que hayan nacido fuera del matrimonio de una madre primeriza en apuros y con la intención de volver al Señor mediante el arrepentimiento».

Hubo un incómodo momento de silencio. «Entonces, ¿qué sucede con bebés como este?».

El bebé ya estaba profundamente dormido y su labio inferior sobresalía en un adorable puchero.

El señor Moss se encogió de hombros a modo de disculpa. «Son responsabilidad de la parroquia».

«Entonces, ¿es el hospicio para ellos?».

El señor Moss asintió lentamente. «Ojalá pudiera decirles lo contrario, pero lamentablemente no es mi decisión. No podemos encargarnos de *todos* los niños huérfanos de esta ciudad.

Especialmente en un momento como este. Esta misma mañana han venido tres madres. Los inviernos fríos no son amables con los pobres».

«Me lo puedo imaginar», dijo Miles. «Entonces, ¿podemos dejarle nuestros nombres? Me refiero a si la madre viniera aquí en busca del bebé. De esa manera podría enviarnos un mensaje».

Él asintió. «Tengo sus nombres. Lord y Lady Lynham, ¿no es así? Tomaré nota de ellos en la oficina».

Alguien apareció en una puerta al final del pasillo y le hizo un gesto al señor Moss, quien asintió y se volvió hacia Lydia y Miles. «Pido disculpas por no ser de más ayuda. Fue muy amable de su parte acoger al bebé. Y ahora, si me disculpan, debo terminar el proceso de admisión de uno de los recién llegados. Les deseo un buen día, mi lord. Mi lady». Hizo una reverencia y, con paso rápido, desapareció por el pasillo y atravesó una puerta.

Lydia miró a Miles, incapaz de disipar la sensación de malestar alojada en la boca del estómago.

«Ven», dijo, con el ceño fruncido. «Aquí no hay nada para nosotros».

El carruaje dio la vuelta y subieron a él. Lydia no pudo evitar sentirse aliviada de no verse obligada a dejar al bebé en el hospital. No era solo que no quisiera despedirse, aunque ciertamente no quería.

No había nada siniestro en la imagen que había visto de las chicas haciendo fila y caminando por el patio, pero de todos modos la había afectado. ¿Cómo debía ser crecer en un lugar así? ¿Con profesores y compañeros huérfanos, pero sin madre ni padre? ¿Pensando si alguna vez llegarían a ver el rostro de la mujer que los había traído al mundo?

Miró al bebé en sus brazos. No sabía si podría haberlo sometido a un futuro así, por poco que lo conociera. ¿No merecía más? ¿No lo merecían todos los niños?

Miles dejó escapar un suspiro de frustración. «Bueno, eso ciertamente no era lo que esperaba».

«No», dijo Lydia. Tenía miedo de preguntar, pero no pudo esperar un momento más. «¿Ahora qué?».

Miles golpeó con un dedo el sombrero de copa que tenía en el regazo. «Apenas lo sé». Miró pensativamente por la ventana.

El corazón de Lydia latía con fuerza contra su pecho y el único sonido era el ruido de las ruedas del carruaje. «¿Podríamos quedarnos con él?».

La cabeza de Miles se giró hacia ella.

«Solo por un rato. Hasta que decidamos qué es lo mejor por hacer. No podemos dejarlo a merced de la parroquia, Miles».

«No, eso es verdad», estuvo de acuerdo, con los ojos puestos en el bebé.

Lydia se encogió de hombros, esperando parecer más indiferente de lo que se sentía. «Podríamos tenerlo con nosotros durante la Navidad. Hace un frío terrible y, a solo dos días de Navidad, imagino que sería difícil hacer cualquier otra cosa. La gente está ocupada preparando la cena de Navidad y ese tipo de cosas. Podríamos brindarle una experiencia adecuada de la temporada, tal como planeamos hacer con Diana y Mary».

Miles no dijo nada y siguió mirando pensativamente al bebé. «Sí, supongo que tienes razón». Miró a Lydia y sonrió. «Mantengámoslo con nosotros mientras intentamos organizarle una solución adecuada. Estoy seguro de que podremos encontrar algo antes de la Epifanía».

Lydia asintió rápidamente, sin poder evitar sonreír. Todavía faltaban más de quince días para la Epifanía. «Sí, sí, por supuesto».

Miles se sentó a su lado y miró al bebé. «*Es* un pequeño muy guapo, ¿no?».

«Lo es. ¿Tienes la intención de seguir llamándolo *pequeño* durante las próximas dos semanas? Quizá deberíamos decidir un nombre para él; me resulta un tanto incómodo seguir refiriéndonos a él como *el bebé*».

Miles se rió entre dientes y apartó un mechón de pelo del bebé. «Sí, creo que debería tener algún tipo de nombre. Después de todo, le habrían dado uno en el Hospital de Expósitos. Pero, ¿qué nombre?».

«¿Qué tal Matthew?», se arriesgó a mirar a Miles, cuya mirada se posó en la de ella.

Abrió la boca y luego la cerró.

«¿No te gusta la idea?», preguntó ella.

Parecía reacio a responder. «Es solo que... ese es el nombre que esperaba usar para...».

Lydia asintió rápidamente incluso cuando su corazón se desplomó. «Oh, sí. Lo había olvidado». No era verdad. Ella no lo había olvidado. Era el nombre del que había hablado hacía tantos años atrás, lo que en realidad parecía toda una vida, cuando planearon su futuro con toda la confianza de una joven pareja enamorada, seguros de que lo que les esperaba era igual de prometedor como el presente.

Pero desde entonces habían sucedido muchas cosas. Y había esperado que él se hubiera resignado al hecho de que nunca concebirían un hijo juntos. Claramente, ese no era el caso, y el conocimiento cayó pesadamente sobre ella.

«¿Qué tal Thomas?», él sugirió.

Lydia esbozó una sonrisa y asintió. «Sí, Thomas».

Seis

Enero de 1814

Miles extendió un brazo y lo envolvió alrededor de la cintura de su esposa, depositando un beso en la suave piel de su brazo.

No hubo respuesta a su gesto y se incorporó sobre un codo para ver si ella ya estaba dormida. Últimamente, su capacidad para conciliar el sueño rápidamente parecía haber aumentado dramáticamente. Solía tomarle media hora para relajarse por la noche, un tiempo a menudo lleno de conversaciones del día mientras Miles luchaba por mantenerse lo suficientemente despierto como para ofrecer respuestas coherentes.

Ya no era así.

Tenía los ojos cerrados, pero su respiración no se había hecho más lenta ni más profunda, y él la atrajo suavemente hacia él, dejando que sus labios buscaran su cuello. Olía a violetas y él lo inhaló lentamente. «¿Mi amor?».

Ella se agitó ligeramente. «Esta noche no, Miles».

Se quedó quieto, sintiendo el familiar dolor envolver su corazón como tentáculos listos para aplastarlo. Él solo había querido abrazarla más cerca, hablar con ella sobre algo más allá de las cosas mundanas de las que hablaban día tras día. Pero ella siempre insistía en interpretar más su afecto.

«Esta noche no», repitió él, soltándola de su agarre y dejándose caer sobre su almohada. «Ni tampoco ninguna noche». Ni siquiera sabía si ella había escuchado esa última parte, pero era verdad.

Ella se volvió hacia él en la cama, se apoyó en un codo y lo miró con un destello de ira en los ojos. «¿Qué debo entender de eso?».

Levantó los hombros. «Siempre hay alguna excusa, ¿no?».

Sus cejas se contrajeron y él se sintió en terreno peligroso. Pero había pasado meses sin mencionar nada, por mucho que le doliera por dentro, y no creía que pudiera permanecer en silencio por más tiempo.

«Siempre estás demasiado cansada o tienes dolor de cabeza o tienes...».

Ella parpadeó. «¿O tengo qué?».

Apretó los labios y se sentó, debatiendo si debía decir algo. «Justo la otra noche me dijiste que habías comenzado tu menstruación».

Sus ojos adquirieron una mirada cautelosa, pero no dijo nada.

«No comienza tu menstruación hasta al menos dentro de una semana, Lydia».

Ella retrocedió. «Entonces, ¿sigues muy de cerca ese registro? De hecho, eres un experto en

la materia».

Él no dijo nada. Honestamente, no era muy difícil hacer un seguimiento. No solo sus menstruaciones eran muy regulares, sino que siempre notaba un ligero cambio en su humor a medida que se acercaban. Dejó escapar un suspiro. No quería pelear con Lydia. Quería abrazarla. «Simplemente no veo cuál es el propósito de compartir cama si aquí nunca hablamos, y mucho menos nos tocamos».

Estaba rígida, claramente a la defensiva. «El propósito de una cama es tener un lugar donde dormir, ¿no es así?».

«Sí, por supuesto, pero... solía ser más que eso».

«Sí», dijo con más pasión de la que solía mostrar. «Y mira lo que tenemos que mostrar aquí. ¡nada en absoluto!». Apartó las sábanas y salió de la cama. «Ya no puedo hacer esto, Miles: fingir que algo va a cambiar repentinamente cuando ha sido igual durante estos cuatro años».

Sus palabras implicaban que el único propósito de su intimidad era el de engendrar un heredero. Quería un heredero, por supuesto. Desesperadamente. Pero lo que compartía con su esposa era mucho más que eso. ¿Eso era todo lo que significaba para ella?

«Bueno, ciertamente no va a cambiar si no estás dispuesta a seguir intentándolo, si no me dejas tocarte», dijo Miles, y pudo escuchar la irritación y el dolor en su propia voz.

Ella tragó saliva y dio un paso atrás. «Quizá tengas razón. A estas alturas, no tiene mucho sentido compartir la cama. Buenas noches, Miles». Se dio la vuelta y, con unas cuantas zancadas, salió de la habitación.

El presente

MILES HABÍA DUDADO en aceptar la sugerencia de Lydia de quedarse con el bebé con ellos por el momento. Podía verlo en sus ojos: la forma en que le suplicaban, la forma en que se suavizaban cada vez que miraba a Thomas. No sabía qué pensar al respecto. ¿Era bueno para ella? ¿O la estaba preparando para que sufriera cuando Thomas se fuera?

Pero no veía otra alternativa, al menos una que no implicara dejar al bebé en manos de la parroquia. Y Lydia tenía razón. No podían hacer eso de someter a un bebé joven e inocente a la miseria y las penurias de una vida así. Esas cosas ocurrían, por supuesto, pero había una diferencia entre que ocurriera sin que ellos lo supieran y llevar al bebé allí ellos mismos. Tenía que haber una opción mejor, pero llevaría tiempo encontrarla.

Al descubrir que Thomas se quedaría, Diana y Mary se emocionaron. Diana tomó al bebé en brazos y bailó con él por la habitación. Las tres mujeres lo adoraban, pero había algo diferente en la atención que Lydia le prestaba a Thomas. Era maternal, responsable y vigilante, incluso cuando sonreía ante las travesuras de sus hermanas con el niño, como si estuviera lista para intervenir y pedirles que tuvieran más cuidado si fuera necesario.

Cuando llegó la hora de dormir, Miles agradeció que Mary le preguntara a Lydia si tenía intención de entregarle el bebé a uno de los sirvientes. No era el único que pensaba que era el mejor arreglo.

«Oh, no», dijo Lydia. «Estoy muy feliz de que duerma conmigo. Anoche lo hizo mejor de lo esperado y me imagino que lo hará aún mejor esta noche».

«¿Y qué hay de ti, Miles?», preguntó Diana. «¿Estás tan contento de que este pequeño pilluelo te perturbe el sueño?». Frotó su nariz contra la de Thomas y fue recompensada cuando él

le agarró un mechón de pelo de su peinado.

Un silencio incómodo siguió a su pregunta, pero Diana estaba ocupada soltándose el cabello y pareció no darse cuenta. Miles no *sería* molestado donde Thomas dormiría.

«Él no es un pilluelo», dijo Lydia, apartando al bebé de las manos de su hermana con cejas castigadoras, pero con una sonrisa burlona, una que se desvaneció ligeramente una vez que apartó el rostro de la vista de sus hermanas. «Ven, Thomas. Dejemos a estos desgraciados insensibles y consigamos algo que te entretenga hasta la mañana». Ella lanzó una mirada descarada pero burlona a sus hermanas y luego salió de la habitación.

Antes de que se pudiera decir más sobre cómo Thomas podría afectar su sueño, Miles se disculpó con Diana y Mary. Era demasiado temprano para ir a dormir, pero encontraría algo en qué ocuparse durante la siguiente hora si eso significaba evitar un tema de conversación incómodo. La última vez que las hermanas Donnely se habían quedado con ellos, Lydia y Miles estaban en su primer año de matrimonio y no se avergonzaban tanto del afecto mutuo que a Miles le aturdía recordarlo. Diana y Mary sabían muy bien que Lydia y Miles siempre habían compartido dormitorio, dejando la habitación contigua, y la puerta que la conectaba con la de Miles, cerrada con llave debido a su mal uso. Sin embargo, ese ya no era el caso.

Fue cuando Miles tenía una mano en el pomo de la puerta de su dormitorio que apareció Diana, corriendo hacia él.

«Oh», dijo ella. «¡Ahí estás! ¿Le dirías a Lydia que venga aquí un momento?». Estaba un poco sin aliento y esperaba expectante, con un papel en la mano.

Se quedó paralizado, su mente corriendo a cien kilómetros por hora. Supuso que él podría abrir la puerta y simplemente llamar a Lydia para que saliera. Pero ella no estaba en la habitación.

«Sí, sí», dijo. «Solo un momento». Entró en su dormitorio y cerró la puerta detrás de él. Podría parecerle extraño a Diana, pero era preferible a la alternativa. Lydia no quería que su familia supiera del dolor que estaban experimentando al intentar traer un bebé al mundo. No le gustaba hablar de su infertilidad y Miles ciertamente no deseaba que se viera obligada a hablar de ello más de lo que ya estaban viviendo. De algún modo, los simples conocidos se sentían con el privilegio de indagar en los detalles íntimos de la vida de Lydia y Miles.

Se acercó a la puerta que conectaba sus dormitorios y llamó suavemente. Nada.

Llamó un poco más fuerte y hubo una pausa y un movimiento de la cerradura antes de que se abriera la puerta, revelando el rostro confuso y cauteloso de Lydia. Él conocía esa cara. Era la que usaba cuando temía que él le pidiera que compartiera su cama. No la había visto en meses porque había dejado de pedirlo.

«Diana está fuera de mi habitación», dijo en un susurro. «Desea verte».

La comprensión tardó un momento en aparecer en el rostro de Lydia, pero ocurrió. «Ya veo».

Él le hizo espacio para pasar y ella se apresuró a entrar en su habitación y hacia la puerta, con Thomas acomodado contento en sus brazos. Desapareció en el pasillo y Miles la siguió con el ceño fruncido. Era la primera vez que estaba en su habitación en casi un año, por fugaz que fuera. Probablemente esperaría hasta que Diana se fuera y entraría a su dormitorio por su propia puerta para evitar el inevitable encuentro con Miles.

Él jaló el timbre para llamar a su ayuda de cámara, pero se quitó el abrigo y se desató la corbata mientras esperaba. El olor a violetas había permanecido detrás de Lydia, e hizo que la soledad dentro de él se abriera como el agujero creciente que era. Había esperado acostumbrarse a ello, y en cierto modo lo hacía. Pero siempre había algo que le recordaba cómo solían ser las cosas. Esa era la parte complicada de vivir en la misma casa con una persona. No había forma de

escapar de esos recordatorios.

Se desabrochó el botón del cuello y se abrió la puerta.

«Oh», dijo Lydia, deteniéndose en seco con la puerta aún entreabierta detrás de ella. Sus ojos revolotearon hacia su camisa abierta y luego regresaron a su rostro.

«Lo siento», dijo él. «Pensé que usarías la otra puerta».

«No hay necesidad de disculparse», dijo con una sonrisa apresurada. «Simplemente no quería que Diana...». Se mordió el labio con nerviosismo. Nunca antes había estado tan insegura de sí misma. El matrimonio con Miles le había provocado eso, y él se odiaba por ello.

Él sacudió la cabeza. «Está bien. Por aquí». Caminó hacia la puerta entre sus dormitorios y la abrió.

Ella llegó hasta donde estaba él y se giró. «¿Quieres dar las buenas noches, Thomas?».

Thomas alcanzó a Miles y encontró apoyo en el cuello que colgaba de su camisa, tirando hacia él, arrastrando a Miles con él y juntando a Thomas y Lydia.

«Ay, cariño», dijo Lydia, retrocediendo un poco con una risa. Pero no tenía hacia dónde ir.

Las manos de Thomas agarraron el botón de la camisa de Miles, y este se ocupó en arrebatárselo al bebé, sabiendo que Lydia probablemente se sentía incómoda con lo cerca que estaban el uno del otro, sus labios lo suficientemente cerca como para rozar su frente si no tenía cuidado.

Finalmente, apartó la mano regordeta del botón y se alejó de modo que su espalda topó con el marco de la puerta. «Perdóname», dijo con una risa temblorosa.

Lydia lo miró con ojos brillantes. «No pasa nada. Estaba muy decidido a tener tu botón».

Miles se relajó un poco ante su comportamiento y se permitió una sonrisa. «Creo que lo habría tenido si le hubiera dado un momento más». Miró hacia abajo y se detuvo. Un par de hilos colgaban de la punta del cuello y el botón brillaba por su ausencia.

Lydia agarró la mano de Thomas, colocada en su boca, y la apartó con el tipo de risa que a Miles siempre le había encantado.

«Parece que lo *logró*», dijo Lydia. Tomó el botón y se lo devolvió a Miles, mirándolo con una sonrisa y su cabello parcialmente removido de su peinado.

Él puso un par de dedos en una de las partes más despeinadas. «¿Esto también es creación suya?».

Su mano se levantó en un movimiento tímido y rozó la de él.

«Sí», dijo ella, recogiéndose el cabello detrás de la oreja en un gesto que Miles encontró adorable. «Parece tener una obsesión con jalar el cabello».

Como si fuera una señal, Thomas tomó su cabello y Miles lo detuvo, chasqueando la lengua. «Si deseas jalar el cabello de alguien, tendrás que conformarte con el tuyo propio, lo poco que queda. Buenas noches, Thomas». Su mirada se dirigió a Lydia y le sonrió. «Si te molesta demasiado, simplemente llámame».

Lydia sonrió y él se preguntó cuánto tiempo hacía que no mantenía contacto visual con él durante tanto tiempo. Había empezado a preocuparse de que ella estuviera empezando a temerle. «Te prometo que lo haré».

«Buenas noches, Lydia».

«Buenas noches, Miles». Ella pasó a su propia habitación y él cerró la puerta detrás de ella, quedándose un momento para escuchar los sonidos ahogados de ella hablando con Thomas hasta que la puerta de su habitación se abrió para dar paso a su valet Bailey.

Siete

La Nochebuena amaneció nublada, gris y tan fría como los días anteriores. Miles desayunó temprano y se fue con uno de los sirvientes en busca de cosas que pudieran usar para decorar la casa. Quería estar seguro de que Diana y Mary pasaran un rato agradable en la ciudad, por muy frío que fuera el clima.

Cuando regresó bien entrado el día, lo hizo con dos brazadas de vegetación. Mientras él y el sirviente discutían dónde ponerlo todo, apareció una cabeza en la puerta del vestíbulo de entrada.

«¡Oh!», dijo Diana, acercándose a ellos. «¡Qué maravillosa sorpresa! Pensé que sería imposible encontrar algo así dado el estado del tiempo». Se llevó una rama a la nariz y cerró los ojos. «¡Huele divino!».

Su admiración atrajo a Mary y Lydia al vestíbulo de entrada, y Miles sintió que tal vez todo el recorrido por la ciudad por las calles heladas y cubiertas de hielo, había valido la pena, aunque solo fuera por la expresión de gratitud en el rostro de su esposa.

Ella articuló las *gracias* hacia él mientras Mary y Diana discutían cuáles serían los mejores lugares para adornar con la vegetación. Todos menos Lydia llenaron sus brazos de plantas; las suyas estaban ocupados con Thomas, y se dirigieron al salón.

«¿Y tal vez un muérdago para besar?», Diana dijo con una mirada enigmática a Mary.

«¿Con qué propósito?», Mary preguntó. «Es más probable que pase por debajo de él estando a tu lado que en compañía de un caballero, ¿no es así? ¿O tenemos un plan que desconozco para albergar a un grupo de pretendientes elegibles?».

Miles hizo una mueca. «Quizá lo mejor que podemos planificar es mi hermano y uno o dos de sus amigos. Creo que están en la ciudad, pero Harry rara vez me informa de sus planes».

«Mmmm», dijo Mary. «Bueno, ciertamente podemos hacer uno, por si acaso, pero imagino que tú y Lydia tomarán todas las bayas de todos modos».

La mirada de Miles voló hacia Lydia, cuyas mejillas comenzaron a sonrojarse. Se alejó de ellos y cogió una manta que cubría la silla más cercana. «Diana, ¿podrías dejar eso en el suelo? Deseo acostar a Thomas para poder usar ambas manos para ayudar con la decoración. Jane tuvo la amabilidad de encontrar este sonajero ayer mientras estaba fuera y espero que lo mantenga ocupado por un tiempo».

Si Miles hubiera albergado alguna esperanza de que su esposa acogiera con agrado un encuentro bajo el muérdago, habría sumado su voz para defenderlo. Pero era más probable que causara incomodidad que cualquier otra cosa.

Diana dejó la manta y la alisó para que Lydia pusiera a Thomas sobre ella. Mientras se levantaba del suelo, Diana miró a Miles con los ojos entrecerrados e inclinó la cabeza hacia un lado. «Nunca he conocido a tu hermano, Miles. ¿Es tan guapo como tú?».

«¡Diana!», Lydia gritó desde su posición de rodillas.

Diana se encogió de hombros inocentemente. «¿Qué? Precisamente tú no negarías que tu marido es uno de los hombres más apuestos que conocemos».

Miles se mordió el labio para controlar una sonrisa. No había contado con Diana para defenderlo ante su esposa, pero de todos modos estaba agradecido por ello.

«No», dijo Lydia, y su color volvió a intensificarse mientras evitaba la mirada de Miles, «pero qué atrevido suena al hacer una pregunta así».

Miles se aclaró la garganta. «Creo que muchos consideran que mi hermano es el más guapo de los dos».

Las cejas de Diana se alzaron en un gesto de intriga. «¿Estás de acuerdo con eso, Lydia?».

Lydia dejó escapar un suspiro de incredulidad y sostuvo el sonajero frente a Thomas hasta que logró agarrarlo. «Eres incorregible, Di».

«Y *esa* no es una respuesta a mi pregunta», replicó ella. «¿Lo es, Miles?».

Miles se rió. «Quizá lo es. Tiene miedo de herir mis sentimientos al decir la verdad, pero tampoco siente que pueda mentir». Más bien se estaba divirtiendo. Había habido pocas bromas entre él y Lydia durante algún tiempo, pero dado que Diana estaba orquestándolas, no podía dejar pasar la oportunidad.

Lydia apretó los labios y se puso de pie. «Difícilmente. Simplemente me estoy elevando por encima de las profundidades en las que se ha hundido la conversación».

«Bueno», dijo Diana, «por mi parte, estoy decidida a hacer un muérdago para los besos, y prohíbo a los dos...», dijo mirando de un lado a otro entre Miles y Lydia, «robar todas las bayas antes de que sepamos si vamos a recibir a tu hermano y a sus amigos, o no. Al menos, tengan la decencia de cumplir eso».

A Miles no se le ocurría nada que le gustaría más que robarle una gran cantidad de besos a Lydia bajo una rama así, pero en el escenario imaginado, su esposa era una parte dispuesta, y esa no era la realidad de la situación.

«Me he estado preguntando», dijo Lydia. «¿Crees que mañana podríamos llevar algo al Hospital de Expósitos? Para los niños. Un pequeño detalle de algún tipo para alegrar el día, quizá. No he podido sacarlos de mi mente desde ayer».

Por supuesto que no había podido. Era una de las cosas que amaba de ella. «Me parece una muy buena idea. Podemos hablar con Cook acerca de eso y ver si tiene alguna idea».

Lydia le sonrió y asintió.

Llevaban una hora colgando guirnaldas y doblando flores de papel cuando la silueta de la madre de Miles apareció en la puerta del salón. Miró a su alrededor, evaluando la escena que tenía ante ella, que era un desastre de vegetación a medio colgar y restos esparcidos por el suelo.

«Dios mío», dijo con una sonrisa. «¡Qué escena se contempla aquí! Hola, señorita Donnely y señorita Mary».

Las chicas hicieron una reverencia y sonrieron, y Miles se acercó y besó a su madre en la mejilla. «Hola madre. Me alegra que hayas podido venir». Él no la había invitado, pero ella nunca necesitaba invitaciones.

«Oh», dijo cuando entró lo suficiente en la habitación para ver a Thomas en el suelo. «Pensé que el bebé seguramente ya se habría ido». Miró a Miles con una expresión que él no pudo identificar.

«Sí», dijo, agachándose para alejar una de las guirnaldas del alcance de Thomas, «bueno, hicimos un viaje al Hospital de Expósitos, pero no aceptaron al pequeño».

Su madre retrocedió parpadeando sorprendida. «¿No lo aceptaron?».

«Son estrictos en sus admisiones». Miró a Lydia y notó lo lentos y mesurados que eran sus movimientos. Su madre la ponía nerviosa y así había sido durante casi todo el tiempo que Miles podía recordar.

«Bueno», tomó asiento en la silla más cercana, «no hubiera pensado que estarían en condiciones de rechazar una donación».

«No aceptan donaciones, madre. Ya no».

Ella arqueó las cejas. «Tal vez no formalmente, pero todos aceptan la donación adecuada. Pero eso no importa. ¿Qué piensan hacer ahora?».

Miles se encogió de hombros y usó un pie para barrer algunos trozos de vegetación y formar un montón. «Trabajaremos para encontrar una solución diferente para él. Una familia que podría acogerlo después de Navidad».

Su madre parpadeó. «Ya veo. Bueno, me esforzaré en hacer correr la voz».

Miles miró a Lydia, cuyos ojos se habían abierto como platos. «Gracias, madre, pero no necesitamos molestarte con eso. Nos las arreglaremos y, mientras tanto, estamos contentos de tenerlo aquí».

«Sí, sí», dijo, mirando a Thomas de nuevo. «No puedo negar que es bastante encantador. Sin embargo, creo que él no puede sino aumentar su estrés, y estoy convencida de que, si ambos se relajaran un poco, podrían lograr tener un hijo propio en muy poco tiempo. ¿Sabes?, pasó casi medio año hasta que quedé embarazada de ti, Miles, y estaba terriblemente preocupada por eso. No fue hasta que hice un viaje al campo y dejé de pensar en ello que fui recompensada».

Miles sintió que se le tensaban los músculos y ni siquiera se atrevió a mirar a Lydia. No era la primera vez que su madre había sugerido que la falta de hijos se debía a algo que estaban haciendo mal, o había comparado su propia experiencia con la de ellos, a pesar de que la suya duró tan poco en comparación. Sabía que ella solo estaba tratando de ser útil, pero esos comentarios no podían sino aumentar el estrés que sentían tanto él como Lydia. Y su culpa también. Nunca dejaba de hacerle pensar a Miles lo que diría su padre si todavía estuviera aquí y pudiera ver cuán lejos estaba Miles de cumplir su promesa.

En general, se suponía que Lydia era la culpable de la falta de hijos, pero él se encontraba cuestionando esa suposición. Había conocido más de un caso en la que el marido de una pareja aparentemente incapaz de concebir había muerto y su esposa se había vuelto a casar y tenía numerosos hijos. No pudo evitar que Miles se preguntara si él era la causa de sus problemas.

«Deseo tanto tener un nieto a quien mimar», dijo su madre, recostándose en su silla con un suspiro. «Y conocer al heredero de esta familia. No puedes imaginar el orgullo que sentí cuando naciste, Miles».

«Disculpen», dijo Lydia, llevándose la mano a la boca. «Creo que Thomas necesita ser alimentado». Ella rápidamente lo levantó del suelo.

«¿No puede uno de los sirvientes hacer eso?», preguntó la madre de Miles.

«Estoy más que feliz de hacerlo yo misma», dijo Lydia, y Miles pudo escuchar el ligero temblor en su voz. Ella se fue un momento después, y él se preguntó si seguirla. Diana y Mary compartían miradas de reproche.

«Thomas, ¿dijo ella?», preguntó la madre de Miles.

«Sí, así es como hemos decidido llamarlo».

Ella parecía pensativa. «Supongo que debes llamarlo de alguna manera, pero no creo que sea prudente apegarte demasiado». Miró hacia la puerta por la que Lydia había desaparecido. «Realmente debería ser uno de los sirvientes quien lo alimente».

Miles apenas escuchaba. «Un momento, madre. Si me disculpan. Se apresuró a seguir a su

esposa y la vio al final del pasillo».

«Lydia», dijo mientras se acercaba a ella y disminuía la velocidad.

Escuchó el resoplido antes de ver las lágrimas, que ella se esforzó por ocultarle, pero se colocó frente a ella, deteniendo su avance, luego tomó su mejilla con la mano y secó un pequeño riachuelo con el pulgar. «Lo siento. Ella no lo entiende».

«Pero ella *piensa* que sí». Dejó que Thomas agarrara la manga de su vestido y se la metiera en la boca.

«Sí». Él apartó la mano de su rostro. «Ella no quiere hacer daño, ¿sabes?».

«¿No es así?», Lydia lo miró fijamente. «¿No quiere dejar claro que tomaste la decisión equivocada cuando te casaste conmigo?». Ella miró hacia otro lado. «Y nunca le llevas la contraria, le permites humillarme y ser condescendiente conmigo. Delante de mis hermanas».

Miles abrió la boca solo para volver a cerrarla. Él no lo había pensado de esa manera. «Lo siento, Lydia. Me he acostumbrado mucho a dejar que mamá diga lo que quiera. No tolera muy bien los desacuerdos. Es más desagradable contradecirla que dejarla hablar y hacer caso omiso de sus palabras».

«Para ti, tal vez», dijo Lydia.

Pensó en sus palabras por un momento, preguntándose cómo responder. Al principio de su matrimonio, rara vez se había visto obligado a pensar cuando estaba con Lydia. Todo resultaba tan natural. Pero ahora analizaba cada interacción, antes y después de que ocurriera, y a menudo se sentía paralizado por la indecisión.

«Debo ir a alimentar a Thomas», dijo. «Solo tardaré un cuarto de hora».

Observó con el ceño fruncido cómo Lydia desaparecía por el pasillo.

Ocho

Brighton 1809

«¡Miren!», Lydia gritó mientras cogía otra concha de la arena antes de que la ola que se acercaba estrellara sus pies.

Diana y Mary se acercaron corriendo, levantando sus faldas y mirando la mano de Lydia. «¿Qué es?».

Lydia desplegó sus dedos para revelar el caparazón rosa y blanco. Sus picos y surcos se abrían en abanico desde abajo en un patrón que se acercaba a la perfección, más que cualquier cosa que Lydia hubiera tenido jamás.

Diana estiró la mano hacia la concha y pasó un dedo por los pliegues. «Es hermosa. Parece que tienes toda la suerte. No he encontrado nada más que estas pequeñas». Ella reveló tres conchas de mejillón.

«También son hermosas», dijo Lydia. «Mira cómo cambian los colores con la luz».

«Iridiscente», dijo Mary, tomando una y girándola de lado a lado. «Así se llama cuando los colores cambian en diferentes ángulos».

Sonriendo, Lydia observó cómo aparecía el arcoíris con cada giro. Un grito ahogado sonó en la distancia y miró al grupo de damas y caballeros que jugaban con una pelota de críquet y un bate en la costa. Jugaban sin palos y parecían acercarse cada vez más a Lydia y sus hermanas cada vez que Lydia miraba en su dirección. Sus ojos se detuvieron allí por un momento, en los rostros sonrientes cuyas risas se llevaban con la brisa, pero en una figura en particular: el hombre que había visto ayer en la biblioteca de préstamo. Todavía podía imaginarse su sonrisa y la bondad en sus ojos.

Apartó la mirada y la volvió a centrar en la concha que tenía en la mano. «¿Ponemos estas conchas con las demás?».

Sus hermanas asintieron y caminaron hacia la pequeña colección que habían colocado en un pequeño recipiente en la arena, justo fuera del alcance de la marea. Allí había una docena de conchas y con cuidado colocaron las nuevas encima.

«Creo que veo algunas por aquí», dijo Mary, y se alejó, haciendo sonreír a Lydia. Estaba empezando a parecer mucho mayor ahora, sobre todo desde que habían llegado a Brighton, pero de vez en cuando, algo de su juventud se revelaba tal como era ahora. Después de todo, solo tenía doce años.

Lydia y Diana la siguieron y se agacharon para inspeccionar lo que había traído la última ola. Lydia inspeccionó una, luego la tomó para colocarla en el montón y se tomó un momento para distribuir los tesoros.

Las voces de los jugadores de críquet aumentaron y Lydia levantó la vista a tiempo para ver a un hombre corriendo hacia atrás en su dirección mientras una pelota se arqueaba hacia ella. Se puso de pie rápidamente y se alejó tambaleándose, pero no antes de que el hombre, cuyo brazo alcanzó la pelota que se acercaba, chocara contra ella, enviándolos a ambos hacia atrás sobre la arena.

Ella se alejó de él y, haciendo una mueca, puso una mano en su costado, que había sido pinchado por el codo del hombre cuando cayeron al suelo. Se volvió hacia ella, con los ojos tan abiertos que no había forma de confundir su tono azul.

«Mis mayores disculpas, señorita», dijo con voz avergonzada. Se levantó del suelo y le tendió la mano. En la otra mano sostenía la pelota de críquet. De alguna manera, había logrado atraparla y mantenerla.

Diana y Mary se acercaron cuando Lydia aceptó la mano del hombre. Sin esperar la facilidad con la que él la puso de pie, ella chocó contra él nuevamente y se apresuró a dar un paso atrás. Llevaba pantalones, un chaleco marrón y mangas de camisa arremangadas hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos musculosos, mientras los extremos de su corbata se ondulaban con la brisa.

«Perdóneme», dijo con una sonrisa avergonzada.

Él sacudió la cabeza de manera lenta y aturdida, su mirada fija en ella con evidente curiosidad y admiración. «La culpa es enteramente mía». Su voz era suave y gentil, en desacuerdo con su poderosa constitución.

«¿Estás herida, Lydia?», preguntó Diana.

Lydia apartó la mirada del hombre y sacudió la cabeza, sacudiéndose la falda. «No, no. Estoy bien».

Él entrecerró los ojos hacia ella. «¿Está segura? Creo que debo haberla lastimado».

Se llevó una mano al costado, que aún le palpitaba, y luego sacudió la cabeza.

«¡Pero ha roto todas nuestras conchas!», Mary gritó.

Todos bajaron la cabeza, contemplando el desorden de conchas rotas que llenaban el hueco que contenía la colección. Sin embargo, la concha de abanico rosa que Lydia acababa de encontrar parecía estar intacta y se inclinó para recogerla, solo para descubrir que se partía en cuatro pedazos en su mano.

«Lo siento muchísimo», dijo, alcanzando las piezas en la mano de Lydia. «Debería haber mirado hacia dónde iba. Yo…», dejó escapar un suspiro de frustración.

«No importa», dijo Lydia, mirando a la mujer que se acercaba. Ella también había estado en la biblioteca. «La marea traerá más conchas mañana».

Hizo una mueca de disculpa, pero antes de que pudiera hablar, la mujer tomó su brazo. «Señor Blakeburn», dijo con voz entrecortada. «¿Está bien? Lo vi caer y…». Sus ojos se dirigieron a Lydia y sus hermanas, y sonrió. Era una de las criaturas más hermosas que Lydia había visto jamás: labios carnosos que se estiraban en una sonrisa, ojos amables y rizos despeinados por la brisa que enmarcaba su rostro.

«Estoy perfectamente bien», dijo el Sr. Blakeburn. «Pero no se puede decir lo mismo de estas conchas, ni de la señorita...», miró a Lydia inquisitivamente.

«Donnely», respondió ella. «Pero les aseguro que estoy ilesa».

Él no apartó la mirada de ella, como si no supiera si le creía.

«Venga, señor Blakeburn», dijo la mujer, y les envió una sonrisa a las hermanas Donnely mientras lo alejaba.

«Perdonen». Hizo una reverencia y luego se rindió al tirón de la mujer.

Lydia y sus hermanas observaron la partida de la pareja por un momento, hasta que Lydia se dio cuenta de que Diana la estaba mirando a ella, no al señor Blakeburn.

«El señor Blakeburn y Sophia Kirkland», dijo Diana. «Es heredero de una baronía. Bastante impresionantes juntos, ¿no? Creo que se espera que hagan un anuncio pronto».

Lydia apartó la mirada, sintiéndose casi tan aplastada como la concha en sus manos. Un sentimiento ridículo. «¿Cómo llegas a saber tal cosa?», Diana solo tenía diecisiete años, pero siempre sabía más de los chismes de la ciudad que Lydia.

Diana se encogió de hombros. «Ayer estuvieron en la biblioteca de préstamo y, después de que se fueron, las dos ancianas que estaban cerca de nosotras estaban comentando sobre ello».

Lydia recogió los restos de la concha y las metió en su bolso. «Estoy segura de que podemos encontrar algo que hacer con estos fragmentos. Todavía son hermosos».

El presente

PEQUEÑOS COPOS CAYERON al suelo la mañana de Navidad y Lydia llevó a Thomas a la ventana para mostrarle la maravilla de la nieve que caía. Golpeó su mano contra los cristales de la ventana como si de alguna manera pudiera atravesarlos si se esforzaba lo suficiente.

«¿Hueles eso?», ella le preguntó. «Cook ya debe haber comenzado a hornear los pasteles».

Miró hacia la puerta que conectaba el dormitorio con el de Miles y frunció el ceño. Las cosas se habían vuelto más tensas entre ellos desde el incidente en el salón con su madre. Sin embargo, tras reflexionar, se dio cuenta de que no había manejado bien las cosas. No estaba demasiado preocupada por cómo se sentía su suegra, si es que había sentido algo tras la apresurada partida de Lydia. No, fue lo que le había dicho a Miles lo que hizo que se le revolviera el estómago de culpa.

Ella se había sentido frustrada y herida por las palabras de su madre, y se había desquitado con él. Ella *quería* que él se enfrentara a su madre, que le dijera que no se preocupara por lo que no era asunto suyo. Pero ella no era tan egoísta como para no ver cómo afectaría la relación de Miles con su madre si lo hiciera.

Y, verdaderamente, en el fondo de todo, lo que le molestaba más que los consejos no solicitados de la baronesa viuda era el miedo que albergaba en su interior, que asomaba su fea cabeza cada vez que la mujer venía de visita. La viuda y su marido habían disuadido firmemente a Miles de casarse con Lydia, la hija de un médico, por muy acomodado que fuera, no era lo que querían para él y, aunque saberlo había afectado su relación con su padre... y suegra, desde entonces había comenzado a afectar su relación con el propio Miles.

Había hecho caso omiso del consejo de sus padres y ahora sin duda se arrepentía. ¿Cómo podría no hacerlo? Si se hubiera casado con Sophia Kirkland, era casi seguro que ya tendría un heredero, además de las conexiones que tenía su familia. La señorita Kirkland había sido una elección eminentemente elegible y, por mucho que lo intentara, Lydia nunca había podido encontrarle defectos.

Pero nada de eso justificaba la crueldad de Lydia hacia Miles. Más bien todo lo contrario.

«¿Vamos a ver si Miles está despierto?». Con el corazón golpeando contra su pecho, llevó a Thomas hasta la puerta y llamó suavemente.

Escuchó algunos sonidos apagados provenientes del otro lado, y pasó un momento antes de que la puerta se abriera, revelando a Miles con su bata torcida y sus ojos claramente todavía

acostumbrándose a la luz.

«¿Todo está bien?», preguntó con preocupación, frotándose uno de sus ojos con un dedo.

«Oh, sí, sí, por supuesto», dijo Lydia, dando un paso atrás. «Lo siento mucho. No quise despertarte. Debe ser más temprano de lo que había pensado».

¿Era esto a lo que había llegado? ¿Una visita de su esposa significaba algo siniestro?

Él sonrió un poco adormilado. «No te disculpes». Golpeó suavemente a Thomas debajo de la barbilla. «Eres un espectáculo maravilloso al despertar. Creo que debí haberme quedado dormido. Anoche no dormí muy bien».

«Yo tampoco», dijo ella, buscando su rostro. ¿Se había quedado despierto por la misma razón que ella? «Thomas y yo queríamos desearte una feliz Navidad». Ella reunió el valor. «Y quería disculparme por mi comportamiento de ayer».

Parpadeó dos veces y luego sacudió la cabeza. «No, soy yo quien te debe una disculpa».

Ella sonrió y él hizo lo mismo.

«¿Y tú, Thomas?», preguntó Miles. «¿No tienes ninguna disculpa? ¿Por todos tus intentos de ingerir nuestras decoraciones ayer? ¿Mmm?».

Lydia se rió. Thomas no solo los sorprendió al darse vuelta y comenzar a intentar gatear, sino que también se vieron obligados a arrancarle un puñado de hojas de la boca. «Parece que no presentará ninguna disculpa. Parece bastante despiadado».

Miles miró a Thomas con los ojos entrecerrados. «¡Ingrato! ¿Bajamos a desayunar?».

Lydia asintió.

Miles dio un paso atrás y vaciló, con la mano en la puerta. Él sostuvo su mirada y luego bajó la suya hacia su bata, todavía desatada.

Los ojos de Lydia lo siguieron, contemplando las mangas de su camisa desabrochadas que revelaban gran parte de su pecho. ¿Siempre había sido tan atlético? Sí, ella más bien pensaba que así era. Casi podía recordar cómo se sintió al poner su mano allí.

«Solo necesito cambiar...».

«Oh», dijo Lydia, parpadeando para alejar sus pensamientos. «Por supuesto. Yo lo haré también. Y Thomas necesita ser cambiado». Ella mantuvo sus ojos fijos en su rostro, pero incluso la línea de su mandíbula conducía a su cuello, que conducía hacia abajo...

«¿Hay algo más?», preguntó él.

«No», se rió para alejar sus pensamientos. «¿Quizá podamos encontrarnos en el pasillo en unos minutos?».

«Con mucho gusto», dijo él, y ella salió por la puerta antes de que sus ojos pudieran deambular nuevamente.

Se concentró en tocar el timbre y decidir qué vestiría ese día, sin prestar atención a los latidos más rápidos de su corazón. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido indicios de deseo. La intimidad había llegado a parecer una carga, una que a Miles nunca pareció importarle en lo más mínimo. Había olvidado lo que era abrazar a su marido y ser abrazada por él sin mirar si las cosas podrían resultar en lo que habían estado esperando durante tanto tiempo.

Diez minutos más tarde, se encontraron en el pasillo y bajaron las escaleras.

El comedor había sido elegido después del salón y la escalera como decoración, y presentaba una imagen muy acogedora: el fuego crepitaba en la chimenea, ramas de enebro cubrían la repisa de la chimenea y una colección de acebos en el centro de la mesa.

Para sorpresa de Lydia, Diana y Mary pronto se unieron a ellos para desayunar.

«No quería dormir todo el día», dijo Diana mientras se sentaba. «Después de todo, es Navidad. Y pensé que pronto tendríamos que ir camino a la iglesia».

«Tienes razón», dijo Miles. «Normalmente el viaje hasta la iglesia es corto, tan solo unos pocos minutos en carruaje, pero con la nieve y el hielo, será mejor si salimos un poco antes de lo habitual. También necesitaremos que Thomas se sienta cómodo con los sirvientes». Miró al bebé, que estaba cogiendo la taza de té de Lydia.

«Oh», dijo, empujando el té fuera de su alcance.

Miles la miró inquisitivamente. «¿Qué?».

Arrancó un pequeño trozo de su tostada y se lo dio a Thomas. «Yo... no es nada». No había considerado el hecho de que Thomas no los acompañaría a la iglesia.

«No es posible que lo llevemos con nosotros», dijo Miles.

«¿No podemos?», preguntó Lydia.

«Si el servicio es parecido al nuestro en casa», intervino Mary, «no me importaría un poco de distracción mientras el vicario habla y habla».

Miles no pareció escuchar el comentario de Mary. Sus ojos estaban fijos en Lydia, y ella sintió que la perforaban, mientras sus muñecas descansaban sobre la mesa como si tuviera la intención de resolver las cosas antes de concentrarse nuevamente en su comida.

«Querida», dijo, «no tengo muchas ganas de pasar la Navidad explicando a la gente cómo llegamos de repente a tener un niño de seis meses».

«Seguramente no es asunto suyo», dijo Lydia.

«No, ciertamente no», dijo. «Pero, ¿cuándo eso detuvo a alguien? No puedo imaginar que desees explicarlo más que yo. Llamará la atención sobre algo sobre lo que nos hemos esforzado en evitar llamar la atención».

Thomas jugaba con sus dedos y ella observaba sus movimientos en lugar de mirar a Miles a los ojos. *No* quería responder todas las preguntas que suscitaría llevar a Thomas con ellos. Podrían explicar que habían acogido a un niño expósito por un corto tiempo, pero las preguntas y suposiciones no se detendrían ahí, y Lydia no tenía ningún deseo de recibir la lástima y las sugerencias que seguirían. Esas interacciones eran tan aburridas como desalentadoras.

Podría haber soportado las suposiciones que la gente haría sobre ella y Miles si la gente se las guardara para ellos. En cambio, insistían en transmitirle sus opiniones directamente. Miles tuvo que soportar solo una fracción de las conversaciones que mantuvo Lydia, ya que se asumió que ella era la culpable. Incluso el vicario había dado a entender en algunos de sus comentarios que una mayor dedicación a Dios podría producir resultados felices.

Pero, más que todo eso, le molestaba la sospecha de que la renuencia de Miles a aceptar a Thomas se debía a su preocupación por cómo lo haría aparecer: acoger al hijo de otro hombre porque su esposa no podía proporcionarle los suyos propios. Sin duda, no quería recordarle a la gente su fracaso y el de Lydia.

«Supongo que tienes razón», dijo tragando saliva. «Llamaré a Jane».

Le tomó tiempo transmitir las instrucciones a la criada, y cuando finalmente terminó y le entregó a Thomas, se volvió hacia una Diana divertida.

«¿Qué?», dijo Lydia, tratando de no revelar lo difícil que le resultaba dejar a Thomas con otra persona.

«Has abrumado por completo a la pobre chica», respondió Diana, entrelazando su brazo con el de Lydia. «Será un milagro si recuerda la mitad de lo que dijiste. Pero eso no puede importar demasiado, ya que no nos vamos de vacaciones durante un mes, amor mío. Solo vamos a ir a la iglesia por un rato».

La nieve caía más rápido que antes y Miles había hecho bien en llamar temprano para traer el carruaje. No solo se vieron obligados a detenerse primero para ver a la baronesa viuda, sino que

el conductor tuvo que avanzar lentamente para evitar que los caballos y el carruaje resbalaran en las bolsas de hielo que cubrían su camino hacia la iglesia.

El edificio de la iglesia en sí era frío por dentro, y nadie se quitó los abrigos mientras el grupo se dirigía hacia la banca. Lydia se aseguró de presentar sus hermanas a personas que pensaba que podrían interesarles. Diana y Mary eran ambas muy educadas y agradables en apariencia, y la gente parecía ansiosa por conocerlas, por lo que no fue hasta que el vicario estuvo listo para comenzar el servicio que finalmente se sentaron en la banca.

La atención de Lydia se desvió por un momento, solo para ser distraída por las palabras del vicario.

«¿Quién acogería a José, a María y al Niño Jesús? Nadie. Al mismo Mesías, el Salvador del mundo, se le dejó nacer en las circunstancias más humildes. Nacido en un pesebre y envuelto en harapos. ¿Y no somos nosotros culpables de ese mismo abandono? ¿De cerrar nuestros corazones y hogares a Cristo? ¿De elegir el pecado y el entretenimiento en lugar de Aquel que es poderoso para salvar?».

Los pensamientos de Lydia se dirigieron a Thomas, encontrado, igual que el niño Jesús, en un pesebre, envuelto en nada más que mantas. Él ya había sido una bendición para ella. Tal vez nunca tuviera un hijo, pero al menos cuidaría de éste mientras él la necesitara. No descuidaría su deber cristiano y esperaba que Dios la bendijera por ello.

Thomas estaba dormido cuando llegaron a la casa, y Lydia le sonrió en la cuna, agradecida por la oportunidad de cuidar de un alma tan inocente, aunque fuera solo temporalmente.

Durmió mucho, durante todo el tiempo que Lydia y sus hermanas pasaron ayudando a empaquetar las golosinas y la comida en papel marrón, atado con una cuerda, y todavía no estaba despierto cuando se fueron a entregar todo al Hospital de Expósitos. Se cargó un carro con la comida preparada, se cubrió y se condujo detrás del carruaje.

A su llegada, el Sr. Moss los saludó y los condujo al mismo edificio en el que ya habían estado Lydia y Miles. Expresó su gratitud en nombre del hospital y de los niños por su amabilidad. «No todos los días reciben un trato así. Llamaré a algunos miembros del personal para que descarguen el carro».

«Oh», dijo Diana, deteniéndolo en seco. «¿Hay alguna manera de que podamos entregarles los regalos nosotros mismos? Hay tres grandes cestas de pan que puede darles en la cena, pero envolvimos algunas delicias individualmente y nos preguntamos si podríamos darle una a cada niño».

Lydia reprimió el deseo de abrazar a su hermana. Diana podía ser sorprendentemente atrevida a veces, pero eso no siempre era malo.

El señor Moss vaciló y luego miró su reloj de bolsillo. «Supongo que sí. Están a punto de terminar el servicio religioso y los niños tendrán la siguiente hora libre. Iré a hablar con los instructores. Volveré en un momento».

Cuando lo hizo, fue con una feliz noticia. «Quizá se arrepientan de su petición cuando diga esto», dijo el Sr. Moss, «pero creo que la mejor manera de hacerlo será que distribuyan los regalos en el patio. Hace bastante frío, lo entenderé si cambian de opinión, pero dado que la carreta está ahí y que el patio tiene el mayor espacio necesario para el tipo de fila que organizaremos…», los miró interrogativamente.

Lydia miró a Miles, con la intención de preguntarle qué pensaba de esa idea. Pero ella podría haberse salvado.

«Oh, estoy segura de que no nos importará el frío», dijo Diana con un gesto despectivo con la mano.

Y así fue decidido. A los pocos minutos se fue formando la fila de niños, cada uno de ellos con ropa marrón o un abrigo corto debajo de un abrigo más adecuado para el invierno.

Situados justo al lado del carro, Lydia y los demás tomaron las golosinas empaquetadas individualmente y las entregaron a cada niño. Algunos los recibieron con sonrisas agradecidas y ojos muy abiertos y curiosos, que se detuvieron en el paquete que se les ofrecía. Algunos incluso abrazaron a Lydia, solo para ser reprendidos por sus instructores. Pero fueron los rostros serios o incluso cautelosos los que más conmovieron el corazón de Lydia.

Miró a Miles mientras él saludaba a una niña. Era lo suficientemente pequeña como para haber regresado recientemente al hospital después de sus años en el campo, y el miedo en sus ojos tocó el corazón de Lydia. Pero Miles rápidamente logró provocar una sonrisa y una carcajada de la niña, y Lydia sintió un arrebato de aprecio por su marido.

Se volvió para dirigirse al niño que tenía delante, un chico de unos ocho o nueve años con cabello oscuro y cejas pobladas que se fruncían mucho.

«Feliz Navidad, querido», dijo, extendiendo el paquete de papel marrón hacia él. Él se negó a mirarla a los ojos y ella le tomó la mano y la giró con la palma hacia arriba para recibir el regalo. Su corazón se detuvo al ver las marcas de los latigazos allí.

Él bajó los ojos y ella le tomó la otra mano. No tenía marcas y le entregó el regalo en esa, forzando la emoción en su garganta.

«Este regalo es solo para ti», dijo ella. «Espero que te guste».

Sus ojos se dirigieron hacia ella, pero cuando sus miradas se encontraron, rápidamente desvió la suya.

«¿Cómo te llamas?», ella preguntó.

Él no la miró y ella apenas entendió lo que dijo. «Matthew».

Matthew. Ella apretó los labios y se tragó la emoción. «Dios te bendiga, Matthew. Eres precioso para Él. Feliz navidad».

Él encontró su mirada por un momento y luego se dio la vuelta sin decir una palabra.

«Qué dulces niños», dijo Mary con voz brumosa mientras se acomodaban en el carruaje poco tiempo después, frotándose las manos para calentarlas. Miró por la ventana donde el final de la fila de niños desaparecía en uno de los edificios.

Diana se llevó una mano a la mejilla. «Uno de los chicos me besó para darme las gracias».

Lydia todavía estaba tratando de controlar sus emociones y sintió la mano de Miles cerrarse alrededor de la suya. Ella lo miró y él le envió una sonrisa triste. Él entendía.

Diana también pareció notar la tristeza de su hermana. «¿Qué pasa, Lydia?».

Lydia logró esbozar una sonrisa y sacudió la cabeza. «Nada. Yo simplemente… no pude evitar pensar en lo que el vicario dijo hoy, cada vez que miraba los rostros de esos niños. Cristo merecía mucho mejor de lo que la vida le dio, y esos niños también».

Miles le apretó la mano con más fuerza. «Bueno, seguramente ahora están más felices que antes de que viniéramos».

Ella asintió. «Pero es una cosa tan pequeña lo que hicimos. Ojalá fuera más. Ojalá cada uno de ellos tuviera un hogar».

«Y se lo darías si pudieras», dijo Miles. «Pero el hospital es mucho mejor de lo que la mayoría de ellos enfrentarían si no existiera. Son más afortunados que otros».

Él tenía razón, pero para ella era poco consuelo.

Intentó deshacerse de su melancolía, y ver a Thomas logró precisamente eso, porque su boca se estiró en una sonrisa al verla. Ella lo tomó de manos de Jane y lo abrazó con fuerza, dándole un beso en la cabeza. «Feliz Navidad, Thomas», dijo en voz baja.

La baronesa viuda se unió a ellos para la cena de Navidad y Lydia agradeció haberse abstenido de hacer comentarios cuando su mirada se posaba en Thomas. Parecía decidida a ser agradable, y Lydia también lo hacía.

Plato tras plato fueron llevados a la mesa en una aparentemente interminable variedad de delicias culinarias, entre las que se encontraban pasteles de carne picada, pato asado y una sopa blanca cremosa.

«Bueno», dijo la viuda mientras le servían pastel de carne picada, «debo decir que hoy, su cocinera realmente se ha superado a sí misma».

«Lo ha hecho», dijo Lydia. «Sobre todo, teniendo en cuenta que anoche le pedimos todo el pan y las tartas que queríamos que hiciera para los expósitos. Ciertamente merece una gran bonificación». Miró a Miles y él asintió.

«Necesito ocuparme de todo eso», dijo él.

Hubo una breve pausa.

«Miles, querido», dijo su madre. «Me imagino que viste a los Hardale en la iglesia hoy. Hablé con Lady Hardale y ella tuvo el placer de comunicarme la noticia de que Sophia está embarazada otra vez; el tercero, que estoy segura de que ya sabes».

La mano de Lydia apretó el tenedor, con los nudillos blancos y el cuerpo rígido. Sintió la mirada de su marido sobre ella y se concentró en cortar el pato asado en su plato.

«Esa es realmente una buena noticia», dijo Miles, tomando un sorbo de su copa de vino.

«Sí», respondió su madre. «No hace mucho, vi a su primer hijo, un niño, ya sabes, y es una cosita muy cariñosa. Parece dispuesto a ocupar el lugar de su padre como Barón Venton. En cualquier caso, me tomé la libertad de enviarle tus felicitaciones».

«Gracias, madre», dijo Miles.

Lydia finalmente levantó la vista, demasiado desesperada para ver la reacción de Miles como para mantener la cabeza gacha por más tiempo. Él estaba mirando su plato, y su comportamiento tranquilo y la expresión sombría de su rostro impactaron a Lydia más profundamente de lo que estaba preparada.

Podía verlo en su rostro. Lamentaba su decisión de casarse con ella. Podría haber sido Sophia Kirkland quien estuviera sentada aquí ahora, con un bebé creciendo en su vientre y otro ya dormido durante la noche.

En cambio, Miles albergaba a un expósito y estaba casado con una esposa estéril.

Nueve

Brighton 1809

Miles acompañó a la señorita Kirkland hasta su madre, quien le sonrió con benevolencia.

«Con más de sus enseñanzas», dijo Lady Hardale, «Sophia será una jugadora de críquet bastante competente, Lord Lynham».

Miró hacia la costa, donde las tres jóvenes se dirigían por la playa hacia el pueblo. Se volvió hacia Lady Hardale, intentando reprimir su inquietud. «No puedo atribuirme ningún mérito, ya que yo solo soy aceptable en este deporte».

«Es usted demasiado modesto», dijo la señorita Kirkland. «Todos vimos cómo logró atrapar esa pelota. Y, madre, eres demasiado generosa. Creo que nunca llegaré a ser competente, pero lo disfruto».

«¿Por qué no se une a nosotros para cenar, Lord Lynham?», preguntó Lady Hardale. «Sería un placer recibirlo».

Hizo una mueca de disculpa. «Ojalá pudiera, pero me temo que tengo un asunto que requiere mi atención en este momento».

«Mañana, entonces», respondió ella.

Hizo una reverencia en señal de aceptación. «Estaré encantado».

Lady Hardale y su hija se despidieron y él las observó alejarse, agitando una mano hacia la señorita Kirkland cuando, donde terminaba la arena, ella se volvió para mirarlo. Inclinó la cabeza hacia un lado mientras esperaba que desaparecieran. Ella era encantadora. No había nada en ella que le hiciera dudar, ni motivo para pasar los últimos quince minutos preguntándose por la joven sobre la que había caído y cuya colección de conchas había destruido. Había una dulzura en el rostro y en el comportamiento de la señorita Donnelly que había hecho que Miles se resistiera a dejarla. Estaba seguro de que ella había resultado más herida de lo que había dejado entrever.

Una vez que Sophia y su madre desaparecieron de su vista, él se dio la vuelta, buscando a las tres jóvenes. Pero no había señales de ellas. Se golpeó la pierna con la mano decepcionado y se volvió hacia las olas.

Pero temprano, en la tarde del día siguiente, mientras estaba sentado en la playa, volvió a ver a las hermanas, llegando a la cima de la colina arenosa que conducía hacia el agua. Sintió que el ritmo de su corazón aumentaba y se preguntó si tal vez estaba siendo demasiado atrevido. Pero quería hacer las cosas bien, y no pudo resistir su curiosidad, así que se levantó de su posición sentada y se dirigió hacia ellas.

Fue el primero en encontrarse con la señorita Donnely. Llevaba una cesta en el brazo.

«Veo que han tomado medidas de precaución», dijo.

Ella lo miró y parpadeó rápidamente sorprendida, luego miró la canasta y sonrió. «Fue una tontería de nuestra parte haberlas dejado en el suelo, pero fue una actividad improvisada. Solo habíamos venido a dar un paseo». Miró hacia atrás, donde una de sus hermanas se inclinaba, aunque estaba claro que su mirada estaba fijada en Miles y Lydia.

«Esperaba encontrarla aquí hoy», dijo. «No pude evitar sentir que ayer no estaba siendo completamente sincera acerca de no estar herida. No puedo imaginar que ser arrojada contra quince piedras pueda dejar a una persona sin consecuencias».

Ella se rió suavemente, un sonido hermoso y melodioso que le hizo sonreír aún más.

«Solo me dolió un poco», dijo encogiéndose de hombros. «No debe preocuparse».

Él torció la boca hacia un lado, pero no quería presionarla, así que le tendió la mano. «Traigo una ofrenda. Sé que es pequeña y ciertamente no reemplaza lo que recolectó ayer, pero...», su corazón latió con fuerza, «pensé que podría interesarle si le gustan las conchas marinas».

Con la boca abierta por la sorpresa, miró su mano y luego sus ojos. «Pero... pero», dijo.

Él asintió con la cabeza para que la tomara. «Es suya. Considérelo una disculpa».

Era un ejemplar precioso, de color blanco y caramelo, y con forma de tulipán antes de florecer. El día anterior, había pasado casi una hora peinando la playa en busca de conchas, después de la partida de Lady Hardale y la señorita Kirkland y cuando se topó con esta, todos sus esfuerzos se sintieron recompensados.

Y ahora eran doblemente recompensados con la mirada de asombro en los ojos de la señorita Donnely mientras tomaba la concha, la giraba y la apreciaba en sus manos, y luego le sonreía como si le hubiera ofrecido una perla. «Nunca había visto algo así», dijo.

«Yo tampoco», respondió él.

«¿Dónde la encontró?», ella preguntó. «¿Aquí? ¿En esta misma playa?».

«Puedo mostrarle, si quiere», dijo.

Un atisbo de precaución apareció en sus ojos y dudó.

«A todas ustedes», dijo él, señalando a sus hermanas.

Ella sonrió. «Eso nos gustaría mucho».

El presente

MILES REBUSCÓ entre los papeles del folio que había sobre su escritorio de estudio en busca del que detallaba los salarios de los sirvientes de la casa. Era el día de San Esteban y había dicho a los sirvientes que se presentaran en la cocina a las nueve, antes de que la mayoría se tomara el resto del día libre. Los que se quedaran tendrían libre el día de mañana.

Encontró el papel correcto y pasó el dedo por la columna nombre por nombre, deteniéndose en cada uno para calcular y luego sacar la cantidad correcta de monedas de su bolso. Esperaba que en Lynham Place su mayordomo hiciera lo mismo. Quería que los sirvientes supieran que eran apreciados y, con suerte, algunas monedas adicionales en sus bolsillos transmitirían ese mensaje, además de brindarles un comienzo feliz para un día que podrían pasar con familiares o amigos.

En cuanto a él, Lydia y sus cuñadas, habían acordado que pasarían el día relajándose en la casa y arreglándoselas con el pan, los embutidos y la sopa que Cook había pasado los últimos

días preparando. El día anterior, después del tiempo que pasaron en el frío del Hospital de Expósitos nadie parecía ansioso por abandonar el calor de la casa.

Diana y Mary, como de costumbre, se quedarían en la cama hasta tarde, así que una vez que Miles terminó de distribuir los bonos a los sirvientes y despidió al último de ellos, se quedó en la cocina por un momento, mirando la variedad de comida disponible para el desayuno. Se le ocurrió una idea, tomó una de las bandejas de plata apiladas sobre la mesa y comenzó a llenarla con alimentos que pensó que podrían gustar a Lydia y a Thomas. Era una idea que habría descartado si no fuera por la presencia de Thomas en la casa. Le daba a Miles un valor que de otro modo no habría tenido y una excusa para ver a su esposa.

Unos minutos más tarde, subió las escaleras de la cocina, recorrió el pasillo y luego subió el segundo tramo de escaleras, con una pequeña sonrisa flotando en sus labios ante la imagen que presentaba, bandeja en mano. Cuando llegó a la habitación de Lydia, se pasó rápidamente una mano por el pelo y golpeó ligeramente la puerta, sofocando el impulso de inquietarse mientras esperaba. Apenas podía oír los sonidos de los arrullos de Thomas.

La puerta se abrió ligeramente y Lydia apareció en el hueco, con el ceño fruncido transformándose en sorpresa.

«Miles», dijo. «No podía imaginar quién podría ser, porque pensé que les habías dado el día libre a los sirvientes». Llevaba solo una camisola y se cubrió el cuerpo con un brazo como para ocultarlo, frotándose el otro brazo como si tuviera frío. Sus ojos se dirigieron a la bandeja en las manos de Miles y volvió a mirarlo. «¿Qué es esto?».

«¿El desayuno? Pensé que tú y Thomas podrían tener hambre».

Miró hacia atrás por encima del hombro, donde Thomas yacía sobre una manta en el suelo, sujetándose los dedos de los pies con las manos y balbuceando, un sonido que parecía aumentar de volumen. Ella rió. «Sí, creo que él en especial». Abrió más la puerta y Miles le dedicó una sonrisa de agradecimiento al entrar.

Caminó hacia donde yacía Thomas y dudó por un momento, mientras Lydia fue a su armario y sacó una bata, pasó los brazos por las mangas y la ató en su lugar. Miles no pasó por alto la prisa del gesto, como si ella tuviera miedo de lo que él pudiera ver. Como si no la hubiera visto por completo antes.

Dejó la bandeja en el suelo y Lydia le dirigió una mirada divertida.

Él se encogió de hombros. «Estoy aceptando la naturaleza informal de este desayuno».

Ella se rió y lo siguió hasta el suelo para que estuvieran a ambos lados de Thomas. Lydia metió sus piernas debajo de ella y se apoyó en una mano, sonriendo al bebé.

«Está bien», le dijo ella. «Sí, te escuchamos».

Miles cogió una de las hogazas de pan que habían sobrado de los preparativos de Cook para el Hospital de Expósitos, arrancó un pequeño trozo y se lo ofreció a Thomas. Los ojos del bebé se abrieron cuando se concentraron en el pan, y el ruido se detuvo, su atención estaba demasiado ocupada en la tarea de alcanzar lo que Miles le estaba extendiendo.

«Aquí», dijo Lydia, levantando a Thomas para sentarlo.

«¿Puede sentarse solo?», Miles permitió que Thomas tomara el pequeño trozo de pan y se lo llevara a la boca.

«No lo sé», dijo Lydia.

«¿Por qué no dejamos que lo intente?».

«¿Y si se cae?».

«No lo hará. Lo atraparemos». Se acercó más. «Ambos podemos poner una mano detrás de él».

Lydia asintió, pero parecía un poco nerviosa. Miles puso una mano justo detrás del cuerpo de Thomas, que saltaba arriba y abajo mientras disfrutaba de la comida que le habían dado.

Miles asintió y Lydia lentamente apartó su mano de la espalda del bebé. Hubo un momento de aprensión y un ligero balanceo hacia atrás por parte de Thomas que le hizo levantar los pies del suelo, pero logró enderezarse.

«¡Lo hizo!», dijo Lydia. «Estás sentado solo, Thomas. ¡Mírate! ¡Míralo, Miles!».

Thomas giró la cabeza hacia ella, tambaleándose ligeramente mientras redistribuía su peso.

«Eres un chico tan inteligente», dijo ella, y Miles descubrió que sus propios ojos insistían en volver a Lydia una y otra vez. No era tan cautelosa cuando estaba cerca de Thomas, y verla sonreír y comportarse sin ninguna afectación era como retroceder al pasado, un pasado al que ansiaba regresar.

Thomas parecía estar disfrutando de su nueva independencia, y sus ojos recorrieron la habitación, aterrizando finalmente en la comida en la bandeja frente a él. Miles se rió de la forma en que sus ojos se abrieron ante la vista.

«Precisamente lo que siento acerca de la comida», dijo Miles.

Thomas se inclinó hacia adelante y, justo a tiempo, Miles extendió una mano para evitar que cayera sobre la bandeja de plata.

«¡Ay, Dios!», dijo Lydia, acudiendo también en ayuda de Thomas, mientras su nariz flotaba a pocos centímetros de un plato de jamón. Juntos lo sujetaron para después sentarlo.

«Bueno», dijo Miles, «si alguno de nosotros quiere tener un momento de paz para poder comer, será mejor que uno sostenga a este pequeño». Él lo levantó y lo puso en su regazo. Apartó la mano de Thomas de la bandeja. «Sí, sí, lo compartiré contigo. No es que vaya a tener elección al respecto».

Los tres compartieron el desayuno juntos y había sonrisas en todos sus rostros mientras observaban las travesuras del bebé y sus reacciones ante los trozos de comida que sentían que podían ofrecerle.

«No parece que le guste mucho esa mermelada, ¿verdad?», dijo Lydia, limpiando un poco de los labios de Thomas con una servilleta.

«No, no parece. No te preocupes, Thomas. No se lo diremos a Cook, porque está muy orgullosa de ella. Creo que es una receta familiar».

Miles nunca se había demorado tanto en el desayuno, pero habría permanecido allí toda la mañana, riendo y hablando con Lydia, turnándose para abrazar a Thomas, si finalmente no hubieran llamado a la puerta.

Lydia frunció el ceño. «¿Quién podrá ser?», le devolvió a Thomas a Miles y se puso de pie, corriendo hacia la puerta en una maniobra elegante pero rápida; siempre había sido ágil con sus pies.

«¡Aquí estás!», dijo Diana, tratando de mirar más allá de Lydia hacia la habitación. «Llamé a la puerta de la otra habitación, pero no hubo respuesta, y entonces me pareció oír voces aquí dentro. Pensábamos encontrarte en el comedor para desayunar».

«Oh, bueno, Miles trajo una bandeja de la cocina, así que decidimos desayunar aquí con Thomas».

La cabeza de Diana se asomó a la habitación y sonrió ampliamente cuando sus ojos se posaron en Thomas. «Buenos días, pequeño rayito de sol».

La cabeza de Mary apareció a continuación y ella también sonrió. «Qué desayuno tan acogedor están teniendo».

Miles sonrió, pero si Diana y Mary creían que esto era representativo de su vida y la de

Lydia, no podrían estar más equivocadas. Solo esperaba que Diana no le hiciera más preguntas sobre por qué estaban en ese dormitorio en lugar del de Miles.

«Si quieren algo de comida, estoy segura de que a Miles y a Thomas no les importará», dijo Lydia.

«Yo no lo haría», dijo Miles. «Pero no puedo hablar por este amigo. Con mucho gusto les ofrecerá la mermelada, pero creo que podría consumir él mismo todo el pan y la mantequilla si tuviera la oportunidad».

«Oh, no tengo hambre», dijo Diana con un gesto de la mano. «Solo quería preguntarle a Miles si podría considerar invitar a su hermano, y tal vez a sus amigos, a unirse a nosotras para los juegos de hoy».

Miles colocó a Thomas boca arriba sobre la alfombra y se levantó del suelo. «Podría, supongo. Si aún no tiene planes, claro, lo cual, conociendo a Harry, admito que me sorprendería descubrirlo».

Diana se encogió de hombros. «Bueno, no hace daño preguntar, ¿verdad?».

«Enviaré una nota y veré de qué puedo enterarme».

Diana esbozó una sonrisa de satisfacción. «Gracias, Miles. Eres el mejor de los cuñados».

«Sin mencionar el único», dijo con ironía, pero Diana y Mary ya estaban charlando sobre qué juegos funcionarían mejor para un grupo de tres o cuatro hombres y tres mujeres mientras cerraban la puerta detrás de ellas.

Lydia dio un gran suspiro y se volvió hacia Miles y Thomas. «Me temo que las dos se están convirtiendo en chicas tontas. Oh, Miles», dijo Lydia, tapando una risa con la mano mientras sus ojos estaban fijos en su rostro.

«¿Qué?».

Cogió una servilleta de la bandeja y dio un paso hacia él. «O eres muy desordenado al comer, o Thomas debe haberte arrojado un poco de mermelada en la barbilla cuando intentaba deshacerse de ella». Acercó la servilleta a su cara y le frotó suavemente un punto en el lado derecho de la barbilla.

Se sometió a sus cuidados con un corazón acelerado, mirando la forma en que ella fruncía el ceño ligeramente en señal de concentración. Ya nunca tenía la oportunidad de estudiar su rostro. Pensó que lo había memorizado, un grabado indeleble en su mente después de todas las horas que la había mirado fijamente. Pero mientras la estudiaba ahora, se dio cuenta de que había olvidado muchos de los pequeños detalles.

«Esa es una mermelada muy pegajosa», dijo con una última toallita. Ella lo miró y entrecerró los ojos. «¿Qué? ¿Por qué estás sonriendo?».

Sus cejas se juntaron. «¿Estaba sonriendo?».

Ella asintió.

«Entonces te estaba sonriendo», dijo, y su propia osadía lo asustó.

Inmediatamente, la timidez se apoderó de ella y se colocó un mechón de cabello detrás de la oreja con una risa incómoda. «¿Soy tan graciosa?».

Sacudió la cabeza. *Eres adorable y hermosa.* Es lo que habría dicho si no hubiera visto la cautela aparecer en sus ojos mientras la miraba. «Simplemente eres muy minuciosa».

«Bueno, tal vez no debería haber dicho nada. ¿Debería, Thomas?». Ella levantó al bebé. «Entonces Miles podría haber pasado todo el día con mermelada seca en la cara».

«Eso me recuerda», dijo Miles, «tengo que enviarle un mensaje a Harry, aunque sin duda todavía está en la cama. Espero que tus hermanas no esperen demasiado de él y sus amigos. Es probable que se sientan decepcionadas. Mi hermano ciertamente podría competir con tus

hermanas por sus tonterías».

Para gran sorpresa de Miles, llegó una respuesta de Harry una hora después de que se envió su nota, y sintió que los ojos de las hermanas de Lydia lo observaban atentamente mientras el sirviente se la entregaba en la sala de la mañana.

Las mujeres se dedicaban a hacer adornos con papel de colores. Al principio, Thomas había quedado hipnotizado por la mera visión del papel, pero ahora parecía decidido a participar en el plegado, y consumo, del papel. A pesar de lo distraído que era, Lydia declaró que prefería abrazarlo.

«Quiero que lo experimente todo», había dicho mientras le retiraba la mano de la boca un segundo demasiado tarde.

«Bueno, ciertamente está haciendo precisamente eso», respondió Miles con una sonrisa temblorosa mientras abría la carta de Harry.

Sus ojos lo recorrieron rápidamente y su boca se arqueó cuando llegó al final. Levantó la vista y se detuvo, sus ojos moviéndose entre los rostros de Diana, Mary y Lydia, todas mirándolo. Solo el bebé parecía desinteresado, aprovechando la falta de supervisión para golpear la mesa con la mano, como pidiendo que volvieran a acercarle el papel.

«¿Qué, Thomas?», dijo Miles. «¿No deseas saber si Harry tiene la intención de venir a jugar?».

«¿Y bien?», Diana dijo con impaciencia. «¿Qué dijo él?».

Miles no dijo nada por un momento. Estaba disfrutando demasiado del poder que tenía sobre las hermanas Donnely como para renunciar a él de inmediato. Pero, más que eso, quería ver si podía hacer sonreír a Lydia. «Él dijo…», Miles pronunció las palabras con exagerada deliberación.

Diana lo incitó con la cabeza y los ojos, y los esfuerzos de Lydia por reprimir su diversión eran cada vez menos exitosos a cada segundo.

Miles fingió notar una mancha en su manga y concentró sus esfuerzos en quitársela. Levantó la vista y encontró a Lydia mirándolo con una expresión mitad de alegría, mitad de censura. Fue suficiente para satisfacerlo y su boca se dibujó en una amplia sonrisa. «Mis disculpas. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, dijo que él y Robinson vendrán a las cinco. Así que apuesto a que podemos esperar que lleguen cerca de las seis».

Tanto Diana como Mary dejaron escapar suspiros de alivio. «Eres un provocador insoportable, Miles», dijo Diana, y tomó a Mary de la mano. «Ahora debemos decidir qué juegos podremos jugar».

Diez

Nochebuena 1809

Lydia observó con una sonrisa cómo Miles miraba las ramas verdes que colgaban sobre cada puerta, con su mano entre la de él.

«Ciertamente ustedes son más festivos de lo que hemos estado nunca en Lynham Place», dijo él. «Estoy empezando a sentir que me han privado de algo toda mi vida. Es sorprendente cómo algo tan pequeño puede cambiar toda la atmósfera de un lugar».

Ella ladeó la cabeza, admirando la rama más cercana. «Hace que las cosas se sientan más alegres, ¿no?».

«Así es. Espero que tus padres no se ofendan si sigo su ejemplo en el futuro en Lynham Place».

Ella sacudió su cabeza. «Estamos destinados a comenzar nuestras propias tradiciones ahora que vamos a convertirnos en una familia, ¿no es así? Pero aún no has visto ni siquiera la mejor parte de la decoración». Ella le lanzó una mirada enigmática y lo llevó a la siguiente puerta, donde colgaba el muérdago de los besos.

Él le levantó una ceja. «¿Es lo que creo que es?».

Ella solo sonrió mientras él miraba furtivamente arriba y abajo del pasillo y luego la estrechaba entre sus brazos. «Entiendo que debemos tomar una baya por cada beso», dijo.

Lydia se encogió de hombros y un escalofrío le recorrió los brazos y el cuello a medida que su rostro se acercaba. «Eso dicen. Nunca antes había aprovechado la rama».

Miles levantó la mano y arrancó una baya de la rama. Luego otra. Y otra. Y otra más.

«¡Miles!», dijo Lydia en un susurro escandalizado.

«¿Qué?». Continuó sacando bayas hasta que ella le tomó las manos y las sujetó. Él se rió y se inclinó hacia ella, lo suficientemente cerca como para que se hubieran besado si ambos labios no hubieran sido dibujados en sonrisas risueñas. Sin embargo, sus narices se tocaron y él acarició la suya contra la de ella. «Simplemente estoy planificando el futuro. Te aseguro que todos estos serán usados».

Con las bayas agarradas en su mano, envolvió sus brazos alrededor de su cintura y cerró la distancia restante entre ellos, juntando sus labios.

El presente

A LAS SEIS Y CUARTO, Diana golpeaba el suelo con un pie, incapaz de ocultar su impaciencia por la tardanza de sus visitantes. Mary se sentó en el sofá, sosteniendo a Thomas para que se pusiera sobre sus piernas, algo que le encantó a él y a Lydia también, como espectadora.

Se oyeron pasos acercándose y voces apagadas fuera del salón y la puerta se abrió. Debajo de la rama de los besos que Diana y Mary habían creado juntas, y cuyas bayas aún estaban intactas, Harry entró, seguido por Robinson. Harry era un apuesto joven de veintiséis años, que pensaba poco en el matrimonio y más en disfrutar de los muchos entretenimientos disponibles para él como soltero. Tenía un rostro más estrecho que su hermano mayor y sonreía con más facilidad.

Miles tenía razón cuando dijo que Harry era considerado el más guapo de los dos, pero Lydia nunca había compartido tal creencia. A ella le agradaba Harry y disfrutaba de su compañía en las raras ocasiones en que se la ofrecía, pero él era como una versión exagerada de Miles. A ella le gustaban las dosis cortas y poco frecuentes de Harry, donde podía pasar horas con Miles y nunca cansarse de su compañía.

O al menos, cuando solía hacerlo. Hacía algún tiempo que no pasaban tanto tiempo juntos.

Harry besó galantemente la mano de Lydia, lo que le valió un impaciente movimiento de ojos por parte de Miles, quien realizó las presentaciones entre Harry, su amigo y las hermanas de Lydia. Lydia no pasó por alto la admiración por ambos caballeros en los ojos de Diana y Mary, y se alegró por ello. Necesitaban algo de emoción, y Harry y su amigo eran las personas ideales para proporcionarla. Ciertamente no les envidiaba un poco de coqueteo. Ambos eran lo suficientemente inteligentes como para saberlo.

Naturalmente, Harry estaba lleno de preguntas sobre Thomas, pero parecía tomar las respuestas de Miles sin pestañear.

Miles invitó a Diana y Mary a hacerse cargo e informar al grupo de las delicias que les esperaban, y Harry y Robinson tomaron asiento, el primero estirando las piernas frente a él con los tobillos cruzados, como en casa. Miles se sentó junto a Lydia y se ofreció a llevar a Thomas por un tiempo, lo cual ella le permitió hacer. Le gustaba ver a Miles cuidar de Thomas casi tanto como le gustaba a ella abrazar al niño.

Diana y Mary se pararon frente a todos, mirando a todo el mundo como si estuvieran a punto de comenzar un gran asunto frente a miles de personas.

«El entretenimiento de esta noche», dijo Diana con una sonrisa que prometía un momento inusual, «comenzará con un juego de Magia Musical».

Lydia y los otros tres se miraron, cada uno evidentemente tan confundido como los demás.

Diana los observó, esperando una reacción adecuada, y luego frunció el ceño. «¿Nunca han jugado a Magia Musical?».

Los cuatro sacudieron la cabeza y Diana y Mary compartieron una mirada de ansiosa anticipación. Mary asintió en silencio a su hermana.

«Se enviará a una persona fuera de la habitación», explicó Diana. «Los que quedemos decidiremos sobre un objeto en la habitación y una tarea que se debe realizar con ese objeto. Cuando la persona ausente regresa, es su trabajo determinar qué objeto y qué tarea hemos seleccionado. Aquí Mary...», extendió una mano para señalar a su hermana, «estará al piano, tocando una melodía que se hará más fuerte a medida que la persona se aleje del objeto y más suave a medida que se acerque a él. Una vez que se descubre el objeto correcto, la música se reanudará, fuerte si se equivoca al descubrir qué tarea debe realizar con el objeto, suave cuando se detecta la tarea. ¿Hay alguna pregunta?».

Robinson levantó la mano inmediatamente. «¿Quién va primero?».

Diana sonrió ampliamente. «Tú. Gracias por ofrecerte como voluntario».

Él echó la cabeza hacia atrás riendo, pero se puso de pie. «Muy bien. ¿Entonces saldré de la habitación? ¿Y me llamarán en el pasillo cuando hayan decidido el objeto y la tarea?».

Diana asintió y Robinson salió de la habitación. Guiado por Diana y Harry, quienes parecían estar llegando a un rápido entendimiento, fue cuestión de solo dos minutos antes de que el resto de ellos decidiera qué objeto y tarea debía asignarse a Robinson, siendo Thomas el objeto y un vals la tarea.

Lydia sostenía a Thomas en su regazo, quien felizmente estaba inconsciente de lo que le esperaba, contento de concentrarse en las borlas de la almohada más cercana. Sin embargo, sus ojos se agrandaron ante el sonido del fuerte acorde tocado por Mary cuando Robinson entró por primera vez en la habitación, lo que indicaba que no estaba cerca del objeto. Robinson entró corriendo en la habitación y la música se hizo un poco más suave. Rápidamente descubrió que la música era más débil cuando se acercaba al sofá en el que estaba sentada Lydia, pero requirió algo de prueba y error, incluido levantar la almohada que Thomas sostenía, lo que resultó en graznidos enojados hasta que las borlas volvieron a estar a su alcance. Finalmente, Robinson inclinó la cabeza hacia un lado y miró al propio Thomas.

Lydia, Miles, Diana y Harry se rieron ante la expresión de incertidumbre en el rostro de Robinson. Extendió sus manos hacia Thomas y Mary golpeó las teclas tan suavemente como pudo, deteniéndolas por completo cuando Robinson tomó a Thomas en sus brazos.

«¿Qué tarea debo hacer con un bebé?», preguntó Robinson.

«Oye», dijo Diana, «tienes estrictamente prohibido preguntarlo. Estoy segura de que lo solucionarás en poco tiempo».

De hecho, descubrió que estaba destinado a bailar con Thomas en menos de un minuto. Pero para saber qué baile era preciso adivinar, resultaba una cuestión que requería más conjeturas, y cuando hubo probado los pasos de un cotillón, un carrete escocés y la *boulanger*, las tres personas sentadas en el sofá reían a carcajadas, y la forma de tocar el piano de Mary había empeorado seriamente debido a su propia dificultad para mantener la compostura. Thomas, por otro lado, se debatía entre risas y divertidas miradas de incertidumbre mientras Robinson intentaba guiarlo a través de los movimientos del brazo que se le exigían.

Solo cuando finalmente le devolvió a Thomas a Lydia, ella se dio cuenta de que, en su alegría, le había puesto una mano firme sobre la pierna de Miles y él tenía una mano en su espalda. Ella lentamente retiró la suya, aunque se sentía reacia a hacerlo.

«Creo que tendré que cancelar el segundo baile de nuestra serie, amigo», dijo Robinson con voz ligeramente entrecortada mientras revolvía el cabello de Thomas y se giraba hacia Harry. «Te nomino para que seas la próxima *víctima*».

Harry miró a Diana, quien asintió con la cabeza.

Se puso de pie y se sacudió las mangas del abrigo con una amplia sonrisa a su amigo. «Te tomó siete minutos completos entender lo que te estábamos pidiendo, Robinson. Apuesto a que lo haré en la mitad del tiempo».

Robinson resopló mientras se acomodaba en la silla en la que había estado Harry. «¡Ya veremos, Blakeburn!», gritó mientras la puerta se cerraba detrás de Harry.

Esta vez, fue Robinson quien guió la elección del objeto y la tarea, y estaba bastante claro que tenía la intención de vengarse de Harry. Tenía una sonrisa de satisfacción mientras dejaba que Harry regresara a la habitación.

Lydia acunó suavemente a Thomas en sus brazos mientras observaba a Diana. O no estaba nerviosa o era muy buena disimulándolo.

Robinson golpeó la esfera del reloj de bolsillo que tenía en la mano. «El tiempo no se

detiene».

La música emanaba en acordes ensordecedores mientras Harry caminaba rápidamente alrededor del borde exterior del salón. Al ver que su elección era ineficaz, se dirigió al centro de la habitación, provocando una rápida atenuación de la música. Le lanzó a Robinson una mirada victoriosa y luego se dirigió al candelabro que estaba sobre la pequeña mesa al lado del sofá. La música se hizo más fuerte, así que retrocedió hacia el otro lado, pasando a Miles y luego a Lydia mientras el volumen bajaba hasta llegar a un punto in crescendo una vez que pasó junto a Diana. Se detuvo en seco y dio dos pasos hacia atrás. La música se hizo suave y se volvió hacia Diana en el sofá, con una curiosa media sonrisa en el rostro.

Solo alguien tan familiarizado con Diana como Lydia, habría notado el ligero rubor de sus mejillas, que solo realzaba su belleza natural, o la forma en que sostenía sus manos de manera demasiado remilgada en su regazo. *Estaba* nerviosa.

Harry extendió una mano para invitarla a ponerse de pie y la música subió de volumen. Él frunció el ceño y luego se giró para tomar asiento junto a ella, lo que obligó a Lydia a acercarse a Miles, que estaba en el otro extremo del sofá y no podía moverse. Su muslo chocó contra la mano de Miles, y él la sacó de entre ellos, dudando por un momento antes de colocar su brazo en el respaldo del sofá detrás de ella, donde descansaba ligeramente sobre sus hombros. Thomas estaba casi dormido y el brazo derecho de Lydia empezaba a cansarse, así que lo dejó descansar sobre la pierna de Miles. Miles le sonrió y acarició la cabeza de Thomas con un suave pulgar.

Sin embargo, antes de que Harry pudiera sentarse junto a Lydia, la música del piano volvió a subir de volumen y se vio obligado a dejar de lado la idea y, en lugar de eso, se paró frente a ella una vez más. Lydia se debatió si debería volver a ocupar el espacio disponible para ella, pero se sentía demasiado cómoda con la calidez del brazo de Miles sobre sus hombros y su pierna sosteniendo su brazo. La cabeza de Thomas estaba pesada.

Robinson ya tenía su reloj de bolsillo en la mano y golpeaba el cristal en broma.

Harry arrugó la cara mientras pensaba y luego, entrecerrando los ojos con sospecha, miró a su amigo. Robinson sonrió, como para confirmar lo que Harry había sospechado.

Con la mirada aún fija en Robinson, Harry comenzó a doblar las rodillas y el volumen de los acordes en el piano se debilitó ligeramente. Harry se rió y se arrodilló. Diana lo miraba expectante, como si no tuviera la menor idea de por qué estaba arrodillado ante ella. Harry miró a los demás en busca de alguna señal de lo que se suponía que debía hacer, pero la única respuesta que recibió fueron risas. Lydia hizo todo lo posible por sofocar el suyo para no molestar a Thomas, que parecía estar preparándose para un sueño muy necesario.

Harry tomó tentativamente la mano de Diana y fue recompensado con una mayor y nueva disminución de la música. Inclinó la cabeza como si finalmente entendiera lo que se esperaba de él y se quitó el único anillo que llevaba.

«Sería un gran honor para mí, señorita Donnely», dijo Harry cuando la música finalmente se detuvo, «si usted aceptara ser mi esposa». Puso el anillo en uno de los dedos de Diana y le dio un beso en el dorso de la mano en un gesto tan encantador que Lydia pensó que podría ser un milagro si el corazón de Diana no se viera afectado por él.

Diana fingió sorpresa y agitó las pestañas con falsa coquetería. «Me siento terriblemente halagada, señor Blakeburn, excepto que el anillo que me ha dado evidentemente estaba hecho para la mano de otra mujer».

Lydia se rió junto con el resto de ellos, pero sintió un poco de dolor en el corazón por el coqueteo entre Diana y Harry. Ella y Miles solían ser así. Parecía una eternidad, y Lydia lo extrañó terriblemente de repente, y la vista le hizo sentir el corazón en la garganta. Miró a Miles

a su lado y no pasó por alto la expresión de melancolía, o el atisbo de tristeza en la sonrisa que tenía.

Harry y Diana continuaron coqueteando y bromeando, y Lydia intentó levantarse del sofá. Miles la miró inquisitivamente y la ayudó a levantarse.

«Voy a dejar a Thomas en la cuna», dijo en voz baja. Él asintió, pero ella vio preocupación en sus ojos. Él la conocía demasiado bien.

Subió apresuradamente las escaleras y entró en su dormitorio, aminorando el paso mientras dejaba a Thomas en el suelo y lo cubría con una manta. Ella lo miró fijamente, consciente de lo vacíos que se sentían sus brazos y de lo sola que se sentía. Quería la tranquilidad y la risa que había visto entre Diana y Harry. Pero los últimos dos años de matrimonio no habían sido nada fáciles.

¿Pero la pérdida que ella y Miles habían experimentado era inevitable? ¿Cuántas veces Miles había intentado bromear con ella, solo para recibir respuestas educadas que enfriaban cualquier posibilidad de continuar la interacción? ¿Cuándo había empezado a asumir que sus intentos de hacerla sonreír o estar cerca de ella eran simplemente máscaras de su deseo de tener un heredero?

En silencio, se acercó al escritorio sobre el que estaba su espejo. Un frasco de cristal rodó hacia ella. Estaba encima de la carta del abogado, pero ya había estado allí mucho antes. No lo había abierto todavía, excepto para olerlo después de recibirlo por primera vez. El boticario le había dicho que le ayudaría iniciar su menstruación. Habían pasado meses desde que las había tenido. Al principio, tuvo la esperanza de que su desaparición se debiera a que estaba embarazada. No se lo había dicho a Miles, ya que hacerlo le habría parecido una repetición de lo que había sucedido en Navidad y, con el tiempo, quedaba claro que *no* estaba embarazada. No había nada de la fatiga o la enfermedad que la había atormentado la primera vez, y su vientre no se redondeaba a medida que pasaba el tiempo.

En cambio, se quedó con la aterradora idea de que ahora era verdaderamente estéril.

Pero la idea de probar el poleo era igualmente aterradora. Si eso provocaba sus menstruaciones, ya no tendría excusa. Se había dicho a sí misma que no tenía mucho sentido compartir la cama con Miles si no podía concebir. Había sido un ungüento para su conciencia y un poco de bálsamo ante la incómoda certeza de que no estaba cumpliendo con sus obligaciones matrimoniales.

Pero era una excusa débil y ella lo sabía bien. Si su menstruación volvía, tendría que afrontar la verdad de las cosas: tenía miedo. Miedo de haber perdido el amor de Miles, de que en ella él solo viera fracaso y arrepentimiento. Tenía miedo de no poder hacerlo nunca feliz y de que, para él, el único propósito de compartir cama *fuera* el hijo que esperaba tener.

Cerca del fondo del cajón, en las sombras, había una concha. La cogió y la sacó a la luz, pasando un dedo por sus suaves surcos. La había tenido sobre el escritorio de su habitación en Brighton durante todo el verano, pero llevaba años guardada en el fondo de este cajón.

Juntos, ella y Miles habían recolectado muchas conchas marinas durante su estadía en Brighton hace cinco años, pero Lydia solo había conservado esta, la primera que él le dio. La giró, encontró la pequeña abertura y sonrió con tristeza y se la acercó a la oreja. Era casi como si pudiera escuchar los recuerdos de ese dulce verano.

¿Eran esos todos los tiempos felices que tendrían? ¿Recuerdos en un cajón? ¿Seguiría añorando el pasado y evitando el presente?

Miró de nuevo el poleo y dejó la concha a su lado, sacando el frasco del cajón. Destapó la tapa y tomó un sorbo rápido antes de pensarlo mejor. No podía evitar las cosas para siempre.

Con unas rápidas palabras a Jane para que cuidara a Thomas, Lydia regresó al salón. La puerta estaba ligeramente entreabierta cuando regresó, la rama de los besos giraba lentamente desde lo alto de la puerta. En el interior, Mary tocaba una melodía alegre mientras Harry y Diana bailaban en círculo con los brazos entrelazados, animados por los aplausos de Robinson y Miles.

Lydia observó a Miles, tratando de recordar cómo había sido verlo cinco años atrás, dejando que todo el dolor, la decepción y las cargas del pasado más reciente cayeran como escamas de sus ojos. Todavía podía ver la forma en que el viento de Brighton le barría el pelo rubio hasta los ojos mientras la conducía a ella y a sus hermanas por la playa en busca de más conchas marinas.

Se había enamorado de él, aun sabiendo que él y la señorita Kirkland estaban hechos el uno para el otro. Había sido muy amable y atento, no solo con ella, sino también con sus hermanas y padres. Se había sentido demasiado bueno para ser verdad, un sueño de una palabra idílica, cuando él había encontrado razones, día tras día, para ir a su casa y cuando ella había visto en sus ojos y en su comportamiento, indicios de que la apreciaba.

¿Qué había pasado para que las cosas cambiaran tan drásticamente desde entonces hasta cómo eran ahora?

Otra punzada de anhelo se instaló en lo más profundo de ella y, como si lo hubiera sentido, Miles se volvió hacia ella, seguido por Robinson.

«¡Ella está aquí!», Robinson gritó cuando Lydia abrió la puerta del salón y la cerró ante su nostalgia.

De repente, Mary estaba tocando el piano y todos los ojos estaban puestos en Lydia. Ella parpadeó, tratando de hacer un balance de lo que estaba pasando.

«Como tuviste que salir del salón», dijo Diana en voz lo suficientemente alta como para que se la pudiera escuchar por encima del piano, «¡pensamos que también podrías ser la próxima candidata para el juego!».

«¡Oh!», Lydia se rió nerviosamente y entró de lleno en la habitación. Conocía lo suficiente a sus hermanas como para suponer que no perderían la oportunidad de avergonzarla. «Muy bien. Vamos a ver…». Dio un paso más hacia Mary y el volumen aumentó. Un paso en la dirección opuesta produjo el mismo resultado, así que dio un paso hacia el sofá y Mary tocó un poco más suave.

Miles la miraba con una expresión extraña en el rostro y ella lo miró interrogativamente. Casi parecía disculparse. Sin duda se sentía mal por haber sido seleccionada sin ninguna opción al respecto. La música subió de volumen y Lydia se dio cuenta de que estaba parada en el lugar.

Dio otro paso hacia el sofá y fue recompensada con una serie de acordes menos discordantes. ¿Era su objeto una persona, una vez más? Se acercó a Diana y, cuando la música se amplificó, su corazón empezó a acelerarse. *Por supuesto*, su objetivo era Miles. Era muy propio de Diana planear algo. Puede que Lydia se hubiera esforzado en fingir que persuadía a sus hermanas de que no pasaba nada en el matrimonio, pero Diana no era tonta.

La música se suavizó a un volumen casi imperceptible cuando Lydia se acercó a su marido. Y, aun así, sus ojos reflejaban una disculpa, una que le picaba la conciencia. ¿Lo había alejado tanto de ella que él sentía que necesitaba disculparse por verse obligada a acercarse a él, incluso como parte de un juego?

Había encontrado su objeto. Ahora bien, ¿cuál era la tarea que se requería de ella? No querían que repitiera lo que ya habían hecho Robinson y Harry, y eso estaba bastante bien, porque no creía que pudiera mantener la compostura si se veía obligada a arrodillarse ante Miles y fingir que todo era por diversión.

¿Se sentaría a su lado? Lo intentó, pero se detuvo inmediatamente ante un crescendo en la

interpretación de Mary. ¿Quizás en su regazo? Qué embarazoso. Ella puso una mano sobre su rodilla y se giró ligeramente para indicar su intención, pero no. No era eso. Extendió la mano y Miles la tomó, sin apartar la mirada de su rostro, como si estuviera tratando de evaluar cómo estaba respondiendo ella a todo esto. Ella mantuvo su boca dibujada en una sonrisa, esperando que eso lo tranquilizara. La música se suavizó y Miles se levantó del sofá.

Intentó varias cosas con él a su lado: hacerle una reverencia, extender las manos en preparación para un baile y, finalmente, tomar su mano para caminar por el borde del salón. Quizás estaban destinados a leer un libro juntos o apagar una vela. Pero pasaron junto a esos objetos sin ningún cambio significativo en la forma de tocar de Mary.

Ella continuó guiándolo, sintiéndose casi tan nerviosa como la primera vez que él tomó su mano. ¿Qué dirían sus cuatro espectadores al saber que el corazón de Lydia martilleaba en su pecho y sus manos se aferraban a sus guantes en ese momento? ¿O que, cuando la música se suavizó al acercarse a la puerta y sus ojos vieron el muérdago de los besos, su corazón se detuvo por completo?

Todos los demás se reían, pero no había humor en los ojos de Miles. Lydia intentó ignorar sus propios nervios, que la azotaban desde dentro, y le sonrió. Esto no era gran cosa. Compartirían un beso rápido debajo de la rama. Apaciguaría a la gente que los observaba y tal vez le daría a Miles un poco de tranquilidad.

Intentó devolverle la sonrisa, pero era débil. Ahora que habían encontrado su tarea, la música comenzó a subir de nuevo, como si Mary tuviera la intención de hacerles entender que debían hacer algo más que permanecer bajo la rama de los besos.

Lydia fortaleció su sonrisa, pero sintió que el calor subía a sus mejillas mientras se ponía de puntillas. Ella y Miles siempre habían tenido que encontrarse a mitad de camino para besarse, para salvar la distancia entre sus diferentes alturas, hasta que Lydia lentamente comenzó a dejar que Miles atravesara toda la distancia él mismo. Y entonces, un día, dejó de intentarlo por completo.

Él dudó un momento y ella se preguntó con otra punzada de culpa si él estaba recordando todas las veces que ella había rechazado sus intentos o los había recibido con los labios apretados. Pero él se inclinó hacia ella y sus labios se tocaron por un breve momento antes de separarse nuevamente. ¿Había siquiera cerrado los ojos? Ella más bien pensó que no.

La música volvió a aumentar y fueron recibidos con burlas y silbidos.

Las mejillas de Lydia ardieron, en parte por la rapidez con la que Miles se había alejado y en parte por la reacción de la audiencia. «¿Qué?», preguntó ella a la defensiva.

«¡Eso no fue un beso!», dijo Harry. «¡Vamos, ustedes dos!».

«Seguro que pueden hacerlo mejor que eso», gritó Robinson, y la música seguía sonando. Las manos de Mary ya debían estar agotadas.

Lydia miró a Miles, sintiéndose completamente impotente. Y, sin embargo, había una sensación de emoción al saber que se requería de ellos un tipo diferente de beso. Robinson insistió en que podrían hacerlo mejor. Pero ya no estaba segura.

Once

Miles había querido estrangular a su hermano Harry en más de una ocasión en su vida, pero nunca lo había deseado tanto como ahora. Harry no tenía idea de qué situación había impuesto a Miles, y este ni siquiera podía enviarle una mirada prometiendo venganza para transmitirla. Cuando al grupo se le ocurrió el objeto y la tarea sugeridos, Miles se resistió ligeramente al principio. Pero Harry había echo a un lado todos sus comentarios vacilantes, dejando a Miles sin otra opción que asentir, sabiendo que una mayor desgana por su parte plantearía preguntas que ni él ni Lydia querían que se hicieran.

Después de todo, ¿por qué un hombre sería tan reacio a besar a su propia esposa?

Sin duda Lydia pensaría que había sido el mismo Miles quien lo había sugerido, atribuyéndolo a su desesperación por cualquier tipo de intimidad con ella y su voluntad de tenerla sin importar lo que requiriera.

Y la verdad *era* que estaba desesperado. Pero lo estaba por volver a una época en la que Lydia había recibido voluntariamente sus besos, cuando ella felizmente los había iniciado y lo había atraído con una sonrisa en los labios.

Sin embargo, esa Lydia se había ido hacía mucho tiempo. ¿Y la idea de tener que forzarla a darle otro beso para apaciguar a sus hermanos y a Robinson? Solo podía esperar que ella lo entendiera.

«Vamos, entonces», dijo Diana. «¡No es como si nunca antes los hubiésemos visto besarse!».

Miles apretó los dientes con más fuerza, mientras el rubor en las mejillas de Lydia se intensificaba. No había manera de evitarlo, a menos que quisieran parecer extraños... y parecer palos en el barro.

Lydia lo estaba mirando, buscando sus ojos, y lo que vio en los de ella lo mantuvo en su lugar. No era desgana ni la cautela que había llegado a reconocer tan fácilmente. Era incertidumbre. Sus ojos bajaron hasta sus labios y los obligó a volver a levantarlos. Ella le ofreció una débil sonrisa, y fue suficiente para darle la esperanza de que tal vez no se lo reprocharía.

Ella cerró los ojos y levantó la barbilla y, con el corazón acelerado, él también cerró los ojos y se inclinó, dejando que sus labios encontraran el camino hacia los de ella, tratando de olvidar que cuatro personas estaban viendo besar a su esposa por primera vez en meses.

El beso fue tímido y gentil, muy diferente de los superficiales que finalmente lo habían persuadido de dejar de intentar besarla poco después de que dejaron de dormir en el mismo dormitorio. El impulso le decía que rodeara la cintura de Lydia con sus brazos, pero se abstuvo. No quería hacer nada que arruinara este momento.

Dos manos subieron al pecho de Miles, sujetando las solapas de su abrigo y acercándolo

hacia ella. Cediendo alegremente a la fuerza, Miles rodeó la cintura de Lydia con un brazo y, con el otro, acunó su nuca, dejando que sus labios exploraran los de ella, deleitándose en la novedad y familiaridad simultáneas del sentimiento, de la conexión que casi había renunciado a reavivar.

Sonaron aplausos y silbidos, y se separaron, Lydia desvió la mirada mientras sus mejillas inmediatamente se llenaban de color. Ella dejó caer las manos de su pecho y él la soltó de mala gana, su respiración se agitó y su mente se aceleró.

«Eso está mucho mejor», dijo Harry con una amplia sonrisa mientras aplaudía lentamente.

Mary tenía las manos en el regazo y se las frotaba. Había estado tocando durante casi media hora.

«No olvides tomar una baya», dijo Diana alegremente.

Miles miró a Lydia, quien le sonrió tímidamente y miró el muérdago de los besos. Cogió la baya más cercana, la arrancó y se la ofreció a Lydia. Ella la tomó y, con otra mirada a Miles, se volvió hacia la compañía.

POR MÁS QUE LO INTENTÓ, Miles no había podido apartar los ojos de su esposa durante toda la velada. Tenía tantas preguntas, y tal vez si la miraba lo suficiente, encontraría la respuesta allí. Solo durante la cena, cuando ella estaba sentada a su lado, logró abstenerse de mirarla y luego simplemente porque hacerlo sería demasiado obvio.

La pregunta que se repetía en su mente como el repique de un reloj en punto era *¿qué demonios acaba de pasar?* Podría haber creído que lo había imaginado todo si no fuera por el hecho de que todavía podía sentir el hormigueo en sus labios cada vez que pensaba en el beso. También recordaba cómo se sentía cuando Lydia lo atraía hacia ella. ¿Cómo podría olvidarlo alguna vez?

Pero ¿qué significaba? ¿Qué había cambiado? ¿O volverían a estar como habían estado durante el año pasado, simples autómatas que se cruzaban en la casa en la que vivían juntos?

La mirada de Lydia se encontró con la suya varias veces a lo largo de la noche, y cada vez que lo hacía, había una mirada pensativa en ella que Miles habría dado cualquier cosa por interpretarla. ¿Se arrepentía? ¿Había sido solo para apaciguar a la compañía presente?

Con el corazón acelerado, Miles subió las escaleras con Lydia y sus hermanas después de la partida de Harry y Robinson. Podría ser una tontería de su parte esperar algo diferente esta noche, pero, que el cielo lo ayudara, no podía evitarlo. Diana y Mary les dieron las buenas noches y continuaron su camino por el pasillo hacia sus propios dormitorios, mientras Lydia y Miles se detenían frente a la puerta de Miles.

Hubo silencio entre ellos mientras veían a las hermanas desaparecer a través de sus respectivas puertas, y luego, como con el chasquido de dos dedos, el aire se volvió denso.

Lydia lo miró y él le sonrió, esperando tranquilizarla.

«Creo que fue bastante exitoso», dijo.

«Yo también lo creo. Tanto Mary como Diana parecieron divertirse».

«Harry y Robinson también, lo cual es significativo, ya que hoy en día se consideran por encima de la mayoría de los entretenimientos simples», dijo secamente.

Ella se rió y siguió más silencio. Quería invitarla a su habitación para seguir hablando de la velada. Se resistía a terminar su tiempo juntos, pero todavía estaba demasiado inseguro de lo que había sucedido entre ellos bajo la rama de los besos como para enfrentar el rechazo que evitaba a toda costa estos días.

Su mirada se dirigió a la puerta detrás de él y ella abrió la boca, solo para ser interrumpida.

«Mi lady», dijo Jane, sosteniendo a Thomas en sus brazos y una botella en una mano. Su cara estaba roja y no se veía feliz. «¿Me dijo que deseaba que se lo llevara antes de dormir, cuando fuera hora de alimentarlo?».

Lydia miró a Miles y luego sonrió a Jane y extendió las manos para recibirlo. «Sí, claro».

Thomas se quejó y se retorció.

«Ay, querido». Lydia tomó la botella preparada de manos de Jane. «De mal humor, ¿no? Ahí, tranquilo, querido. Vamos a meter algo en ese estomaguito tuyo. Gracias, Jane. Te puedes ir».

Jane hizo una reverencia y los dejó, mientras Thomas se retorcía y agitaba los brazos, y sus gemidos se convertían en gritos.

Lydia miró a Miles con una especie de mueca. «Debería ir a darle de comer».

Él asintió rápidamente, esperando que eso ocultara su decepción. «Por supuesto». Tomó una de las manos de Thomas y la estrechó ligeramente. No sabía si besar al bebé o maldecirlo. Lydia había mejorado con la llegada de Thomas, pero el bebé ciertamente tenía poco respeto por los deseos de Miles. «Buenas noches, muchachito».

Lydia vaciló por un momento como si fuera a decir algo, pero Thomas no quiso saber nada. «Buenas noches, Miles», dijo ella.

«Buenas noches, Lydia». Reprimió un suspiro y abrió la puerta de su habitación.

Doce

Enero de 1810

Sentada frente al espejo, Lydia hizo una mueca mientras se pasaba el cepillo por el cabello.

«Ay», se quejó, dejando el cepillo y explorando el desorden anudado con el ceño fruncido. Sus dedos encontraron algo frío y se detuvo. Se le había escapado una horquilla. La retiró, suspiró y volvió a coger el cepillo.

«¿Dónde está Sara?», preguntó Miles mientras su ayuda de cámara salía de la habitación.

«Le di la noche libre», respondió Lydia.

Vio a Miles encogerse con simpatía cuando su cepillo se enganchó una vez más.

«¿Puedo intentarlo?». Él se acercó por detrás y Lydia lo miró a través del espejo, inquisitivamente. Extendió una mano hacia el cepillo. «Prometo que seré gentil».

Ella le entregó el cepillo y él tomó un mechón de su cabello en la mano.

«Creo que hay que empezar a cepillar de arriba hacia abajo», dijo, haciendo precisamente eso.

Ella le levantó una ceja y él pareció darse cuenta, ya que levantó la vista y se rió al ver su expresión. «¿Qué? A veces solía mirar a mi madre».

«Sé muy bien cómo cepillarme el cabello», dijo Lydia. «Soy simplemente impaciente. Y tal vez también me falta práctica». Ella misma se había cepillado el cabello cuando era niña. Fue solo cuando su madre la hizo salir que esta le insistió en que permitiera que una criada se ocupara de su cabello.

Miles logró pasar el cepillo desde la raíz hasta las puntas y ella cerró los ojos. Le dolía la cabeza a causa del peinado y la sensación de las cerdas contra el cuero cabelludo aliviaba parte del picor. Miles repitió el movimiento unas cuantas veces más y luego dejó de lado esa sección y comenzó con otra.

«Quizás debería contratarte a ti en lugar de a Sarah», dijo Lydia con una sonrisa burlona.

Miles levantó los hombros. «No me importaría asumir esta parte de sus funciones. Es algo relajante, la verdad. Además...», movió la sección de cabello hacia un lado y se inclinó para besar la parte de su cuello que revelaba, «...nunca diría que no a pasar más tiempo contigo».

Su piel hormigueó donde habían estado sus labios y giró la cabeza para mirarlo. ¿Qué otro marido se ofrecía a cepillar el cabello de su esposa todas las noches? Ella puso su mano en su mejilla y lo atrajo hacia ella para darle un beso largo y profundo.

El presente

LYDIA OBSERVÓ las pestañas de Thomas aletear y cerrarse, solo para abrirse de nuevo por un momento, caerse, cerrarse y repetirse. Estaba luchando contra el sueño, pero el calmante de la botella que estaba bebiendo parecía estar ganando rápidamente y sus párpados finalmente se cerraron con más firmeza.

Miró hacia la puerta que conectaba su habitación con la de Miles y la miró pensativamente. Todavía no estaba segura de si alegrarse o arrepentirse de lo sucedido en el pasillo. Se había preguntado por un momento si Miles podría invitarla a su dormitorio después de su beso, y al darse cuenta de que no sabía si lo deseaba o lo temía, sus emociones estaban enredadas y ya casi no sabía lo que quería.

Con su beso, la esperanza había florecido dentro de ella. Ciertamente ella había iniciado el beso, pero Miles lo había devuelto con un fervor que la había encendido, pero que en retrospectiva le provocaba una pizca de recelo. ¿Cómo podía desear su afecto con tanta desesperación y al mismo tiempo temerlo? Quería asegurarse de que él no se arrepentía de haberse casado con ella, que no deseaba haberse casado con la señorita Kirkland, y que el beso se había sentido precisamente así.

Pero tal vez ella lo había malinterpretado. Quizás era otro ejemplo de lo que ella había pasado los últimos meses evitando; una evidencia del deseo de él de volver a la intimidad entre ellos, una esperanza persistente de que ella todavía pudiera darle un heredero.

Cerró los ojos con fuerza, irritada consigo misma y con el completo desastre en el que se encontraba. ¿La vacilación y la disculpa que había visto antes en los ojos de Miles? ¿Cómo podría ser eso una sorpresa? Se confundió *ella misma* con los idas y venidas que tenía en sus pensamientos y sentimientos; por supuesto, él también estaría confundido.

Se levantó de la silla y fue a colocar a Thomas en su cuna. Todavía llevaba su vestido de noche y el pelo todavía peinado. Solo en el último año había llamado a su doncella por la noche. Antes de eso, Miles la había ayudado a desabrocharse el vestido que llevaba y luego le había cepillado el pelo.

Lydia sintió la familiar punzada de anhelo y luego fue y tocó el timbre para llamar a Sarah.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Miles no estaba en la mesa del desayuno a la hora habitual y no fue hasta que Diana y Mary descendieron de sus habitaciones que él llegó, con las mejillas y la nariz rojas por el frío y una amplia sonrisa en el rostro.

«Es demasiado temprano para que alguien parezca tan odiosamente alegre», dijo Diana en broma.

«¿Temprano?», él respondió. «Ya te has perdido la mejor mitad del día».

Diana tomó la taza de té que Lydia sirvió. «¿La mejor mitad? Difícilmente. No ocurre nada importante antes de la tarde».

«Bueno», dijo Miles, cogiendo un panecillo de la mesa, «hoy eso bien puede ser cierto, pero solo porque, a diferencia de ti, no me quedé en la cama».

Lydia lo miró con los ojos entrecerrados, dejando que Thomas le mordiera el dedo. «¿Qué quieres decir?».

Él solo sonrió. «Será mejor que sea una sorpresa. Lo único que puedo decir es que se abriguen bien una vez que hayan terminado de desayunar».

Lydia buscó en su rostro alguna señal de lo que ocultaba, pero sin éxito. «¿Es segura esta actividad secreta para personas como este pequeño?». Juntó las manos babosas de Thomas y su boca se estiró en una sonrisa llena de encías.

Miles lo miró pensativamente. «No veo por qué no debería unirse a nosotros».

«¿Crees que hará demasiado frío para él?».

Miles se agachó y frunció el ceño dramáticamente. «¿Te atreves a dudar de la fuerza del poderoso Thomas?». Levantó los brazos del bebé en una pose victoriosa. «Pasó una noche vestido únicamente con una manta en la Feria en el Hielo, y no parece estar peor por ello».

Lydia le dirigió una mirada de censura. «Dudo que desee repetir la experiencia».

Miles dejó caer las manos de Thomas. «Bueno, entonces todo dependerá de qué tan apretado pueda soportar estar envuelto, ¿no?».

Salieron de la casa a las dos y todos llevaban sus abrigos, guantes y bufandas más abrigadores. Miles se rió al ver a Thomas, a quien Lydia y Jane habían envuelto en no menos de tres mantas.

«¿Hay realmente un bebé ahí dentro?», preguntó Miles, acercándose para mirar el bulto en los brazos de Lydia.

Ojos muy abiertos los miraban entre las mantas.

«Vamos a emprender una aventura, Thomas», dijo Miles. «A ver, déjame abrazarlo. Tenemos un pequeño camino por delante».

Lydia obedeció, mirando a su marido con los ojos entrecerrados. «¿A dónde *vamos*?».

Él solo movió las cejas enigmáticamente y le indicó con un gesto de la cabeza que lo siguiera. Era más encantador cuando tenía un secreto, y Lydia no podía evitar sentirse intrigada por su energía.

Los cinco caminaron por la calle fría, evitando parches de hielo y nieve sucia, mientras algunos copos de nieve caían perezosamente del cielo. Se dirigían en dirección al parque y, al pasar por debajo de las puertas, Diana soltó un pequeño grito ahogado.

«¿Qué es?», preguntó Mary, tratando de seguir la dirección de la mirada de su hermana.

Diana señaló. «¿Son esos para nosotros, Miles?».

Sobre la nieve había dos trineos rojos, ambos tirados por un par de caballos iguales y atendidos por hombres con grandes abrigos oscuros.

«Tal vez», dijo, pero su sonrisa fue respuesta suficiente.

«¿Un paseo en trineo?», preguntó Lydia, parpadeando.

Un atisbo de incertidumbre apareció en los ojos de Miles mientras la miraba. «Sí. ¿Está bien?».

Ella rió. «No seas ridículo, Miles. Siempre quise pasear en trineo».

«Lo sé», respondió él.

Diana y Mary ya estaban corriendo hacia el segundo trineo, y el conductor las ayudó a sentarse, dejando a Miles, Lydia y Thomas compartiendo el primero. Thomas estaba inquieto, aparentemente descontento por tener un uso tan limitado de sus brazos, y Lydia quitó la manta más externa y más gruesa para poder sentarlo en su regazo, dándole la oportunidad de mirar a su alrededor. Parpadeó cuando un copo de nieve perdido cayó sobre su pestaña, y Miles se rió y lo apartó.

«¿Algún lugar en particular al que desee ir, mi lord?», preguntó el conductor.

Miles se acomodó en su asiento. «Llévanos a donde a ti te gustaría ir».

El hombre asintió. «Me gusta esa respuesta, mi señor. ¿Y qué ritmo prefiere? ¿Suave o rápido?».

Miles miró a Lydia y ella arqueó las cejas. «¿Por qué no un poco de ambos?», él dijo.

Otro asentimiento del conductor, un movimiento rápido de las riendas y el trineo avanzó.

Thomas había estado observando los copos de nieve, alcanzando algunos que estaban demasiado lejos para tocarlos, pero al moverse el trineo, apareció su característica expresión de ojos muy abiertos, una de sus manos todavía suspendida en el aire, con su rostro congelado en alarma.

Miles se cubría la boca, pero le temblaban los hombros. «Nuestra pequeña estatua de invierno». Empujó hacia abajo con un dedo el brazo del bebé y éste volvió a su lugar.

Lydia golpeó la mano de Miles. «Él no es una estatua. Simplemente está mostrando el temor apropiado ante tal escena». Miró a su alrededor y sintió que un asombro similar la invadía. El parque era apenas reconocible, envuelto en un manto de nieve que brillaba mientras dejaba que sus ojos siguieran los montones de nieve por los que pasaban.

«*Es* todo un espectáculo, ¿no?», Miles dijo en voz baja.

De repente, el trineo aceleró y el aire frío les azotó la cara. Lydia giró para mirar a un sorprendido Thomas, riendo mientras la nieve que caía se le pegaba a las mejillas y la nariz.

«Ven», dijo Miles, deslizando su brazo detrás de ella, y ella se acurrucó en el espacio vacío, girando su cuerpo y su rostro hacia él, agradecida de que su sonrisa estuviera cubierta. La sensación de estar cerca de Miles era incluso mejor de lo que recordaba.

Mientras el trineo avanzaba, Lydia notó por primera vez el tintineo de las campanas sujetas a los collares de los caballos. Tintinearon con especial fuerza cuando el trineo saltó sobre un tramo de terreno irregular, provocando una deliciosa risita de Thomas y una mirada de deleite compartido entre Lydia y Miles.

Deslizándose a través de un maravilloso país blanco, calentada por el brazo de Miles acunándola y con un bebé riendo en su regazo, Lydia pensó que podría estar viviendo un pedacito de cielo en ese momento.

ESTABA OSCURECIENDO cuando regresaron a casa desde el parque, pero la alegría prevaleció a pesar del aire frío que había comenzado a filtrarse a través de su ropa y hacerles gotear la nariz. Diana y Mary terminaron la última estrofa de un villancico cuando cruzaron el umbral de la casa y comenzaron a quitarse los gorros y las pellizas de lana para entregárselos al lacayo.

«Oh, cielos», dijo Mary llevándose una mano al cabello. «El viento no ha sido amable con mi peinado».

«No, no es así», dijo Diana, intentando sin éxito reprimir una risa mientras miraba a Mary.

«Creo que el tuyo no está mejor». Mary le quitó el sombrero a Diana y se rió al verlo.

Lydia dejó que Miles se hiciera cargo del dormido Thomas mientras ella se quitaba el sombrero y sentía el impactante desorden de su cabello. «Creo que solo Miles y Thomas han salido ilesos».

Mary dejó escapar un gran suspiro. «Qué desastre será cepillarlo».

«Sí, bueno», dijo Diana, «tendré que esperar hasta la hora de acostarme, porque no puedo soportar un momento más en este estado de inanición. No te importa si nos quedamos con esta ropa, ¿verdad, Miles? Debo decir que el paseo en trineo fue un golpe de genialidad, pero ¿sería una vana esperanza que también tuvieras la previsión de preparar la cena?».

Lydia lo miró con una ceja levantada en desafío burlón.

«Oh, mujeres de poca fe», dijo él. «¿Ni siquiera ahora pueden oler las delicias que las

esperan?».

Diana y Mary olfatearon un par de veces y sus ojos se abrieron como platos. «¿Detecto ganso?».

Miles asintió formalmente. «¿Es eso aceptable para ustedes?».

Diana solo se rió. «¡Entonces, dense prisa todos!».

Miles le entregó a Thomas a Jane, que tenía una botella en la mano, preparada para el momento en que despertara, y Lydia entró a cenar del brazo de Miles.

Nunca había ni un solo momento de tranquilidad con Diana, y los cuatro rápidamente se ocuparon de la comida que Cook había preparado para su cena, reflexionando sobre los acontecimientos del día y debatiendo cuánto duraría el frío actual.

«Bueno», dijo Diana con un suspiro una vez que todos estuvieron ocupando sus asientos, satisfechos con la comida. «Supongo que después de un día entero en nuestra compañía, a Miles le gustaría pasar un tiempo a solas para disfrutar de su oporto. Y creo que eso es lo mejor, porque tengo intención de subir directamente por las escaleras y ponerme a desenredar esta telaraña. Hizo una expresión de disgusto mientras se llevaba una mano al pelo.

Mary hizo lo mismo y dio un suspiro de resignación. «Nunca debí haberme quitado el sombrero, pero el viento lo jalaba tanto que pensé que las cintas podrían estrangularme. Puede que necesite tu ayuda para cepillarlo, Di». Miró a Diana y entrecerró los ojos. «No importa. Preferiría tener a Lydia. Tiene un tacto más suave».

La boca de Diana se abrió ofendida. «¡Qué tontería! Soy *muy* gentil».

Lydia reprimió una sonrisa y compartió una mirada significativa con Mary.

«Dile que es falso, Lydia», dijo Diana, mirándola expectante.

Lydia apretó sus labios con los dientes y sacudió ligeramente la cabeza. «Lo siento, Di. De nosotras tres, tú ciertamente tienes el menor respeto por las cabezas tiernas».

«¡Bien!», Diana arrojó su servilleta sobre la mesa. «¡A ver si alguna vez vuelvo a ofrecerles mi ayuda!». Miró a Miles y un brillo apareció en sus ojos. «No me refiero a ti, Miles. Naturalmente, estaría más que feliz de cepillarte el cabello si alguna vez necesitas mi ayuda».

Miles se puso las dos manos en la cabeza en un gesto defensivo. «Por favor, no. Mi cabeza es incluso más tierna que la de Lydia».

«Es verdad», dijo Lydia. «Y creo que es por eso que él mismo tiene manos tan suaves. Si me viera obligada a elegir a alguien en esta sala para desenredar mi cabello, sin duda sería Miles».

Diana y Mary arquearon las cejas y Lydia asintió. «Tiene bastante habilidad con el cabello».

«Me haces ver débil, querida», respondió con un tic en la comisura de la boca.

«Cambié de opinión», dijo Diana, empujando su silla hacia atrás y levantándose. «No te demores con tu oporto, Miles. Estarás ocupado por el momento, demostrando este supuesto talento oculto».

«¿Eso es verdad?», preguntó Miles.

«Lo es».

Miles miró a Lydia, quien se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa. Una vez que Diana se concentraba en algo, era difícil apartarla de ello. Además, Miles ciertamente era capaz de encontrar una excusa para evitar la actividad sugerida si realmente se lo proponía.

«No te entretengas», dijo Diana. «Tenemos bastante pelo entre las tres».

Miles soltó un bufido, pero se levantó de su asiento. «Supongo que esperas que pase el resto de la noche actuando como la doncella de todas ustedes, ¿verdad?».

«Será bueno para ti, Miles», dijo Diana. «Si *tienes* tanta habilidad con el cabello, debes practicar y refinarlo, o lo perderás por completo, y no podría soportarlo».

Lydia se encontró con la mirada seca de Miles con un poco de timidez. No *había* tenido la oportunidad de practicar recientemente.

Subieron las escaleras y Diana insistió en que fueran a la habitación de Miles. «Porque no tengo ninguna duda de que los cepillos de Lydia son superiores a los míos. Tengo los tuyos viejos, ¿sabes?»

Lydia miró nerviosamente a Miles, pero su rostro estaba impasible. Sus cepillos no estaban *en* la habitación en la que Diana esperaba que estuvieran.

«¿No pediste a Sarah que limpiara tus cepillos esta mañana?», preguntó Miles.

Lydia lo miró fijamente por un momento. Ella no le había pedido nada por el estilo y, aunque lo hubiera hecho, él no lo habría sabido. Pero de repente comprendió. Él estaba tratando de ayudarla. «Sí, lo hice».

«Ojalá haya terminado», dijo Miles cuando llegaron a la puerta de su dormitorio. «Nunca podría soportar usar el tipo de cepillos inferiores que Diana afirma que son los suyos». Le guiñó un ojo a Lydia.

«Entonces iré a ver», dijo Lydia, y se mantuvo atrás mientras Diana y Mary seguían a Miles al interior de la habitación.

Se apresuró a ir a su dormitorio, agarró los cepillos y peines que estaban sobre la mesa frente al espejo y luego se apresuró a regresar a la habitación de Miles.

«Ah, maravilloso», dijo Diana, acercándose y tomando el cepillo grande que le ofrecía. «Puedes empezar con el cabello de Lydia, Miles. Algo con lo que estés familiarizado. Y demuestres tu habilidad antes de que te permita tocar *mi* cabello». Ella frunció el ceño ante el cepillo que tenía en la mano. «Pensé que habías dicho que Sarah iba a limpiar esto». Frotó un punto en la parte posterior del cepillo.

«Oh», dijo Lydia con un aleteo de nervios, «no debe haber tenido tiempo de llegar a ellos».

«No importa», dijo Diana. «Ven, siéntate. Toma, Miles». Ella le entregó el cepillo. «Entonces manos a la obra, *maestro*». Ella y Mary se sentaron en la cama para observar.

Lydia se sentó en la silla frente al espejo y sintió una repentina oleada de nervios. Durante meses, ella y Miles no habían tenido ninguna interacción íntima, y ahora que Diana, Mary y Thomas estaban allí, se veían presionados a una situación tras otra en la que se exigía más de ellos. Ella no sabía qué sentir al respecto.

Miles llegó por detrás de ella y sus ojos se encontraron brevemente en el espejo, su mirada escudriñando su rostro con un nerviosismo igual al de ella. Dejó el cepillo y le puso una mano en la cabeza en busca de las horquillas que sujetaban su cabello. Tiró suavemente de una y un mechón de cabello cayó, el extremo se deslizó hacia la parte posterior de su vestido. Colocó un dedo detrás del cabello para retirarlo y la piel de Lydia tembló con un escalofrío que recorrió su columna.

«A este paso», dijo Diana, cruzándose de brazos, «estaremos aquí hasta mañana por la noche».

Miles soltó una risita y se dispuso a sacar el resto de las horquillas. «Creo que declinaré el honor de cepillar *tu* cabello, Diana, por muy dolorosa que sea esa idea para mí».

«¿No crees que Diana se cepillará ella misma?», Mary dijo en broma. «Nunca pudo encontrar una criada que lo hiciera a su entera satisfacción, así que madre finalmente desistió y le dijo que lo hiciera ella misma».

Miles miró a Lydia, quien lo confirmó asintiendo sutilmente, tratando de no prestar atención a la sensación de su mano estabilizadora sobre su cabeza mientras comenzaba a pasar el cepillo. Él realmente tenía una mano gentil, y había pasado mucho tiempo desde que ella lo había

sentido. Extrañaba las veladas que pasaban juntos, hablando y riendo. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo sola que se había sentido durante el último año.

Más de un año, en realidad. La distancia entre ellos había ido aumentando durante algún tiempo antes de que las cosas llegaran a un punto crítico con la pérdida de la última Navidad y la pelea que los llevó a dormir separados poco después. Había sentido tal alivio al no tener que preocuparse por no cumplir con sus expectativas o por aplastar las esperanzas de Miles de quedar embarazada, que dormir separados había sido un alivio para ella. Pero, en algún momento, ese alivio empezó a sentirse más como soledad.

¿Él también se había sentido solo? ¿O simplemente se arrepentía de haber decidido casarse con ella?

«*Eres* gentil», dijo Diana, poniéndose de pie, «pero ciertamente es a costa de la eficiencia». Extendió una mano hacia el cepillo y lo dejó sobre la cama mientras quitaba las horquillas de su propio peinado. «Mira». Con una crueldad que hizo que Lydia se estremeciera, se pasó el cepillo por el pelo.

Miles también estaba retrocediendo, y la expresión escandalizada de su rostro hizo que los hombros de Lydia temblaran de risa.

Mary les envió a ambos una mirada significativa. «Lydia», dijo, «me *ayudarás* a cepillar el mío si lo necesito, ¿no?».

«Por supuesto», dijo Lydia.

Miles se volvió hacia Lydia y se puso a trenzarle el pelo. «Me sorprende que te quede pelo, Diana».

Llamaron a la puerta y Mary fue a abrir.

«Lydia», dijo Mary. «Jane ha traído a Thomas».

«Adelante, Jane», indicó Lydia.

«Lamento molestarla, mi señora». Jane hacía saltar a Thomas en sus brazos mientras caminaba. «Pero el bebé ha estado inquieto y estoy empezando a sentirlo un poco caliente».

Lydia se giró, obligando a Miles a soltarle el pelo. Las mejillas de Thomas estaban rosadas y se quejaba, frotándose la nariz con el puño.

«Le moquea la nariz», dijo Jane. «Al principio pensé que era solo por haber estado afuera, pero no ha parado y me pregunto si tal vez se esté resfriando».

Lydia apretó los dientes y miró a Miles. «Fue una desconsideración de mi parte sacarlo con nosotros hoy». Extendió los brazos hacia Thomas. «Ven aquí, mi niño. Déjame verte. Gracias, Jane. ¿Irás a buscarle otra botella? ¿Por si acaso?».

La doncella hizo una reverencia y se fue.

«Pobre hombrecito», dijo Mary con una mirada comprensiva a Thomas. «Deberíamos dejarlos, Di».

Diana estuvo de acuerdo, dieron las buenas noches y abandonaron la habitación en breve.

Lydia inclinó a Thomas para que quedara en sus brazos y luego lo hizo rebotar suavemente, notando sus mejillas sonrosadas, el pequeño goteo que salía de su nariz y sus ojos era demasiado brillante.

Miles le puso una mano en el hombro. «No debes culparte. Es un niño fuerte. Se recuperará muy pronto».

Ella tragó, esperando que él tuviera razón. «Voy a ver si puedo hacerlo dormir».

Miles asintió una vez, con un poco de arrepentimiento en sus ojos.

Ella dudó un momento. «Buenas noches, Miles».

Trece

Mayo de 1814

Miles rodó hacia el otro lado por lo que pareció la milésima vez esa noche. Abrió los ojos, pesados por la fatiga, pero más lejos que nunca del sueño, y se posaron en el lugar vacío a su lado.

Habían pasado semanas desde que Lydia había trasladado sus cosas a la habitación contigua. Al principio, mientras sus cosas todavía permanecían en su dormitorio, pensó que la nueva situación para dormir era solo temporal. Ambos necesitaban un poco de tiempo separados para calmarse y reflexionar sobre las cosas que se habían dicho en su enojo. Pero, noche tras noche, Lydia había dormido en la habitación de al lado, y muy pronto, su doncella, Sarah, trasladó el resto de sus cosas allí.

Miles cerró los ojos ante los recordados sentimientos de humillación. ¿Qué había pensado Sarah de todo esto? Odiaba que los sirvientes supieran que las cosas no estaban bien entre él y Lydia.

sin embargo, era ridículo que durmieran separados. Siempre habían dormido juntos, desde el principio de su matrimonio. Y Miles todavía quería hacerlo. Incluso si Lydia no deseaba el tipo de intimidad que solían compartir, él todavía la quería a su lado. ¿Dudaba de eso? ¿Era por eso que se había quedado en la otra habitación después de todo este tiempo?

La idea lo hizo sentarse y apartar las sábanas de él. Se frotó los ojos y su mirada adormilada se posó en la puerta de la habitación de Lydia. Se mordió el labio y luego se puso de pie, caminando silenciosamente hacia allí, donde hizo una pausa.

¿Qué estaba haciendo? Era media noche. Lydia estaría durmiendo. No era momento para la discusión que quería tener con ella. Y, sin embargo, no podía relajarse. No había dormido bien desde su pelea, ¿y la idea de pasar el resto de la noche dando vueltas en la cama?

Quizás podría ver si realmente estaba dormida. Si así fuera, regresaría a su cama y esperaría para hablar con ella hasta que amaneciera. Pero tal vez, solo tal vez, ella estaría tan inquieta como él.

Puso una mano en el pomo de la puerta y empujó. No se movió y su estómago se apretó.

La había cerrado con llave.

El presente

De hecho, Thomas estaba enfermo, como lo evidenciaba el llanto ahogado que Miles podía escuchar proveniente del dormitorio vecino cuando se despertó por la mañana. ¿Había llorado el bebé toda la noche? ¿O simplemente se había despertado infeliz?

Miles quitó las sábanas y se miró en el espejo, pasándose una mano por el pelo despeinado. Se envolvió en su bata y caminó hacia la puerta que conducía a la habitación de Lydia, vacilando un momento y luego golpeando suavemente.

Tonto. No podía oír tal golpe por encima del sonido del llanto de Thomas. Puso una mano sobre el pomo de la puerta y permaneció allí por un momento antes de apretarlo. Tiró suavemente y se abrió. Entonces no estaba cerrado. De alguna manera, eso resultaba reconfortante para él. La cuestión era si se había olvidado de volver a cerrarlo o lo había dejado abierto a propósito. Lo había revisado suficientes veces durante los últimos meses para saber que por regla general estaba cerrado.

Abrió más la puerta y miró dentro.

«Shh, shh», decía Lydia mientras lo meneaba arriba y abajo, vestida solo con su camisola, que se le había deslizado sobre uno de los hombros. «Todo estará bien, mi amor». Besó un lado de la cabeza de Thomas y Miles tragó saliva ante la vista, ante el cariño que le resultaba tan natural a su esposa.

La puerta crujió y ella levantó la mirada. La abrió. «Lo lamento. No era mi intención, lo escuché llorar y pensé en venir para ver si podía hacer algo para ayudar».

Ella sonrió débilmente. «Es muy amable de tu parte. Admito que mis brazos están empezando a cansarse».

Se acercó y tomó al bebé. «¿Ha estado así toda la noche? De ser así, debí haber dormido muy profundamente». Ciertamente *no* había dormido profundamente, pero tampoco había oído llorar a Thomas.

«Siempre lo haces», dijo ella. «Pero no, en realidad durmió bastante bien. Se despertó un rato durante la noche, pero solo quería que lo abrazaran, así que lo llevé a la cama conmigo».

Diablillo suertudo.

«Sin embargo, se despertó muy incómodo», continuó, «y el meneo es lo único que parece mantenerlo algo tranquilo. Jane debería traerle un biberón pronto».

«Te gusta que te mezan, ¿verdad?», Miles preguntó a un Thomas quejumbroso. «¿*Cuánto* te gusta?». Lo balanceó de un lado a otro enérgicamente, y Thomas se quedó en silencio, sus ojos muy abiertos dieron paso a una pequeña sonrisa.

«Ah», dijo Miles, «entonces prefieres el dramatismo a la sutileza. Bien entonces». Se dio la vuelta, lo bajaba y lo levantaba, y Thomas se arrullaba y luego se rió mientras Lydia miraba la escena, sonriendo.

Miles dejó que sus movimientos lo llevaran hacia Lydia, donde se detuvo y levantó a Thomas para poder sonreírle. «Ahora sabes lo que él desea que hagas todo el día. Creo que es una pequeña petición».

Ella se rió entre dientes y golpeó a Thomas en la nariz. «Me temo que no tengo la resistencia para tal cosa».

Pronto, tanto las sonrisas como los llantos de Thomas desaparecieron mientras se disponía a consumir su biberón, al finalizar dicha actividad, estaba profundamente dormido. Miles lo abrazó mientras dormía, pero cuando Thomas se despertó una hora más tarde, estaba tan infeliz como siempre y continuó así durante todo el día. Diana y Mary no parecían preocupadas por la perspectiva de pasar un día en casa, dada la temperatura del aire exterior, que había vuelto a descender. Solo aquellos que no podían evitarlo parecían estar en la ciudad.

Lydia, Jane y Cook pasaron gran parte del día probando diferentes cosas para calmar al cada vez más incómodo Thomas, y cuando todos se estaban preparando para ir a la cama, el bebé se negaba dormir o tomar biberón.

«Déjame cargarlo», dijo Miles. «Debes estar exhausta».

Lydia negó con la cabeza. «Un poco cansada es todo. Quizás podrías darle el biberón mientras me preparo para irme a la cama. Entonces, podré tomarlo de nuevo».

Miles obedeció y llevó a Thomas a su dormitorio, eligiendo un lugar en la cama en lugar de la silla al lado. «Yo estoy decidido a que Lydia me permita retenerte por un tiempo», le dijo a Thomas. «La has estado agotando todo el día, ¿sabes?».

Para sorpresa de Miles, Thomas aceptó la botella con avidez y sus quejas se transformaron en murmullos mientras sus dedos jugaban con la mano que Miles usaba para sostener la botella y sus ojos miraban fijamente el rostro de Miles.

Miles le devolvió la mirada, admirando los grandes ojos azules que lo miraban por encima de las mejillas febriles. No había tenido muchas oportunidades de estar a solas con Thomas y la satisfacción que sentía lo sorprendió. Sin embargo, era más que satisfacción.

Los dedos de Thomas se cerraron con fuerza alrededor del pulgar de Miles y dejó de chupar el biberón por un momento, sonriendo mientras la mezcla de agua, pan y leche goteaba en su boca.

Miles le devolvió la sonrisa, sintiendo el momento en su corazón. «Vamos, amigo. Estás babeando». Movió ligeramente la botella y Thomas volvió a comer, mientras Miles intentaba tragarse la emoción inesperada.

No pasó mucho tiempo antes de que Thomas vaciara el contenido de la botella de vidrio y no ocultó el hecho de que estaba disgustado por ello. Miles intentó sacarlo de su posición en la cama, pero el bebé no quiso, y estaba frenético cuando Lydia entró por la puerta de paso entre sus habitaciones. Llevaba una bata sobre la camisola y le habían cepillado el pelo, pero no trenzado.

«Todavía debe tener hambre», dijo Miles, señalando la botella vacía.

Lydia se acercó y se sentó en el borde de la cama con el ceño fruncido. «Pasa de rechazarla a vaciarla. A ver, deja que me lo lleve. Necesitas prepararte para ir a dormir».

Miles sintió doble desgana. Le gustaba abrazar a Thomas y entregarlo también significaba darle las buenas noches a Lydia. No habían tenido tiempo durante el transcurso del día para mencionar ninguna de las cosas que habían sucedido en los últimos días, y cada vez que Miles pensaba en ello, sentía que podría volverse loco preguntándose qué significaba todo eso.

Pero de todos modos le entregó a Thomas. Tenía miedo de sacar el tema a colación. Si él le decía algo, si le hacía las preguntas que tenía, bien podría enfrentarse al rechazo. Al menos ahora tenía algo de esperanza. Quizás era mejor aferrarse a eso que arriesgarse.

«Podría tenerlo durante parte de la noche», sugirió él.

«Espero que no sea necesario. Si logro hacerlo dormir, puede que le vaya bastante bien». Le sonrió a Miles mientras los gritos de Thomas aumentaban. «Entonces, buenas noches».

«Buenas noches», dijo él, observando cómo los dos salían de su habitación. En muchos sentidos, su relación con Lydia había mejorado desde la llegada de Thomas. Pero, en otros aspectos, sentía que Lydia estaba más lejos de él que nunca. Era como si estuviera en su pequeño mundo cuando estaba a solas con Thomas.

Miles podía escuchar el llanto del bebé a través de las paredes mientras su valet lo ayudaba a quitarse la ropa, y decidió ir con Lydia e insistir en ayudarla después de que su valet se fuera. Pero para entonces los gritos se habían atenuado.

Escuchó por un momento y luego se metió en la cama. Pero daba vueltas y vueltas, incapaz de apartar su mente de todo lo que estaba sucediendo, incapaz de evitar que sus oídos se esforzaran por escuchar lo que podría estar sucediendo en la habitación de Lydia.

En algún momento se quedó dormido, pero era un sueño inquieto, y cuando despertó más plenamente, a la luz del fuego de su habitación, pudo ver en su reloj de bolsillo que era poco menos de medianoche.

Se quedó quieto. Thomas estaba llorando de nuevo. Quizás eso había sido lo que lo había despertado. Salió de la cama, se puso la bata mientras se dirigía a la puerta de la habitación de Lydia y la abrió.

Lydia miró hacia su entrada, en su camisola meneaba arriba y abajo al pequeño, con un toque de desesperación en sus ojos. «Él está muy incómodo», dijo. «Aún no ha dormido nada, pero no quiere tomar el biberón y está terriblemente cansado».

«¿Por qué no viniste por mí?», dijo Miles, deslizando sus manos debajo de la manta en la que se encontraba Thomas para poder quitárselo a Lydia. Su llanto se convirtió en gruñidos frustrados ante el disturbio.

Lydia lo puso en brazos de Miles y se encogió de hombros. Parecía agotada. «No quería molestarte».

Acunó a Thomas en un brazo y puso una mano en la mejilla de Lydia. «Nunca debiste hacer esto sola, Lydia. Déjame compartirlo contigo. Para eso estoy aquí».

Ella puso su mano sobre la de él y cerró los ojos. «No deberías tener que sacrificar tu sueño. Fue idea mía traerlo a casa con nosotros».

«Y estoy muy contento por ello. Él es una luz en esta casa».

Su mano cayó de su rostro mientras suspiraba.

«*Quiero* ayudar, Lydia. Quiero compartir tanto la carga como la alegría».

Ella lo miró fijamente por un momento, luego asintió y miró a Thomas. «Él es menos quisquilloso contigo».

Él sonrió irónicamente. «Es solo la novedad. Pero deberíamos aprovechar el silencio. ¿Me pasas la botella?».

Ella se la dio y él se la acercó a los labios del niño. Se quejó, pero Miles persistió y Thomas finalmente aceptó.

Miles retrocedió dos pasos para sentarse en el borde de la cama de Lydia, y ella lo siguió hasta allí con un suspiro de alivio. «Gracias al cielo»

Ambos miraban al bebé mientras comía, Lydia se inclinó sobre el hombro de Miles para verlo mejor. De vez en cuando, compartían una mirada de diversión o aprecio cuando Thomas hacía los sonidos y expresiones que eran tan particulares para él. Cuando finalmente cerró los ojos y dejó de beber, Miles le dio la botella casi vacía a Lydia.

«No te muevas», susurró con urgencia mientras dejaba la botella. «Podrías despertarlo».

Miles abrió la boca y luego la cerró. ¿Entonces iba a quedarse sentado aquí toda la noche? Quizás eso no sería tan malo. «Al menos deberías dormir mientras él duerme», dijo él.

Miró pensativamente a Thomas. «*Estoy* bastante cansada. Pero…». Ella frunció los labios. «No me parece bien dormir mientras tú te quedas sentado así»

«¿Qué?», dijo él con una sonrisa, «pero yo simplemente dormía mientras tú lo mecías durante horas», Él asintió hacia la cama detrás de él. «Acuéstate. Descansa tus ojos. Me ocuparé de Thomas. Y te despertaré si te necesito».

Se mordió el labio por un momento y luego asintió, caminando hacia el otro lado de la cama. Había una gran incertidumbre en sus movimientos cuando retiró las sábanas y se metió dentro.

Por supuesto, debía ser extraño para ella tenerlo allí en esta habitación donde nunca antes había dormido, observándola. Ella se acostó, girando sobre su lado izquierdo para mirar en dirección opuesta a él. Solo eso le hizo saber que todo era un poco incómodo para ella, siempre dormía sobre su lado derecho.

Él se encontró meciéndose suavemente de un lado a otro, a pesar de que Thomas estaba profundamente dormido por el momento. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado cuando la respiración de Lydia se hizo más lenta y profunda, pero finalmente lo hizo.

Miró pensativamente a Thomas, el ascenso y descenso de su pecho y el puchero de su labio inferior. Le empezaba a doler la espalda por estar sentado erguido y miró el espacio vacío en la cama junto a él, al lado de Lydia. Tal vez podría moverse lo suficientemente lenta y cuidadosamente como para apoyar su espalda contra la cabecera, al menos.

Esperó un momento, debatiendo, luego cambió de posición, sus ojos revoloteando rápidamente entre Thomas y Lydia para verificar que ninguno de ellos estuviera siendo perturbado por el ajuste. Ambos dormían profundamente.

Lento pero seguro, Miles se movió desde su lugar en el borde de la cama hacia la cabecera, finalmente levantó los pies y los colocó encima de la manta. Suspiró con satisfacción y alivio ante la posibilidad de descansar su cuerpo contra algo sólido. Solo una cosa más y podría estar perfectamente cómodo. Bueno, no del todo cómodo, pero sí lo suficiente.

Tomó dos almohadas de repuesto, colocando una debajo del codo que acunaba a Thomas y otra frente a su brazo para evitar que Thomas se alejara rodando en caso de que Miles aflojara su agarre. Luego cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Esto estaba mucho mejor. Incluso podría dormir un poco de esta manera. Esperaba que a Lydia no le importara despertarse y verlo así.

Ella se movió a su lado y, con el ceño fruncido, se giró de espaldas y luego hacia el lado derecho, provocando una sonrisa en los labios de Miles. Se permitió un momento para admirar su rostro. Cielos, ella era hermosa cuando estaba tan relajada y en paz. Tenía el pelo enredado, no había sido trenzado, y él resistió el impulso de tocarlo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la había visto dormir tan cerca?

Una vez más, Miles no se dio cuenta de cuándo se quedó dormido, pero al despertar, sintió un dolor terrible en el cuello y se dio cuenta de que se había deslizado hasta quedar casi acostado, con la barbilla apoyada pesadamente en el pecho. Se apresuró a mirar a Thomas, que todavía dormía profundamente en sus brazos.

Miles movió un poco el brazo e hizo una mueca de dolor. No podía quedarse así. Miró la cuna al lado de la cama. No podía simplemente dejar a Thomas allí e irse. Pero podría dejarlo allí y acostarse a su lado en caso de que se moviera.

Se movió hasta sentarse en el borde de la cama, apretando los dientes con ansiedad, luego dejó a Thomas en la cuna. Dejó escapar un gran suspiro cuando sus esfuerzos tuvieron éxito y luego se giró para mirar a Lydia.

Ella todavía estaba en la misma posición, con una mano debajo de su mejilla. Deseó poder acostarse a su lado. Ni siquiera necesitaba acercarse lo suficiente para tocarla. Solo para saber que ella estaba allí.

Suspiró y se levantó lentamente de la cama. Crujió levemente y Lydia se movió, sus párpados temblaron levemente. Miles se quedó inmóvil, flotando justo encima de la cama.

Los ojos de Lydia se abrieron levemente y su boca se dibujó en una sonrisa. ¿Estaba sonriendo al verlo? No podía ser.

Ella cerró los ojos y extendió una mano perezosa hacia él, como si esperara que él la tomara.

Su corazón golpeó contra su pecho, y en un movimiento vacilante, estiró su brazo hacia ella, dejando que sus dedos tocaran su mano. Sus dedos rodearon su mano y lo atrajo hacia ella.

Alarmado, pero resistiéndose para no despertarla, volvió a sentarse en la cama y se acercó, teniendo cuidado de no hacer demasiado ruido mientras se deslizaba en la cama junto a ella. ¿Estaba ella del todo consciente de lo que estaba haciendo? Si no lo estaba y se despertaba y lo encontraba a su lado….

Tragó nerviosamente.

«Lo hiciste dormir», dijo con una sonrisa cansada.

«Sí», dijo. Ella estaba claramente consciente de lo que estaba haciendo, pero él todavía temía que, si hablaba más, podría romper el hechizo que fuera.

«Gracias, mi amor».

Su corazón palpitó con fuerza y con la voz quebrada respondió, «De nada. Mi amor». Sus palabras le dieron un arrebato de valor, se inclinó y le dio un suave beso en la frente. Solo con el más mínimo movimiento de su boca delató que se había dado cuenta, y luego su respiración se hizo más profunda y pronto volvió a quedarse dormida.

Miles permaneció despierto durante un rato, se volvió hacia ella y observó el constante subir y bajar de su pecho. Temía que, si se quedaba dormido, despertaría y descubriría que todo había sido un sueño.

¿Cómo se las había arreglado para dormir sin ella el año pasado? ¿Y cómo volvería a dormir sin ella?

Catorce

Noviembre de 1812

Lydia suspiró aliviada al ver a Miles ya en la cama cuando regresó de la fiesta a la que había asistido. No quería hablar de la velada y no tenía energía para el tipo de interacción que sin duda Miles esperaba.

Sarah la ayudó a desvestirse en silencio y Lydia mantuvo sus ojos en Miles. Sin embargo, él no se movió y Lydia despidió a su doncella, se cepilló el cabello y se lo trenzó.

Miles había asistido a una reunión con algunos de sus compañeros, mientras que Lydia se había sentido obligada a al menos mostrar su rostro en una fiesta a la que habían sido invitados. Inesperadamente, había visto allí a Sophia Kirkland, o, mejor dicho ahora, lady Venton. Su rostro resplandeciente y el más mínimo indicio de curvatura debajo del corpiño del vestido que llevaba, habían hecho que Lydia se sintiera enferma de envidia. Era el segundo hijo de lady Venton. Lydia lo sabía porque su suegra se había esforzado en contárselo a Miles mientras Lydia estaba en la habitación.

Lydia suspiró y se metió silenciosamente en la cama, de espaldas a Miles y haciendo una mueca con cada sonido que hacían el armazón y el colchón. Miles se movió, se volvió hacia ella y extendió un brazo, y su mano se posó sobre su brazo. Esperó a ver si él decía algo, pero parecía que todavía estaba dormido. La calidez de su mano en su brazo provocó un escozor en sus ojos.

De repente sintió el abrumador deseo que la abrazara. Había sido una noche difícil y ella la había afrontado sola. En contra de su buen juicio, se deslizó hacia Miles para que su brazo se deslizara hacia adelante y alrededor de su cintura. Lo agarró y trató de reprimir las lágrimas que brotaron. No quería que Miles la viera llorar, no quería responder las preguntas que él tendría. Le avergonzaba lo insegura que había llegado a sentirse cada vez que lady Venton aparecía en sus vidas.

Pero, más que eso, no quería despertarlo por lo que podría pasar a continuación. El médico que habían visto hace unos meses les había indicado cuánto tiempo después del inicio de sus tratamientos sería más propicio para concebir, y hoy marcaba el primero de esos días de este mes.

Era lo último que quería hacer.

El abrazo de Miles se hizo más fuerte a su alrededor y él se acercó. Intentó no ponerse rígida. Era una locura que tuviera que luchar contra semejante impulso. No siempre había sido así.

«Estuviste fuera hasta tarde», dijo adormilado, su cálido aliento rozando la nuca de ella.

«Sí», dijo en voz baja, esperando que él se volviera a dormir si no decía nada más.

Pero su aliento en su cuello se convirtió en besos y ella cerró los ojos con fuerza. Esto era lo que ella quería, ¿no? Ambos lo querían. Deseaban un hijo. Un heredero.

Entonces, ¿por qué se había convertido en una carga recibir afecto y tener que devolverlo?

El presente

THOMAS ESTABA inquieto en algún lugar de la habitación, pero Lydia no podía ver nada. Estaba casi oscuro, salvo por un destello de las llamas en la chimenea. Ella frunció el ceño y parpadeó un par de veces, esperando que su visión se aclarara. Pero no fue así. Su vista estaba bloqueada por….

Se quedó helada. Lo que estaba mirando era el pecho de Miles.

Estaba durmiendo a su lado. Pero, además, estaban vueltos el uno hacia el otro, su mejilla contra su pecho, su mano apoyada contra su estómago, mientras uno de sus brazos la rodeaba y su barbilla se posaba suavemente en la parte superior de su cabeza. Era lo suficientemente pequeña como para caber en el espacio como si fuera un capullo, era cálido, acogedor y destinado para ella.

Su corazón latía con fuerza mientras intentaba recordar cómo había llegado a la cama de Miles. No, era su cama, no la de él. Él había entrado en su habitación y le había quitado a Thomas de sus brazos. Le había tomado mucho tiempo quedarse dormida con Miles sentado al otro lado de la cama, sosteniendo al bebé en brazos.

Frunció el ceño. Tenía un vago recuerdo de haber atraído a Miles hacia ella, y sus mejillas se calentaron ante el recuerdo.

Todo estaba confuso.

Suavemente, se alejó de Miles, deslizando la cabeza fuera de su barbilla y retirando la mano de su cuerpo. El relativo frío del aire hizo que le erizara la piel donde había estado en contacto con Miles. Una parte de ella no quería moverse. Pero los quejidos de Thomas eran cada vez más fuertes.

Se levantó de la cama y miró a Miles por un momento. Estaba tan tranquilo allí. Había olvidado cómo se veía él cuando dormía, y su boca se curvó en una sonrisa ante la forma en que su cabello descansaba contra la almohada. Sería un desastre cuando despertara. Siempre había sido necesaria mucha agua y pomada para controlarlo.

Corrió hacia la cuna, evitando todos los puntos del suelo que sabía que crujirían, y levantó a Thomas, meciéndolo. Su inquietud se calmó y sus ojos volvieron a cerrarse. Solo necesitaba ser reconfortado.

Esperó un momento antes de inclinarse para volver a colocarlo en su cuna, pero en el momento en que lo dejó, él comenzó a retorcerse y a lloriquear y ella se vio obligada a levantarlo nuevamente.

Miles seguía durmiendo. Dos veces más, arrulló a Thomas para que se durmiera y trató de ponerlo en la cuna, pero él no aceptaba eso. Empezaron a doler sus brazos y la espalda y miró el lugar que había dejado en la cama con una punzada de nostalgia. Parecía más tentado ahora ser acurrucada en Miles en lugar de hacerlo por Thomas, y solo Dios sabía por cuánto tiempo. Bien podría estar arrullándolo durante el resto de la noche. Ambos dormirían más si ella simplemente lo llevara a la cama con ella.

Llevó a Thomas a su lado de la cama y, mirando a Miles, volvió a subir con el bebé en brazos. Se acostó, dejando que Thomas descansara en el hueco de un brazo.

Miles se movió, cambió de posición y parpadeó. La comisura de su boca se alzó en una media sonrisa soñolienta cuando sus ojos se posaron en ella. Con el corazón acelerado, ella devolvió la sonrisa.

«Él insiste en que lo cargue», dijo, mirando a Thomas.

Los parpadeos de Miles fueron lentos y extendió una mano para tocar la cabeza del bebé. «Déjame tomarlo». Incluso sus palabras sonaban medio adormiladas.

«No», dijo ella. «Está lo suficientemente contento aquí como para que todos podamos dormir».

Los ojos de Miles se cerraron y movió la cabeza para que descansara contra su brazo, cerca de la cabeza de Thomas, y muy pronto, el sueño se apoderó de ambos chicos.

Lydia intentó reprimir la emoción que subía a su garganta. Esto era lo que ella siempre había querido. Lo que *ellos* siempre habían querido. Y aunque sabía que no era más que una muestra temporal del cielo, esta noche simplemente lo aceptaría tal como era, en lugar de anticipar cuándo terminaría.

Dejó que su cabeza descansara sobre la almohada y se cubrió con la colcha.

«Te amo», dijo ella en un susurro. «A los dos». Se permitió unos segundos más para admirarlos, luego cerró los ojos y se unió a ellos en el sueño.

LYDIA SE DESPERTÓ a la luz de la mañana con el sonido de los balbuceos de Thomas a su lado. En algún momento durante la noche, ella había retirado su brazo de debajo de él y su mano acunaba su mejilla. Una de sus piernas estaba enredada con la de Miles. Era consciente de sentimientos encontrados de satisfacción y timidez al despertar juntos en la cama, como en los viejos tiempos.

Ella lo miró y sus ojos se encontraron. Su boca ya estaba dibujada en una sonrisa. Parecía haber estado observando a Thomas, apoyado en su codo y con la cabeza apoyada en la palma de su mano. Su camisón colgaba holgadamente, dándole una visión amplia de su pecho.

«Ha estado balbuceando durante unos minutos», dijo Miles. «Y ha intentado comerse sus propios pies».

«No puedo culparlo», dijo Lydia, levantándose sobre su codo. «Yo también tengo hambre». El hombro de su camisola cayó, deslizándose hasta la mitad de su brazo, y se apresuró a levantarla.

Los ojos de Miles siguieron la acción y luego se alejaron rápidamente. Un manojo de nervios se formó en su estómago. Le encantaba la intimidad de dormir en su cama con Miles, de cerca. Pero la idea de tener *más* intimidad le provocaba una pizca de deseo que rápidamente era superado por el miedo.

Se levantó de la cama, se puso la bata y luego alcanzó a Thomas, lo tomó en sus brazos y lo dejó sentarse erguido. Él le sonrió con la boca muy abierta. Estaba irresistiblemente feliz por las mañanas.

«Buenos días para ti también», dijo. «¿Te buscamos algo para que comas?».

Jane llegó unos minutos más tarde y, desde su lugar en la puerta, su mirada se dirigió a Miles, que estaba sentado en el borde de la cama. Lydia sintió otra oleada de nervios y vergüenza. ¿Qué tipo de cosas decían los sirvientes sobre ellos? ¿Y qué pensaban de Thomas?

¿Qué dirían al saber que Miles había dormido en la habitación de Lydia?

Lydia le entregó a Thomas a Jane. «¿Le das de comer? ¿Puedes traérmelo a la sala de desayunos en.… digamos, media hora?».

Jane hizo una pequeña reverencia y se fue.

Lydia se tomó su tiempo para cerrar la puerta. Ahora estaba sola con Miles y la perspectiva la emocionaba y paralizaba. Pero ahora no podía evitarlo. O lo que había pasado.

«Espero que hoy esté contento», dijo, volviéndose hacia él y acercándose a la cama. Se ocupó de alisar las almohadas, una tarea tonta en una cama que luego harían las criadas.

«Parece bastante alegre hasta ahora», dijo Miles. «Quizá no esté tan enfermo después de todo». Su cabello se erizó en su lado derecho, tal como Lydia había anticipado que sucedería, y no pudo evitar una sonrisa.

Él entrecerró los ojos hacia ella, aunque su boca se torció hacia un lado. «¿Qué pasa?».

«Nada», dijo. «Solo tu cabello…».

Levantó una mano para palpar su cabeza y se apartó el cabello rápidamente. «Pelo maldito. *Cada mañana*».

«Sí», se rió. «Recuerdo. Aquí». Ella se acercó a él y él buscó su rostro antes de bajar la cabeza para que ella pudiera alcanzarlo. Ella hizo una pausa por un momento y luego pasó ambas manos por su cabello hasta que todo se puso de punta. Él la agarró de las muñecas, levantó la cabeza y ella cubrió su risa con una mano.

«*Eso* no era lo que esperaba que hicieras», dijo él, tratando de reprimir su propia sonrisa. Él todavía le sujetaba las muñecas. «¿Y después de que anoche cepillé tu cabello con tanta delicadeza? Él hizo un sonido de *chasquido* y luego dejó caer una de sus manos, tocando su cabello con un dedo y sosteniendo sus ojos con una mirada burlona que prometía venganza. Pero él solo le apartó el cabello de la cara, dejando que sus dedos peinaran los mechones hasta el final, hasta la mitad de su brazo.

Lydia de repente se sintió mareada y su mirada se dirigió a los labios de Miles, recordando cómo se había sentido al besarlo debajo de la rama de los besos. Allí los habían observado. Aquí estaban solos. ¿Se sentiría igual? Quería explorar lo que había sentido, saber si había alguna posibilidad de que pudieran recuperar lo que alguna vez habían tenido.

Se inclinó más cerca, sus ojos buscaron su rostro y luego recorrieron su boca.

Pero ya habían pasado por este camino antes. No conducía a ninguna parte. Ella lo sabía. ¿Él también? ¿Cómo podía esperar que él se resignara al hecho de que se había casado con una mujer que no podía hacer lo único que debía hacer?

«Debería vestirme», dijo, alejándose un poco. «Le dije a Jane que trajera a Thomas en media hora».

Miles parpadeó y luego asintió. «Sí, sí. Por supuesto. Yo también debería prepararme para el día». Dudó antes de esbozar una sonrisa superficial y dirigirse hacia la puerta de su habitación. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Lydia cerró los ojos con fuerza.

SIN DUDA, Thomas estaba más feliz que el día anterior, pero Lydia estaba agotada. Cuando terminó la cena, no pudo reprimir un bostezo.

«Has bostezado no menos de cuatro veces desde que comenzó la cena», dijo Diana. «¿Por qué no dejas que Jane se quede con el pequeño expósito esta noche? Te vendría bien tener una noche completa de descanso. Si continúa sintiéndose de mal humor, necesitarás dormir todo lo

que puedas. Además, hoy parece estar bastante bien».

«Lo está», dijo Lydia, pero se resistía a la idea de dejarlo dormir en otro lugar. Se había convertido en un consuelo para ella en su habitación. Cada vez que lo miraba en su cuna, casi podía imaginar que estaba viviendo la vida que había soñado. Pero era solo eso: un sueño.

Sin embargo, no podía negar que estaba agotada y la perspectiva de una noche de sueño tranquilo era tentadora. «Bueno, creo que tienes razón. Quizás esta noche podamos trasladar su cuna a la habitación de Jane».

Los cuatro jugaron algunas partidas del juego de naipes Whist después de terminar la cena, y Lydia sorprendió a Miles mirándola varias veces. ¿Qué estaría pensando? Solían hablar muy libremente entre ellos. Pero ahora las cosas eran diferentes. Tenía demasiados pensamientos y sentimientos que él no aprobaría. Y ciertamente él también debía tenerlos. Eran esos pensamientos sospechosos los que la habían atormentado durante tanto tiempo.

Cuando concluyó el juego final, subieron juntos las escaleras, Diana y Mary les dieron las buenas noches mientras Lydia y Miles se detenían ante su puerta nuevamente. Lydia tragó nerviosamente.

La puerta de los dormitorios de Diana y Mary se cerró y Lydia miró a su marido. Allí estaba. Esa mirada insegura en sus ojos otra vez. La que hacía que la culpa creciera dentro de ella, como si temiera que ella pudiera golpearlo si decía algo.

«¿Te gustaría entrar?», preguntó él.

¿Cuál era la respuesta a su pregunta? Ella no lo sabía. Todo lo que sabía era que estaba cansada de rechazarlo, cansada de mantener sus muros levantados, cansada de dormir sola. Estaba *cansada*.

Ella tragó y asintió, y la sonrisa que fue recompensada le dio un poco de valentía. La tomó de la mano y la condujo a su habitación. Ella apenas sabía lo que estaba aceptando al entrar con él. ¿Quería hablar? ¿Dormir a su lado otra vez? Terminar el beso que casi se habían dado esa mañana. ¿O quería… más?

Él la jaló hasta que llegaron a la cama y su corazón latió salvajemente cuando él se volvió hacia ella.

«Lydia», dijo, y le puso una mano en la cara.

Sus palabras, su mano... eran muy suaves. Siempre lo eran.

«¿Sí?».

Él la miró a los ojos y luego apoyó su frente contra la de ella. «Anoche, estando a tu lado otra vez... no había dormido tan bien en meses».

Su nariz rozó ligeramente la de ella y ella cerró los ojos cuando su mano fue a su cintura.

«Me dio esperanza», dijo él.

Ella se quedó quieta. «¿Esperanza?».

«Sí», dijo. «Ha pasado tanto tiempo desde...».

Ella retrocedió ligeramente y su estómago se inundó con oleadas de náuseas. Ella no podía hacer esto. No podía permitirle pensar que había esperanza. La aplastaría la expectativa, la decepción. Todo de nuevo. Mes tras mes tras mes. No podía soportarlo. Todo esto era un error.

Ella se separó. «No puedo, Miles. No hay ningún propósito para… no puedo». Se llevó el dorso de la mano a la boca y salió corriendo de la habitación.

Quince

Miles se quedó mirando la puerta que se cerró suavemente detrás de Lydia. Ni siquiera había usado la puerta de su dormitorio. Había usado la del pasillo, como si, en su prisa por irse, también estuviera rechazando la pequeña conexión que habían logrado desarrollar durante los últimos días.

Se pasó una mano por el pelo y el gesto le recordó la forma juguetona en que Lydia lo había hecho esa mañana. ¿Qué había sucedido para alejarla tan repentinamente? ¿Qué fue lo que ella había dicho? *No tener ningún propósito*... Y lo había dejado sin terminar. ¿No tiene sentido abrazarse? ¿La esperanza que había mencionado?

Había sido demasiado rápido, demasiado ansioso por estrecharla entre sus brazos. No era su intención. Había deseado su compañía, más que nada. Y tal vez acostarse juntos como lo habían hecho la noche anterior, pero esta vez, quería estar seguro de que era lo que ella quería y no simplemente porque estaba demasiado cansada para saber exactamente lo que estaba haciendo. Y cuando ella accedió a entrar con él, él se sintió tan aliviado y sorprendido que dejó que sus impulsos se hicieran cargo. Quería que ella supiera cuánto anhelaba una reconciliación entre ellos, que sintiera su amor por ella.

Miles se echó en la cama y dejó caer la cabeza entre las manos, frotándose la frente con dureza. La había asustado. Ella no *quería* nada de eso. ¿No lo había dejado muy claro durante el año pasado? Ella ya no deseaba ese tipo de relación con él. Lo que ella quería era un hijo y Miles no podía dárselo.

Además, ahora tenía a Thomas. ¿Para qué necesitaba a Miles?

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Lydia no mostró ningún signo de resentimiento por lo que había sucedido en su habitación la noche anterior. No lo mencionó en absoluto. Como de costumbre, estaba concentrada en Thomas, cuyo malestar durante los últimos dos días se descubrió que se debía al diente que había salido de las encías inferiores.

Lydia lo felicitó por su logro y Miles tuvo que reprimir una burla. Como si Thomas hubiera hecho algo personalmente para merecer elogios por haberle salido un diente. Difícilmente hubiera podido evitarlo.

Miles cortó esos pensamientos de raíz. ¿Realmente iba a permitir que las cosas con Lydia se amargaran por cómo se sentía acerca de que algo como que Thomas ganara un diente?

Necesitaba salir de casa. Sería bueno para Lydia pasar un tiempo con sus hermanas sin él allí. Habían estado más juntos la semana pasada que durante muchos meses antes. Quizás ambos

necesitaban un tiempo de descanso. De todos modos, su madre había enviado un mensaje con uno de sus sirvientes esa mañana. Parecía sentirse abandonada. Él le haría una visita.

«Oh», dijo su madre parpadeando sorprendida cuando él entró en el salón. «Pensé que traerías a los demás». Estaba sentada ante una bandeja repleta de galletas.

Se agachó para darle un beso en la mejilla. «No debes parecer tan decepcionada, madre».

«Vamos. Nunca me decepcionaría tener un agradable descanso con mi hijo mayor. Siéntate y ayúdame a comer esta montaña de galletas».

Miles tomó asiento y aceptó con gusto. Su madre siempre le proporcionaba las galletas más deliciosas.

«Entonces ¿Qué hacen ahora las hermanas Donnely?», ella preguntó. «Seguramente no han salido con este clima».

«No», respondió. «Están en casa. Supongo que, jugando con Thomas, o quizás sentadas al pianoforte».

Las cejas de su madre se arquearon. «Entonces el bebé sigue allí».

«Sí».

«¿Cuánto tiempo más piensas tenerlo? ¿No estabas buscando una solución?».

Miles se movió en su asiento. «Bueno, ya sabes lo ocupados que están todos en este momento. Teníamos la intención de esperar hasta que todo se calmara después de que pasara la Navidad y el clima no fuera tan frío».

Dejó su taza de té apretando los labios. Ella lo desaprobó. No se sorprendió, pero nunca superaba la incomodidad que sentía al saber que su madre no estaba satisfecha con sus decisiones. Su aprobación era tan rara que se encontró deseando lo que se sentía al tenerla. Había pasado bastante tiempo desde que la recibió por última vez.

«No veo qué tiene que ver el clima con esto».

Él se encogió de hombros. «Hay más gente necesitada cuando hace tanto frío como ahora. Me imagino que tendremos más suerte para encontrar una buena situación en aproximadamente una semana».

«Eso puede ser, pero ¿a qué costo para ustedes?».

Frunció el ceño y tomó otra galleta. «¿Qué quieres decir?».

«Querido, ¿no te preocupa cómo…», vaciló, «bueno, cuán obsesionada está Lydia con el niño?».

Miles tragó. «No está obsesionada, de seguro».

Ella le lanzó una mirada determinante. «Ella insiste en alimentarlo, ponerlo a dormir, tenerlo con ella cuando hay compañía, cosas que la mayoría de las mujeres ni siquiera hacen por sus propios hijos».

Miles no pasó por alto la forma tan *impersonal* en que ella se refería a Thomas. «Es su personalidad ser tan cariñosa. Tú lo sabes», contestó él.

Ella asintió de mala gana. «No lo digo para criticarla. Solo que me preocupa. Por su bien y por el tuyo».

«¿Por qué?».

Inclinó la cabeza de un lado a otro como si estuviera debatiendo, pero Miles tuvo la sensación de que lo que estaba a punto de decir llevaba algún tiempo rondando por su mente. «Ella no se está haciendo más joven, ya sabes, y el tiempo es esencial. Lo último que necesita es algo que la distraiga de la tarea que tiene por delante. *Necesitas* un heredero, querido. Y, por muy dulce que sea, ese pequeño bebé no lo es para ti».

Miles reprimió las ganas de aflojarse la corbata, que le resultaba demasiado ajustada. No era

como si hubiera olvidado que necesitaba un heredero, de hecho, ¿cómo podría hacerlo?, pero un recordatorio tan agresivo del hecho, y de su madre específicamente... le provocaba sentimientos de ineptitud y fracaso que había logrado evadir durante la última semana, más o menos.

Ella lo observaba pensativa, pero bajó la mirada hacia su taza de té y pasó un dedo por la punta. «Todo está bien entre ustedes dos, ¿supongo?».

Sus cejas se juntaron.

Ella se aclaró la garganta. «Quiero decir, ¿no pasa nada en sus... *relaciones*?».

Los ojos de Miles se abrieron y sintió una ráfaga de calor subir por su cuello hasta sus mejillas. «Madre, yo...».

Ella, rápidamente dejó su taza de té. «No quiero entrometerme. Solo que he conocido casos en los que las mujeres no están dispuestas a criar hijos y, sin embargo, han convencido a sus maridos de lo contrario. Toman poleo o cornezuelo de centeno en secreto para prevenir el embarazo».

Apretó la mandíbula, luchando contra la ira y la frustración que sentía ante la implicación de que Lydia le estuviera ocultando algo así. «No puedo pensar en ninguna mujer que desee tener un hijo más que Lydia».

«Te he incomodado», dijo ella con disculpa en sus ojos. «Te aseguro que no era mi intención. Yo solo... tengo muchas ganas de que seas feliz, querido. Nunca desearía que te privaran de la gran alegría que yo, o tu padre, hemos sentido al ser tus padres. Tu éxito es mi único objetivo al siquiera mencionar un tema tan delicado. Espero que lo sepas».

Dejó escapar un suspiro por la nariz y ofreció una sonrisa de disculpa. «Por supuesto, madre. Nunca podría dudarlo».

Ella tomó su mano y la apretó dentro de la suya. «Estás destinado a grandes cosas, Miles. Siempre lo he sabido».

Dieciséis

Lydia observó a Miles con un poco de aprensión cuando regresaba de casa de su madre. Por muy tonto que fuera, nunca podía evitar temer que, cada vez que él estuviera con su madre fuera de la compañía de Lydia, la baronesa viuda estuviera trabajando para poner a Miles en su contra. Era poco razonable pensarlo y, sin embargo, la sospecha se apoderaba de ella a pesar de sus mejores esfuerzos.

Parecía un poco más retraído y su saludo a Thomas fue más desinteresado de lo habitual. Sintió que la culpa y el arrepentimiento la invadían. ¿Su rechazo de la noche anterior lo había enviado de vuelta a su caparazón? En realidad, no podía culparlo. Era imposible complacerla. Demasiado cariño mostrado por su parte, y ella huía; no era suficiente y se sentía abandonada y no deseada. Pero, ¿cómo podía dejar de sentirse así? Podía fingir, podía actuar, pero ¿de qué serviría eso?

Miles pasó la mayor parte de la tarde en el estudio, ocupándose de algunos asuntos que, según él, había estado posponiendo, mientras Lydia y sus hermanas se entretenían en un libro que Lydia había encontrado en la biblioteca de préstamo antes de que comenzara el frío. Ella se reía junto con Diana y Mary, pero la verdad era que se sentía ansiosa por dentro. Había probado lo que se sentía volver a estar en los brazos de Miles y estaba aterrorizada de arruinar cualquier posibilidad futura de que volviera a suceder; que tal vez ya había sucedido.

«¿Jane podrá cuidar a Thomas mañana por la noche?», preguntó Miles mientras estaban sentados a cenar.

Lydia le dirigió una mirada inquisitiva. «Yo... yo no sabía que necesitaba hacerlo».

Hizo una pausa con la mano sobre la sopa y la miró. «Es la cena de los Gallagher».

«Oh», dijo ella. «Lo había olvidado por completo».

«Me temo que ya envié nuestra aceptación hace más de una semana. No siento que pueda renunciar a ello después del apoyo de Gallagher al proyecto de ley que presentaré cuando el Parlamento comience de nuevo. Habrá *baile*».

La verdad era que ella no quería ir. Solía disfrutar de esas reuniones, pero con el paso de los años habían perdido gran parte de su placer. Inevitablemente, regresaba a casa sintiéndose como un fracaso después de escuchar a sus amigos y conocidos hablar de sus florecientes familias y de que los instaran y les preguntaran cuándo podrían esperar ver crecer a la familia de Lydia y Miles.

«¿Quieres que vaya solo? ¿Presentaré tus excusas?». Lo preguntaba sin ninguna acusación, pero Lydia no pasó por alto la mirada cautelosa que apareció en los ojos de Miles. Él ya estaba esperando su negativa.

«No», dijo con una sonrisa. «Iré contigo, por supuesto. De todos modos, para entonces

Thomas ya estará dormido. Y Jane es capaz de asegurarse de que tenga todo lo que necesita si se despierta».

Miles le sonrió y la tensión de sus ojos desapareció. Estaba satisfecho con su respuesta. Y ella haría todo lo posible para asegurarse de que él tuviera una velada agradable. Esta era una oportunidad para reconectarse y no podía desperdiciarla.

POR PRIMERA VEZ en los últimos tiempos, Lydia se esforzó mucho en su aseo y le dio a Sarah muchas más instrucciones de las que tenía por costumbre. Se pasó una mano nerviosa y enguantada por su vestido, un satén rojo que parecía de color rosa con su capa de gasa bordada. Quería estar a la altura de Miles, al menos tanto como pudiera.

Cuando se reunió con él en el vestíbulo de entrada, la mirada de admiración en sus ojos y la forma en que él se llevó la mano a los labios le provocó un pequeño escalofrío en la columna. Era suficiente tranquilidad saber que había hecho bien al unirse a él. Se necesitaban el uno al otro, ¿no?

La subió al carruaje y dudó por unos breves segundos antes de sentarse a su lado en lugar de frente a ella. Extendió una alfombra de piel sobre sus piernas, luego golpeó el techo con el puño y el carruaje avanzó.

«Gracias», dijo, y tomó su mano entre las suyas. «Por venir, quiero decir. Sé que no es fácil para ti dejar a Thomas».

Ella lo miró, buscando sus ojos tanto como la tenue luz del carruaje se lo permitía. ¿Qué pensaba de su apego hacia Thomas? «¿Soy tonta al preocuparme por él?».

Él la miró fijamente por un momento y luego sacudió la cabeza, pero no dijo nada, y ambos se quedaron pensando en el corto viaje a casa de los Gallagher.

La calle estaba llena de carruajes, y los hombres ayudaban a las mujeres a salir de ellos y adentrarse en las heladas calles. Era una fiesta más grande de lo que Lydia había previsto y saberlo la hizo sentir nerviosa nuevamente.

«Buenas noches, lord y lady Lynham», dijo la señora Gallagher cuando entraron. «Qué maravilloso verlos. Me temo que mi marido está hablando allí con lord Napley, pero estoy segura de que les encontrará en algún momento de la noche. No estábamos del todo seguros de quién podíamos esperar. Hay mucha más gente en la ciudad de lo que suele ser el caso en esta época del año, pero muchos se quedan en casa. Debería haber sabido que podía contar con ustedes».

«No nos lo habríamos perdido», dijo Miles.

La señora Gallagher apretó la mano de Lydia. «Sin duda está *usted* preciosa esta noche, lady Lynham. Siempre ha sido una gran belleza; me olvido de lo hermosa que es hasta que la veo. Si no me equivoco, reconozco ese brillo que tiene». Ella sonrió con complicidad.

La propia sonrisa de Lydia vaciló y trató de reforzarla. Sabía que su intento había fracasado lamentablemente.

«Gracias por invitarnos, señora Gallagher», dijo Miles. «Siempre nos alegra tener la oportunidad de verla».

Les deseó una agradable velada y se dirigió a los siguientes invitados.

Miles cubrió la mano que Lydia tenía sobre su brazo, presionándola ligeramente en un gesto reconfortante. «Ella tiene razón, ¿sabes? *Estás* preciosa esta noche».

Ella le dirigió una mirada agradecida. La señora Gallagher se sentiría mortificada si

descubriera que su cumplido casual había provocado tal incomodidad en Lydia. Pero así era. Nadie *intentaba* hacerla sentir mal por la falta de hijos. Todos tenían buenas intenciones. Pero no podían comprender el dolor que sus palabras provocaban a su corazón o la carga que cientos de conversaciones de este tipo podrían suponer con el tiempo.

¿Llegaría el día en que la gente simplemente se diera cuenta de que lord y lady Lynham nunca tendrían hijos propios? El peso de la esperanza de todos era casi tan aplastante como el peso de la desesperación de Lydia. Si la gente pudiera resignarse a ello, ella también podría empezar a hacerlo. Y Miles también. Pero, por supuesto, sus palabras siempre debían recordarle lo que no tenía.

Respiró hondo y dejó que sus ojos recorrieran la multitud.

«¿Quieres bailar?», preguntó Miles.

«Sí», dijo ella. «Por favor». El baile tenía una forma de reavivar su ánimo y distraerla justo en la forma que necesitaba. Un baile country se estaba formando en la pista del salón, y Lydia sintió que su estado de ánimo mejoraba tan pronto como entró en el escenario. La forma en que Miles le sonrió desde el otro lado hizo que su corazón se acelerara y le hizo olvidar las palabras de la señora Gallagher.

Habían asistido a muchos bailes juntos durante el último año, pero bailar había sido poco común, generalmente solo lo hacían cuando un conocido los presionaba para hacerlo. Había sido cortés y convencional. Esta noche, sin embargo, era diferente. La mirada de Miles permaneció fija en ella todo el tiempo, y los errores habituales que cometían hicieron que Lydia se riera y le dolieran las mejillas al final del baile.

Algunas parejas se quedaron, mientras que otras se separaron de la fila para buscar un refrigerio. Miles le ofreció el brazo a Lydia y siguieron a estos últimos.

«¡Lord Lynham!».

Lydia miró y la sonrisa en sus labios vaciló. Eran lord y lady Venton, que también abandonaban la pista de baile. ¿Cómo no se había dado cuenta de que estaban entre el grupo? ¿O en la fiesta? No pudo resistirse a mirar a Miles, y él parecía tan sorprendido como ella.

«Lord Venton», dijo, inclinando la cabeza. «Lady Venton».

Les sonrió a ambos y Lydia sintió un poco de náuseas. Lydia se había preguntado si tal vez había idealizado a lady Venton en su mente, pero no. Definitivamente no lo había hecho.

«Lady Lynham», dijo lord Venton. «¿No quisiera bailar conmigo? Mi esposa dice que está demasiado cansada para otro baile más, pero sé que siempre se puede confiar en usted para acompañar a un hombre a la pista de baile».

«Oh», dijo Lydia. Nunca había bailado con ese hombre, pero después de esas palabras no sentía que pudiera rechazarlo. «Me encantaría».

«Espléndido», dijo, cediendo su esposa a Miles. «Lynham, tal vez puedas llevar a Sophia a la mesa de refrigerios. En estos días, ella siempre está deseando un bocado. Tal vez ya lo hayas oído... ella vuelve a aumentar la familia».

El estómago de Lydia se inundó con más náuseas.

«Mi madre había mencionado eso», dijo Miles, sin perder nada de su cordialidad. Lydia deseó tener su misma compostura. «Los felicito a ambos por tan feliz anuncio».

«Será mejor que ustedes dos se pongan en marcha», dijo lord Venton con un guiño a Lydia y Miles, «si tienen la intención de alcanzarnos».

Lord Venton era un caballero amable, atractivo y con quien era fácil conversar, y Lydia hizo todo lo posible por mantener su atención en él mientras bailaban. Tuvo éxito durante casi todo el primer baile, pero cuando los movimientos alejaron a Lord Venton por un momento, dejándola

parada en la fila sin nada que mantuviera su atención. Sus ojos buscaron a Miles y lo encontraron sin ningún problema.

Su estómago se apretó. Todavía seguía charlando con lady Venton. Estaban riendo, con una bebida en la mano, y se veían hermosos juntos. Mirarlos allí, a lady Venton con su estómago redondeado y a Miles luciendo particularmente guapo en esos pantalones, era casi como mirar una imagen de una realidad alternativa. Era todo lo que Miles podría haber tenido si nunca hubiera conocido a Lydia, si hubiera escuchado a su madre y a su padre y hubiera hecho lo que había planeado hacer.

Un brazo rodeó el de Lydia, ella parpadeó y volvió corriendo al baile, agradecida de que lord Venton se estuviera divirtiendo demasiado como para notar las vergonzosas lágrimas en sus ojos.

Diecisiete

Septiembre de 1810

Miles odiaba ver a su padre de esa manera: la respiración ronca, las mejillas hundidas, la tos seca que hacía que Miles apretara los puños por temor a que su padre nunca lograra recuperar el aliento.

Estaba en el borde de su asiento, con un vaso de agua listo, pero su padre lo rechazó con un gesto cuando finalmente logró dejar de toser, dejándose caer sobre las almohadas detrás de él y luciendo más cansado y agobiado que nunca.

«Ayúdame a acostarme», le dijo, y Miles dejó el vaso de agua y se apresuró a ayudar a su padre a acostarse más en la cama. «Ya es hora, Miles», dijo.

Miles tragó. No estaba preparado para esto. ¿Estaba uno alguna vez dispuesto a despedirse de uno de sus padres?

«Es hora de que Lydia y tú se tomen en serio lo del heredero», continuó su padre, con los ojos todavía cerrados. «No es prudente posponerlo».

Miles parpadeó sorprendido y se debatió por un momento sobre cómo responder. No era como si él y Lydia hubieran estado evitando tener un hijo. Pero tal vez ahora necesitaban tomar las cosas más en serio, fuera lo que fuese lo que eso significara.

«Tenía la esperanza de que la sucesión estuviera segura cuando yo muriera. Pero…». El ceño de su padre se frunció. «Prométeme que no te demorarás más».

«Lo prometo, padre», dijo Miles con un nudo en la garganta. Sus hijos nunca conocerían a su abuelo.

«No tengo ninguna duda de que tú y él me harán sentir orgulloso», dijo su padre. «El séptimo y octavo de los barones Lynham. Una sucesión ininterrumpida». Respiró a través del atisbo de una sonrisa, como si la perspectiva le trajera una sensación de paz.

El presente

Miles esperaba que la sonrisa que lucía ocultara su impaciencia mientras miraba hacia el suelo del salón de baile. Venton le había pedido a Lydia que lo acompañara en los dos bailes más largos de la noche.

No es que le importara hacerle compañía a Sophia. Siempre se habían llevado muy bien;

nunca habría considerado casarse con ella si no fuera por ese hecho. Tampoco le envidiaba la alegría de una vida que parecía alcanzar cada hito y éxito con la precisión mecánica de una Diligencia de Correo.

Simplemente envidiaba su situación y sus logros. Quería lo mismo para él y Lydia.

Miró a Lydia de nuevo. Quizás nunca se había visto tan hermosa como ahora, pero había algo mal, algo en su sonrisa que no era del todo auténtica. Si tan solo pudiera ser él quien arreglara eso. Pero nada de lo que hacía parecía ayudar, al menos no por más de un momento. Cada vez que pensaba que estaban llegando a un punto de inflexión, resultaba que no era así y ella se alejaba de él nuevamente. Temía que, en algún momento, ella pudiera hacerlo para siempre.

«¿Han pasado usted y lady Lynham una agradable Navidad?», preguntó Sofía. «A pesar de este terrible frío, quiero decir. Sin duda, ha obligado a muchas personas a cambiar sus planes. Tenía entendido que tenían intención de pasar la Navidad en Staffordshire».

Él asintió. «Eran los mejores planes, ya sabe. Pero de todos modos hemos conseguido entretenernos aquí en la ciudad. Las hermanas de mi esposa se unieron a nosotros y ellas... bueno, digamos que ellas mismas nos entretienen bastante bien».

La boca de Sophia se dibujó en una sonrisa. «Si se parecen en algo a lady Lynham, solo puedo imaginar que habrán alegrado enormemente la temporada».

El baile finalmente terminó, pero Lydia fue detenida por un amigo en su camino, por lo que Venton llegó solo a recuperar a su esposa. Le agradeció a Miles por dejarla bajo su cuidado y los dos se retiraron a una parte diferente del salón.

Una mano golpeó el hombro de Miles y él se giró, ahogando un suspiro cuando se encontró con George Hewitt y Edward Parry, amigos de Harry. Hewitt era un compañero de conversación aburrido. Se imaginaba bastante entretenido, pero la verdad era que simplemente era molesto. Y en cuanto a Parry, ciertamente era preferible a Hewitt, pero solo ligeramente. Miles no podía entender por qué Harry insistía en mantener esa compañía. Trató de ser amable con ellos por el bien de su hermano, pero ambos eran tontos.

«¿Por qué tienes esa cara de viernes, Lynham?», preguntó Hewitt, apretando el hombro de Miles y sacudiéndolo ligeramente.

«Seguramente no es una cara de viernes», Miles apartó la mano de Hewitt e hizo un esfuerzo por parecer más agradable. Normalmente era mejor ocultando lo que sentía.

«Una cara de viernes innegable», respondió Hewitt. «Aquí». Tomó el vaso vacío de la mano de Miles y lo dejó en la bandeja del lacayo que pasaba, quien se detuvo para que Hewitt pudiera tomar tres vasos nuevos. Le dio uno a Miles y otro a Parry.

«¿Qué es eso que oímos de un bebé en tu casa?», preguntó Parry.

Miles sintió un renovado deseo de estrangular a su hermano. ¿Por qué tenía que insistir en difundir la noticia entre personas como Hewitt y Parry? Si lo sabían, era probable que todo Londres ya estuviera enterado.

Se encogió de hombros, esperando que su indiferencia los convenciera de que era un asunto de muy poca importancia como para pensar en ello. «Lo encontramos en la Feria en el Hielo y no podíamos dejarlo allí quedándonos con la conciencia tranquila. Parece haber sido abandonado por su madre».

«Ah. Mucho mejor de lo que había oído».

Miles se volvió para mirarlo, pero Hewitt estaba mirando alrededor del salón de baile. Le guiñó un ojo a alguien.

«¿Y qué, si puedo preguntar, fue lo que escuchaste?», dijo Miles.

Hewitt dejó caer su vaso. «Pensé que tal vez esperabas hacerlo pasar como si fuera tuyo». Le

guiñó un ojo a Miles y Parry se rió entre dientes.

«¡Qué hazaña sería esa!», Parry gritó. «¡El mocoso de un extraño en la fila para la Baronía Lynham!». Se dio una palmada en el muslo divertido. «¡Ojalá lo *hubieras* hecho, Lynham! Sería una buena broma verte engañar a la *alta sociedad* con semejante truco».

«Mejor que tu padre no esté aquí para ver tal cosa, ¿eh?», Hewitt dijo con un golpe con el codo en el costado de Miles. «A él no le habría hecho ninguna gracia, ¿verdad?».

«Difícilmente», dijo Miles, con la esperanza de sofocar cualquier motivo que los dos hombres pudieran tener para creer que Miles deseaba seguir discutiendo sobre el tema.

Parry inclinó la cabeza de un lado a otro, como si estuviera considerándolo. «No, supongo que no. Y tampoco querríamos hacerle a Harry ese broma. ¡No cuando tiene la oportunidad de ganarse el título!».

«Muy cierto», respondió Hewitt.

Miles sintió el pulso en el cuello. La mayor parte del tiempo, sus bromas eran inofensivas, pero esta noche tenían algo que Miles no quería admitir.

«Te vi hablando con lady Venton», dijo Parry, señalando en su dirección con su vaso.

«Tus poderes de observación son formidables, Parry», dijo Miles con sarcasmo.

«Gracias», dijo Parry, pasando por alto el insulto. «Ahora, *ahí hay* una pareja que tendrá más hijos de los que sabrán qué hacer con ellos si siguen como van».

Hewitt se rió entre dientes. «Es como Jacobs solía decir sobre él y su esposa, ¡solo necesitan mirarse para tenerla embarazada una vez más! Ya son seis, aunque cuatro de ellas son niñas, ¿sabes?». Sacudió la cabeza como si esto fuera motivo de lamento. «Tal vez te prestarían a uno de los chicos, Lynham. Me imagino que tendrán algunos más para cuando terminen».

Miles apretó los puños y sonrió con los dientes apretados. «Y tal vez puedan prestar una hija a cada uno, ya que tengo serias dudas de que alguno de ustedes pueda encontrar una mujer que los tenga sin una dosis adicional de persuasión. Buenas noches, caballeros».

Caminó hacia las puertas francesas que daban a la terraza. Estaban cerradas, hacía demasiado frío afuera para dejarlas abiertas, pero Miles necesitaba un poco de aire, así que tiró de una manija y salió.

Respiró hondo, concentrándose en cómo se sentía el aire gélido que bajaba por su garganta hasta sus pulmones. Era una tontería por su parte dejar que los parloteos estúpidos de Hewitt y Parry lo molestaran. ¿Por qué debía importarle lo que alguien pensara de él o de Lydia? ¿O Thomas, en todo caso? No era asunto suyo.

Pero a él *sí* le importaba. ¿Y escuchar hablar sobre la sucesión Lynham como si Harry fuera el heredero aparente y no el heredero presunto? Era una prueba de que la gente veía a Miles como un fracaso.

Y las cosas que sin duda se decían acerca de que habían acogido a un bebé...

Cerró los ojos con fuerza ante la forma en que le dolía el orgullo y pensó en la carta que había recibido ese mismo día de su madre. Ella le había informado que había encontrado una solución para Thomas.

No se lo había dicho a Lydia. No estaba seguro de cómo hacerlo. Ya podía prever la consternación en sus ojos.

La puerta se abrió con un chirrido y se giró para ver a Lydia salir. Ella se estremeció y se subió los guantes largos para cubrir el espacio entre ellos y sus mangas.

«¿Qué estás haciendo aquí afuera, Miles? Hace frío». Ella buscó su rostro y disminuyó la velocidad. «¿Qué pasa?».

«Nada», dijo, sacudiendo la cabeza. Él no la molestaría con los chismes. «¿Nos vamos? Creo

que ya me he hartado de bastante compañía».

Ella le sonrió y asintió. «Me gustaría».

Dieciocho

Regresaron al interior entre la multitud, Miles arrastrando a Lydia, obviamente impaciente por irse. A quienes lo saludaban, ofrecía un gesto de asentimiento y una sonrisa. En condiciones normales, se detendría y dedicaría uno o dos minutos para conversar, pero no esta noche.

Lydia tragó y miró a lady Venton por última vez. ¿Había sido su conversación con ella lo que le había provocado el deseo de marcharse? ¿Era demasiado doloroso estar en su presencia, sabiendo lo que podría haber tenido, pero a lo que había renunciado?

Lydia dejó escapar un gran suspiro mientras se acomodaban juntos en el asiento del carruaje.

«Exacto», dijo Miles.

Ella no respondió, demasiado insegura sobre lo que su estado de ánimo significaba como para saber qué podría agravarlo. El único sonido era el de los cocheros llamándose entre sí mientras el carruaje se alejaba cuidadosamente de la casa de los Gallagher, seguido por el ruido de las ruedas del carruaje y de los cascos de los caballos en las calles adoquinadas.

«Mañana marca el comienzo de un nuevo año», dijo Miles después de uno o dos minutos de silencio.

«Así es, ¿cierto?». Por lo general, esperaba con ansias la perspectiva de un nuevo año, pero lo único que podía sentir era ansiedad ante la idea de lo que podría traerle 1815. Había perdido la confianza en el futuro.

«Antes de que nos demos cuenta, será la Epifanía», dijo él.

Ella lo miró, tratando de entender por qué mencionaría ese día específicamente. Él también la estaba mirando.

«Acordamos que intentaríamos encontrar una solución para Thomas antes de la Noche de Reyes», dijo, «y me temo que no he hecho ni una sola averiguación sobre el asunto».

Los músculos de Lydia se tensaron. «Bueno, no necesariamente fijamos la fecha en piedra. Simplemente dijimos que probablemente deberíamos poder encontrar algo para entonces».

Él entrecerró los ojos hacia ella, como si estuviera tratando de ver a través de sus palabras. «No podemos posponerlo indefinidamente».

Hizo una pausa antes de responder. Había sido una tontería esperar que las cosas salieran así, una intención que nunca se materializó. Pero ahora se daba cuenta de que lo había esperado. En el fondo, había esperado que Miles se encariñara tanto con Thomas como ella, que no quisiera separarse de él en absoluto, que se olvidara por completo de buscarle otro hogar.

«No, supongo que no», dijo con un nudo en la garganta.

Por supuesto que no era lo que deseaba. No solo quería un bebé. Quería un heredero. Y, por mucho que se preocupara por Thomas y quisiera lo mejor para él, Thomas nunca podría ser su heredero.

ERA un final solitario para un año solitario, y en lugar de dejar que Thomas durmiera en su cuna, Lydia lo llevó a la cama con ella, para que durmiera donde él y Miles habían dormido apenas tres noches antes.

¿Cómo soportaría la soledad cuando Thomas ya no estuviera ahí? Ella reprimió la emoción en su garganta mientras contemplaba sus largas y rizadas pestañas.

«Ojalá pudieras quedarte», dijo en un susurro, y su aliento alborotó algunos de los finos pelos que asomaban por la gorra que llevaba en la cabeza.

La baronesa viuda había prometido acompañarlos a tomar el té la tarde siguiente, y cuando Lydia escuchó la voz de su suegra procedente del piso de abajo, se estremeció. Había esperado que ella y la baronesa viuda lograran llevarse mejor, pero en cambio, se estaba volviendo más difícil a medida que pasaba el tiempo.

«¿Y cómo estuvo la fiesta de los Gallagher anoche?», le preguntó a Miles mientras Lydia servía el té. Mary y Diana se habían negado a unirse a ellas y Lydia las envidiaba.

Apenas sabía cómo responder a la pregunta de la viuda, por lo que agradeció que Miles interviniera. «Estuvo… más lleno de lo que esperaba. No nos quedamos mucho tiempo».

La viuda miró a Lydia, señalando sus brazos con un movimiento de cabeza. «Qué extraño verte sin ese bebé en brazos. Entonces, ¿encontraron un lugar para él?».

Lydia sintió que su corazón comenzaba a latir más rápidamente. «No. Le pedí a Jane que lo acostara a dormir antes de que yo bajara».

«Ya veo». Ella sonrió de una manera que Lydia consideró condescendiente, casi como si sintiera lástima de ella. «Bueno, estoy segura de que Miles te dijo que quizás haya resuelto la situación para el pequeño Thomas».

Lydia miró a Miles, que se miraba las manos con el ceño fruncido. ¿Intervendría él y le diría a su madre que no necesitaban que ella asumiera la tarea?

«Estoy esperando recibir noticias», continuó. «Pero tengo la esperanza de que funcione y, por supuesto, les informaré tan pronto como lo sepa».

Miles parecía estar evitando la mirada de Lydia, y ella hizo todo lo que pudo para agradecer a su suegra y cambiar de tema lo más rápido posible.

Cuando llegó el momento de despedir a la baronesa viuda, Lydia y Miles la acompañaron hasta la salida. Lydia esperó a que se cerrara la puerta detrás de su suegra, luego se giró sin mirar a Miles y subió las escaleras.

«Lydia», dijo, siguiéndola.

Se volvió hacia él una vez que llegó a lo alto de las escaleras, tratando de respirar de manera uniforme. Su paciencia se había agotado después de una hora con la baronesa viuda, y descubrió que su pecho subía y bajaba rápidamente. Estaba frustrada con Miles... con su silencio. Con el hecho de que no le había dicho nada sobre la intromisión de su madre a pesar de su conversación la noche anterior sobre encontrarle un hogar a Thomas.

Él observó el último escalón, buscando su rostro. «Estás enojada».

Ella no dijo nada en respuesta. De todos modos, no era una pregunta. Era una declaración. Y era verdad.

«¿Es porque mi madre encontró un lugar para Thomas?».

«¿Cuando le dijiste que no necesitábamos su ayuda en el asunto?», preguntó Lydia. «Sí, eso es parte de ello».

«Pero solo una parte…», dijo lentamente él, buscando su rostro.

«Una vez más, le permites…», se detuvo, dejando escapar un suspiro por la nariz y mirando hacia otro lado. «Ya hemos discutido esto. No tiene mucho sentido volver a hacerlo».

Él hizo un sonido de incredulidad, pero ella estaba cansada de sentir que tenía que rogarle para que diera la cara por ellos ante su madre. Ya lo había dicho antes, no le importaba llevarle la contraria a su madre. Preferiría permitirle rienda suelta para evitar herir sus sentimientos o confrontarla, incluso si eso significara causarle dolor a Lydia.

«No dijiste nada cuando ella mencionó la solución para Thomas», dijo Lydia. «¿Supongo que eso significa que lo deseas?».

«¿Supongo que no?».

Ella tragó saliva y él la miró fijamente.

«Quieres quedártelo, ¿verdad?», preguntó él.

Las fosas nasales de Lydia se dilataron y sus ojos ardieron. «Y tú quieres deshacerte de él lo antes posible, ¿no?».

Él levantó las manos, como si intentara defenderse de un animal atacante. «Lo único que me preocupa es lo mejor para Thomas. *Sabes* que me preocupo por él».

«¿Pero?».

Su mandíbula se movió de un lado a otro. «¿Sabes lo que dicen de él? ¿Sobre nosotros?».

«¿Quién?».

Levantó las manos. «La ciudad».

Sintió que una náusea se instalaba en la boca del estómago. Odiaba saber que la gente hablaba de ellos. «Estoy segura de que no me importa lo que la gente elija decir o creer al respecto».

«Entonces eres mejor que yo, porque a mí sí me *importa*. Ojalá no fuera así». Puso una mano en sus caderas y se frotó los labios con la otra.

«¿Qué importan sus opiniones, Miles? ¿No es Thomas más importante que los chismes de personas tan aburridas de sus propias vidas que insisten en hablar de las vidas de los demás? ¿No sientes cuán completamente necios son los rumores comparados con asuntos más importantes, como el bienestar de un niño inocente?

Cerró los ojos y sacudió la cabeza de un lado a otro. «No es tan fácil ni tan sencillo, Lydia. Como dije, quiero lo mejor para Thomas. Realmente lo quiero. Pero es como una puñalada en el corazón cada vez que te veo adulando al hijo de un extraño cuando pareces haber perdido la esperanza de tener uno propio. Y luego enfrentar la humillación de ir entre amigos, como hicimos anoche…».

Apretó las manos para contrarrestar la punzada de su corazón. «Dices amigos, pero eso no es lo que quisiste decir, ¿verdad?».

Sus cejas se contrajeron. «¿Qué?».

«Solo puedo pensar que tu humillación y la razón por la que deseabas irte tan rápido anoche fue por el tiempo que pasaste con *ella*».

Su ceño se hizo más profundo. «¿Ella? ¿Te refieres a lady Venton?».

Lydia tragó saliva. «La mujer con la que desearías haberte casado. Estoy segura de que es humillante para ti que ella te vea teniendo a una esposa estéril». Se detuvo antes de que su voz pudiera quebrarse y traicionarla. «Pero quizás tengas razón al desear deshacerte de Thomas. ¿Cómo podemos meter a un niño en *esto*?». Ella señaló el espacio entre ellos. «Casi nunca hablamos. ¿Cómo podríamos criar a un niño juntos?».

Se apresuró a entrar en su habitación antes de que sus emociones pudieran apoderarse de ella.

Diecinueve

Miles caminó hasta su habitación y permaneció un rato dentro con la puerta cerrada, aturdido, tratando de determinar qué estaba sintiendo exactamente.

Estaba frustrado por su insistencia en que no tenía sentido discutir las cosas juntos. Ella había usado las mismas palabras cuando él la invitó a su habitación hace apenas dos noches. *Sin propósito.* ¿Cómo iba a cambiar algo entre ellos si ella pensaba que no tenía ningún sentido hablar, que no había ningún propósito en estar cerca el uno del otro?

Pero lo más importante en su mente era su referencia a lady Venton. *La mujer con la que desearías haberte casado*, había dicho. ¿Es eso lo que ella realmente pensaba?

¿Le había dado motivos para hacerlo? Nunca hablaba de Sophia, y por una buena razón. Ni siquiera pensaba en ella, excepto cuando la veía en alguna que otra fiesta o reunión. Pero, incluso entonces, ciertamente no deseaba haberse casado con ella. Simplemente la envidiaba. Quería ver a Lydia tan contenta con la vida como parecía estarlo Sophia. Eso era todo.

Se frotó las sienes con los dedos dejando escapar un gran suspiro. Lydia necesitaba saber que estaba equivocada y debía oírlo de sus labios.

Con la mano ligeramente temblorosa mientras se acercaba a la puerta que conectaba sus dormitorios, llamó suavemente. ¿Siquiera respondería?

La puerta se abrió y Miles pudo ver evidencia de lágrimas enjugadas rápidamente. Verla le dolía en el pecho. ¿La había hecho tan miserable? Al parecer, era todo lo que había estado haciendo durante mucho tiempo.

«Lydia», dijo en voz baja, extendiendo una mano hacia su mejilla.

Ella se echó hacia atrás ligeramente y su garganta se sacudió mientras sus ojos se llenaban aún más.

Dejó caer la mano. «¿Quieres entrar?». La cautela en sus ojos se hizo evidente de inmediato y él trató de no concentrarse en su propio dolor. «Solo quiero hablar», dijo él.

Ella dudó por un momento y luego él pasó, volviéndose ella hacia él una vez que cerró la puerta.

«Lydia, yo...». Apretó los labios, sin saber cómo comunicar lo que necesitaba decir. Estaban tan fuera de práctica, tan poco acostumbrados a expresar emociones entre ellos. Pero podía sentir que su matrimonio se estaba desmoronando y tenía que superar sus dudas para ser vulnerable si tenía alguna posibilidad de salvarlo.

Ella tenía los brazos cruzados, no de manera desafiante sino casi como si estuviera tratando de consolarse a sí misma, de protegerse.

«Cuando decidimos casarnos», dijo él, «estaba decidido a que nunca deberías arrepentirte de tu decisión. Te colmaría de amor, atendería todas tus necesidades y no te daría motivos para

quejarte de mí como marido. Como padre de tus hijos». Se tragó la emoción con determinación y se miró las manos entrelazadas frente a él. «He fracasado en todos los aspectos».

Hubo silencio, el único sonido que lo rompió fue un sollozo.

«Pero quiero que sepas que no es por falta de amor hacia ti, Lydia». Él la miró. «Nunca me he arrepentido de haberme casado contigo. Tampoco he deseado nunca casarme con lady Venton. *Debes* creerlo».

Ella cerró los ojos y más lágrimas corrieron por sus mejillas.

Dio un paso hacia ella y luego se detuvo. Él le había prometido que solo deseaba hablar, y no le daría motivos para pensar que había dicho tal cosa para manipularla y que lo dejara entrar. «Si te he dado razones para creer tal mentira, no sé cómo podré perdonarme a mí mismo». Apretó los puños para mantenerse en su lugar. «Dime que me crees, Lydia. Dime que no he sido un marido tan terrible como para creer que mi corazón está en cualquier lugar menos contigo».

Se le escapó un pequeño sollozo y corrió hacia él, rodeándolo con sus brazos.

Aturdido, la recibió con alegría y luego cerró los ojos y le dio un beso en la parte superior de la cabeza mientras la abrazaba. «Dime que no te he perdido».

Ella no dijo nada, pero su cabeza se sacudió de un lado a otro contra su pecho, sus brazos lo atrajeron hacia ella como para hacer eco de sus palabras no dichas.

Se quedaron allí, abrazados, Miles acariciándole el pelo, durante lo que pareció una eternidad. Todavía no era suficiente para recuperar todo el tiempo que habían perdido.

Finalmente, ella apartó la cabeza y lo miró con los ojos aún brillando con los restos de sus lágrimas. Pero ahora había en ellos un atisbo de esperanza y alegría.

Se puso de puntillas y Miles encontró sus labios con los suyos suavemente. No quería abrumarla, aunque lo único que quería era tomarla en sus brazos y despejar cualquier duda sobre lo que sentía por ella. Sus labios se posaron uno contra el otro, rozándose suavemente de modo que los labios de Miles hormiguearon. Ella se apartó un poco y Miles abrió los ojos para mirarla y ver si ya se estaba arrepintiendo del beso.

Pero tenía los ojos cerrados, como si lo estuviera saboreando. Ella los abrió lentamente y su mirada buscó la de él antes de rodearle el cuello con un brazo y acercar sus labios a los de ella, tan insistentes y exigentes como el beso anterior había sido tímido y suave. Su mano pasó del cuello de él hasta las solapas de su abrigo, jalándolas por un momento para acercarlo y luego apartándolas como si quisiera quitárselas.

Miles se apresuró a ayudarla, se quitó el abrigo bajándolo por los hombros y por sus brazos, con la boca todavía fija en la de ella.

El abrigo cayó al suelo y él se echó hacia atrás, recuperando el aliento. No podía dejarse llevar, por mucho que quisiera, no si eso ponía en peligro el futuro.

Dio un paso atrás, necesitando la claridad que le brindaba la distancia. «Lydia. No deseo que... te sientas... presionada».

Sus mejillas y labios se sonrojaron y dio un paso hacia él. «Deseo esto».

Él buscó su rostro, luego asintió lentamente y ella dio otro paso hacia él.

MILES SE MOVIÓ y sintió un beso en la frente. Frunció el ceño y abrió los ojos lentamente, su visión se llenó con el rostro de su esposa, mirándolo.

Ella sonrió con un atisbo de timidez en el movimiento de sus párpados, y él le llevó una mano a la barbilla y la atrajo hacia él para darle un beso.

«¿Cuánto tiempo llevas despierta?», preguntó él, mirando la luz que entraba por las cortinas. Aterrizaba con rayos brillantes sobre los restos de la vajilla que habían pedido que les trajeran la noche anterior. Diana y Mary debieron haber cenado solas abajo.

«Solo unos minutos», respondió Lydia. «Me pareció escuchar a Thomas llorar, pero no quería dejarte todavía».

Él sonrió ampliamente y luego se quedó quieto, aguzando la oreja. «Sí, ciertamente es él. Lo que daría yo por unos pulmones como los suyos».

Lydia se llevó la sábana mientras rodaba hacia el otro lado de la cama. «No quiero que Jane vaya a mi habitación, porque no me encontrará allí».

Miles tomó su mano y la empujó hacia la cama. «No, ciertamente no lo hará. Al menos no, si tengo algo que decir al respecto».

Lydia se rió y le permitió acercarla hacia él.

«Jane puede alimentarlo, ¿no?», dijo entre besos.

Se apartó de nuevo, cogió algo del suelo y se puso la camisola. «Me temo que Thomas se está volviendo más exigente con respecto a quién le da de comer. Parece preferir que lo haga yo por las mañanas». Ella envolvió el resto de su ropa en sus brazos y lo miró. «Puedo traerlo aquí si quieres».

Miles sonrió y asintió, y Lydia corrió hacia la puerta que conducía a su habitación.

Cuando la puerta se cerró, Miles se recostó en la almohada con un suspiro. Podría haberse quedado allí toda la mañana a solas con ella. En realidad, indefinidamente.

Unos minutos más tarde, Lydia regresó, con Thomas sentado en un brazo y la botella sostenida precariamente en la otra mano. Miles le hizo un gesto para que se aliviara de una de sus cargas y ella le permitió tomar la botella.

Se deslizó en la cama, dejando espacio para que ella se sentara a su lado, y juntos alimentaron a Thomas. El bebé estaba de un humor especialmente hablador una vez que terminó con el biberón, y se sentó en la cama, llevándose las mantas y todo lo que estuviera a su alcance a la boca.

«No puedes comer eso, querido», dijo Lydia, su mano flotando detrás de su espalda para estabilizarlo. «Debería haber pensado en traer tu sonajero. Lo prefiere por encima de cualquier otro juguete que le hayan ofrecido».

«Puedo ir por él», dijo Miles. «¿Dónde está?».

Lydia apartó las mantas de Thomas una vez más, sonriéndole. «No puedo recordarlo con precisión. Quizás lo puse sobre el escritorio de mi habitación».

Miles se puso rápidamente la camisa y los pantalones y corrió a su habitación, yendo directamente a su escritorio. Allí no había ningún ruido. Solo el tintero y el soporte para plumas habituales.

Sacó el cajón grande y una botella de vidrio rodó hacia él. Un olor a menta pasó rápidamente y empujó la botella a un lado, pero su mirada se fijó en la palabra en la etiqueta. *Poleo*.

Hizo una pausa, mirando la palabra, tratando de recordar cómo la conocía. Cogió la botella y la giró entre sus manos, descorchando la tapa, lo que liberó otra bocanada de aroma a menta.

Se quedó helado. Poleo. Ahora lo recordaba. Fue su madre quien se lo había mencionado. Una forma de prevenir el embarazo.

Su respiración comenzó a acelerarse mientras miraba fijamente la palabra. En ese momento había desestimado las palabras de su madre. ¿Qué había dicho en respuesta? Algo acerca de que Lydia deseaba tener un hijo más que nadie que él conociera.

El tragó saliva. ¿Se había equivocado? ¿Había sido una actuación? ¿Una forma de engañarlo

sobre sus verdaderos sentimientos, sus verdaderos deseos?

Su estómago se revolvió ante la idea y dejó el frasco apresuradamente, como si fuera tóxico. Y aparentemente eso era. ¿Era esta botella la verdadera razón por la que no habían podido concebir? Las náuseas se acumularon en su estómago, tratando de viajar hasta su garganta, y las obligó a bajar con un doloroso trago.

Tenía que haber otra razón.

El sonajero no estaba en el cajón. Solo el poleo y una carta, en la que sus ojos se clavaron. No reconoció la escritura en la que estaba escrito el nombre de Lydia y solo dudó un momento antes de sacar la carta del cajón. Quizás eso explicaría el poleo. Cualquier cosa que le ayudara a entender por qué tenía tal cosa en su poder.

Desdobló la carta y dejó que su mirada se dirigiera primero a la firma en la parte inferior.

James Coates

Coates & Lamming, Abogados

Miles los conocía por su nombre, pero eso era todo. ¿Por qué mantendrían correspondencia con Lydia?

Sus ojos recorrieron lo más rápido que pudieron el contenido de la carta, la presión aumentó en su pecho mientras contenía la respiración. Las palabras cortaron su corazón como una guadaña a los cultivos secos.

Estaba vagamente consciente del sonido de pasos que se acercaban.

«¿Miles? ¿No está ahí? Me pregunto si tal vez Jane no...», Lydia se detuvo en el umbral de su habitación, con Thomas en brazos y los ojos fijos en el papel que Miles sostenía.

Veinte

El dolor en los ojos de Miles estaba tan en desacuerdo con la cálida satisfacción que había visto en ellos apenas unos minutos antes, que Lydia no pudo hacer nada más que quedarse quieta por un momento. Sin embargo, ella sabía qué carta tenía entre manos y era evidente que ya la había leído.

Thomas agarró su mejilla con un gesto de frustración y la expresión de Miles se endureció, el dolor fue reemplazado por un brillo acerado.

«Miles», dijo, sujetando la mano de Thomas para evitar que repitiera su gesto. «Fue por ti que pregunté».

Dobló la carta y la guardó de nuevo en el cajón, metiéndola bajo el borde de la botella de poleo lenta y metódicamente. Cuando habló, su voz era tranquila pero dura. «Me acusas de arrepentirme de nuestro matrimonio y, sin embargo, descubro que has estado preguntando a un abogado cómo obtener el divorcio... ¿o la anulación?».

Ella sacudió la cabeza y caminó hacia él rápidamente. «No porque quisiera uno», dijo. «Solo porque pensé que *tú* lo querías. Porque pensé que merecías algo mejor de lo que yo podía darte... de lo que te *he* dado».

Volvió a mirar hacia abajo y movió la mandíbula mientras tomaba el frasco de poleo que tenía en la mano. «¿Y esto? ¿No es ésta la razón por la que no has podido darme lo que dices que merezco? Solo puedo asumir que te refieres a un heredero».

Ella parpadeó confundida. «¿Qué?».

Tragó, la primera evidencia de que estaba sintiendo alguna emoción excepto ira. «¿Has estado previniendo el embarazo con esto? ¿Y luego has preguntado al abogado si se podría obtener el divorcio si nuestro matrimonio no hubiera tenido descendencia?».

Le tomó un momento comprender de qué la estaba acusando. «Miles, yo...».

«Qué decepcionante debió haber sido descubrir que, después de todo, algo así no era motivo de divorcio o anulación». Dejó el frasco sobre el escritorio con un ruido metálico.

La sorpresa de Lydia comenzó a transformarse en dolor y en ira a la altura de la suya.

«Haces muchas suposiciones sobre mí», dijo ella.

«Quizás sí. ¿Pero cómo voy a hacer algo más cuando me has evitado durante casi un año?». Movió la carta con un dedo y ésta se deslizó más por el escritorio, acercándose al borde. «Entonces, ¿qué? ¿Tomaste en consideración el consejo del Sr. Coates? Dejó bastante claro que el adulterio era la única salida a un matrimonio como el nuestro. ¿Seguiste *ese* camino cuando se hizo evidente que el poleo no era suficiente para concederte el divorcio?».

Su cara se arrugó y dio un paso atrás. «¿Cómo te atreves?». Thomas gimió en sus brazos.

Solo hubo un leve destello de vacilación en su rostro ante sus palabras. Nunca lo había visto

tan duro y frío.

«¿Cómo me atrevo?», preguntó él. «Obviamente has estado guardando una serie de secretos. ¿Cómo puedo saber de qué tipo y cuántos? ¿Merezco saber, en verdad, si mi esposa me ha sido infiel?».

Le tomó a ella un momento responder, tan cerca estaban sus emociones de abrumarla, de desbordarse. «Nunca he *pensado* en otro hombre ni siquiera de esa manera, y el hecho de que me hicieras esa pregunta me dice que no me conoces en absoluto». Thomas empezó a llorar y ella lo meció, aunque sus movimientos bruscos delataban su ira. «Thomas está llorando. Tengo que irme».

«Oh, sí», dijo. «Por supuesto que tienes que hacerlo, porque ¿qué más hay en este mundo además de Thomas?».

Miró a Miles por un momento y luego se dio la vuelta.

«Si hoy estamos hablando de cartas», dijo Miles en voz más alta, «entonces quizás debería *informarte* que mi madre me escribió. Recibió la confirmación de que Thomas será acogido por la familia que encontró».

Lydia lo miró, tragando convulsivamente y mirando el rostro enrojecido e infeliz del bebé en sus brazos. Volvió a mirar a Miles, pero no pudo encontrar palabras para responderle y se giró para salir de la habitación. Pero se detuvo de nuevo en la puerta, deteniéndose con la mano sobre ella. «En el improbable caso de que quieras escuchar la verdad en lugar de asumir lo peor de mí, el poleo está destinado para usarlo para recuperar mi menstruación, ya que no la he tenido en meses».

Abrió la puerta y salió al pasillo, cerrándola con un portazo que inmediatamente provocó un sollozo desde algún lugar muy dentro de ella. Quedó oculto por los gritos cada vez más fuertes de Thomas, cuyo labio inferior formaba un puchero y temblaba en una expresión que le desgarró el corazón. Estaba asustado. Quizá no había entendido lo que se decía, pero sin duda había sentido la tensión.

«Ya, ya, mi amor», dijo, apoyando su rostro contra el de él y forzando una respiración profunda que tembló mientras llenaba sus pulmones. «Lamento haber gritado. No estoy enojada contigo. Por supuesto que no. Nunca podría estarlo». Ella se alejó de la puerta. No quería enfrentarse a Miles si salía de la habitación.

«¿Lydia?». La voz de Diana sonaba preocupada.

Lydia se secó apresuradamente las lágrimas de sus mejillas, pero si Diana se acercaba más, no podría ocultar que estaba llorando. Y se acercó más, lo hizo. Lydia mantuvo su atención en Thomas, fingiendo la necesidad de reorganizar su ropa. Estaba empezando a llorar de nuevo; no era un llanto de hambre ni de cansancio, sino de malestar. Casi herido.

Pero Diana no se dejó engañar. Miró a Lydia, la rodeó con un brazo y la guió hacia su dormitorio. «Ven, mi amor».

Lydia no tuvo la fuerza de voluntad para resistirse y pronto estuvo en la habitación de Diana, la ayudaron a llegar a la cama, donde se sentó con Thomas en su regazo, ambos llorando. Diana cogió la almohada con borlas que estaba encima de la colcha y se la entregó al bebé. Su llanto se detuvo y Diana rodeó a Lydia con su brazo y acarició su brazo.

«¿Problemas con Miles?», preguntó suavemente.

Lydia la miró. «¿Cómo supiste?».

«Oh, Lydia», dijo con expresión de dolor. «Te conozco. Y he estado con ustedes dos lo suficiente como para saber que algo anda mal».

Lydia dejó escapar un suspiro y cerró los ojos. «¿Era tan obvio?».

Diana hizo una mueca. «¿Es este pequeño la causa de su pelea?». Ella le dio un apretón en la mejilla a Thomas. Estaba jugando con una de las borlas, intentando llevársela a la boca, pero en lugar de eso le hizo cosquillas en la nariz. Su reacción de desconcierto provocó una sonrisa triste en los labios de Lydia. Pero pronto se desvaneció.

«Cuéntamelo todo», dijo Diana. «Si quieres hablar».

Desde que se casó, Lydia nunca había confiado sus problemas a nadie más que a Miles. Su propia madre nunca había tenido problemas para concebir, y Lydia la había oído atribuir el tipo de desgracia que ella y Miles estaban experimentando al desagrado de Dios una o dos veces, lo suficiente como para hacer que Lydia se resistiera a compartir sus problemas con ella.

Con el tiempo, Lydia también había dejado de confiarle sus luchas a Miles. ¿Cómo podría hacerlo, cuando su situación era la causa fundamental de sus luchas? Si ella le hubiera contado todas sus inseguridades, él habría sido demasiado amable al decirle la verdad de sus propios pensamientos y sentimientos. Él no habría confirmado sus sospechas incluso si fueran ciertas.

Pero el resultado fue que Lydia no había tenido a nadie con quien hablar de las cosas; había sido prisionera de su propia mente y corazón y las cargas se habían ido acumulando cada vez más pesadas sobre sus hombros.

Lydia no sabía si era correcto o no confiar en Diana. Pero ya no podía guardar las cosas.

Además, difícilmente podría haber empeorado las cosas de lo que ya estaban.

Diana permaneció en silencio mientras Lydia intentaba explicar la esencia de las cosas, interrumpiéndose solo para hacer preguntas aclaratorias de vez en cuando y, una vez, buscando un pañuelo para ella. Thomas jugaba contento con su almohada, la mayor parte del tiempo, pero cuando Lydia terminó, Diana lo sostenía en sus brazos y él se estaba quedando dormido rápidamente.

«Oh, Lydia», dijo. «Lo siento muchísimo».

Lydia tragó el nudo que tenía en la garganta y sacudió la cabeza, mientras la culpa se aferraba a su frustración y dolor mientras miraba al bebé, que ahora dormía pacíficamente. «Hicimos llorar a Thomas. Lo asustamos con nuestra discusión». Resopló y se llevó el pañuelo a la nariz. «Miles quiere entregar a Thomas a otra familia».

Diana miró al bebé y se mordió el labio. «A veces me *he* preguntado si Miles no estará un poco celoso de Thomas». Miró a Lydia, quien la veía fijamente mientras su mente analizaba las palabras de Diana.

«No quiero decir esto como una crítica hacia ti, por supuesto», continuó Diana, «porque te conozco lo suficiente como para entender que nunca lastimarías a nadie intencionalmente, pero gran parte de tu atención y tu energía se han dirigido hacia Thomas durante las últimas dos semanas. Si las cosas han sido como dices entre Miles y tú, imagino que podría ser doloroso para él verte dedicándote tan plenamente a alguien a quien *acabas* de conocer». Ella levantó los hombros. «Sería un hombre realmente extraño que no hubiera comenzado a dudar de tus sentimientos hacia él después de todo lo que has pasado. Así como tú has dudado de los suyos».

Lydia jugueteó con los dedos en su regazo. *No había* sido su intención hacer que Miles se sintiera desatendido por su cuidado de Thomas. Al principio, solo había deseado salvar a Thomas de la situación en la que lo habían encontrado. Sin embargo, había sido maravilloso tener en sus brazos a un bebé tan deseado, sentir lo que había anhelado experimentar durante tanto tiempo.

Pero, aún más que eso, Thomas había calmado su soledad. Había llenado parte del vacío dejado por lo que se había convertido su matrimonio.

«No sé cómo arreglar las cosas, Di», dijo. «Ni siquiera sé si se *pueden* arreglar».

«Bueno», dijo, meciendo suavemente a Thomas mientras él se revolvía, «creo que necesitas

tranquilizarlo. A Miles, quiero decir. Él necesita saber que, por encima de todo, quieres estar con él, sin importar lo que depare el futuro. ¿No es esa tranquilidad lo que tú también deseas? ¿De lo que has estado dudando? Por supuesto, ambos quieren un hijo y un heredero. ¿Pero preferirías un heredero y un matrimonio roto con Miles a un matrimonio feliz con él y sin heredero?».

Lydia negó con la cabeza. «No».

Diana le envió una sonrisa comprensiva. «Entonces, debes decidir cómo asegurarte de que él sepa que tu lealtad está con él».

«Pero, ¿qué pasa si su interés no recae en mí? ¿Y si lo que más quiere es un heredero? ¿Y no puedo dárselo?».

Diana dio un largo suspiro. «No creo que ese sea el caso, Lydia. Él te ama. Estoy segura de eso. Pero lo han criado para considerar que tener un heredero es su deber, una medida de su éxito. Se necesita tiempo para cambiar la forma en que piensas de ti misma. Pero me imagino que podría soportar la perspectiva de que el título pase a otra persona si estuviera seguro de *tu* afecto. Debe ser realmente difícil sentir que ha perdido a un heredero y a una esposa».

Lydia se llevó una mano a la boca para que dejara de temblar. Diana tenía dolorosamente razón. En todos los esfuerzos de Lydia por proteger su propio corazón del rechazo, había rechazado a Miles. Ambos estaban de luto solos cuando habían prometido apoyarse el uno al otro.

A través de la visión borrosa de Lydia, miró a Thomas.

¿Se había convertido en una espina clavada en la carne para Miles? ¿Un doloroso recordatorio de que el afecto de su esposa estaba en otra parte?

Ciertamente, adoraba a Thomas. ¿Pero más de lo que ella valoraba su matrimonio? Quizás estaba intentando hacer las cosas al revés. Ella había asumido que tener un heredero era lo único que podía arreglar su matrimonio, pero no podían traer un niño a casa cuando su matrimonio estaba en ruinas. Bastaba mirar el efecto que sus peleas habían tenido en Thomas.

«Una cosa más», dijo Diana, «y luego guardaré silencio. Lo prometo. Recuerdo bien cómo era estar con ustedes dos mientras se cortejaban y cuando se casaron». Ella sonrió con picardía. «Era casi nauseabundo cómo el amor emanaba de ustedes dos. Recuerdo especialmente la noche antes de tu boda, hablando contigo del futuro; todavía recuerdo cómo brillaban tus ojos cuando hablabas de ello». Metió un mechón de pelo de Lydia detrás de la oreja. «Es más fácil soñar un futuro así que crearlo, ¿no?».

Lydia asintió con el corazón en la garganta. El presente no se parecía en nada a lo que había soñado, o asumido, que sería su futuro con Miles.

«Puede que tu vida con Miles no sea lo que ninguno de los dos esperaba, pero eso no significa que no haya alegría y felicidad en ella. Es simplemente una cuestión de trabajar para lograrlo, de buscar las oportunidades que se presentan a medida que otras se nos escapan de las manos. Pero primero ambos deben decidir que *desean* ese futuro. Juntos».

Lydia sabía que Diana tenía razón. Solo temía que quizás Miles ya no deseara que ella *fuera* parte de su futuro. Quizás se había hecho demasiado daño.

Necesitaba mostrarle, más allá de toda duda, que permanecería a su lado si él lo permitía, que no había ninguna razón para dudar de su amor o lealtad hacia él.

Y estaba empezando a comprender lo que eso podría implicar.

Veintiuno

Miles pasó la mañana en su dormitorio, tumbado boca arriba, contemplando los colgantes de la cama que había encima.

Había reaccionado con más ira de la que jamás había demostrado en su vida. Y él sabía por qué. El dolor se había ido acumulando en su interior desde hacía meses, incluso más. Y al ver el poleo, leer la carta del abogado... sintió como si todos sus peores temores se hubieran confirmado. No, no sus peores temores. Eran temores que nunca había considerado, porque creía conocer a Lydia demasiado bien como para siquiera contemplar esas cosas. Pero al verlos le había hecho preguntarse hasta qué punto la *conocía* realmente.

Quizá si hubiera tenido tiempo para reflexionar antes de acercarse a ella para contarle sus descubrimientos, se habría dado cuenta de que había explicaciones alternativas a aquellas a las que su mente y su corazón habían saltado.

Pero ella había entrado en ese momento, justo cuando él estaba tratando de entenderlo todo. Y él había hecho exactamente lo que ella había dicho: hacer suposiciones.

Ella le dijo que hacía meses que no tenía su menstruación. Sabía con qué cuidado ella siempre había prestado atención a esas cosas; de hecho, él también. Pero había pasado mucho tiempo desde que Miles supo el más mínimo detalle de lo que estaba sucediendo en el cuerpo de Lydia, o en la mente o el corazón, en todo caso. Y ella había estado cargando sola esta carga.

Ya no sabía qué creer. ¿Qué quería Lydia? Podía preguntárselo, por supuesto, pero había pasado tanto tiempo desde que habían sido completamente sinceros el uno con el otro en sus comunicaciones que no sabía si ella le contaría sus sentimientos plenos y honestos. Tal vez no se sintiera segura al hacerlo, especialmente después de todas las cosas horribles que él le había dicho hace un momento. Incluso si *hubiera* estado preguntando al abogado sobre el divorcio en su nombre y no en el de ella, él no la culparía si quisiera la información para sí misma ahora. Había sido un bruto. La había acusado de infidelidad, nada menos. Y sin la más mínima justificación.

Había dejado que su propio dolor lo llevara a *lastimarla*, y eso estaba muy lejos de lo que quería. ¿Cómo lo enmendaría? No lo sabía, pero tenía que intentarlo.

Pasó las piernas por el costado de la cama y caminó hacia la puerta entre su habitación y la de Lydia, golpeando la puerta. No hubo respuesta.

«¿Lydia?».

Aún nada. No había señal de ningún movimiento.

Con un trago nervioso, abrió la puerta, lo suficiente para echar un vistazo a la habitación. Estaba vacía.

La cerró y salió corriendo de su habitación. ¿Adónde había ido? Quizás estaba con Diana y

Mary. No habían sido los mejores anfitriones con sus hermanas durante los últimos días. Eso era seguro.

Pero ella tampoco estaba abajo. Tampoco estaban Mary y Diana. ¿Habían salido entonces?

Miles detuvo a uno de los lacayos en el pasillo. «¿Has visto a lady Lynham? ¿O a sus hermanas?».

«Salieron, mi señor. No han pasado ni quince minutos».

«Gracias».

El lacayo hizo una reverencia y continuó con sus deberes, y los hombros de Miles cayeron con el suspiro que dejó escapar, uno de derrota. Resultaba una prueba tener paciencia cuando tenía tantas ganas de expresar lo que había dentro de él.

Pero no le quedaba otra opción más que esperar.

Veintidós

Lydia lloró suavemente durante todo el camino hasta casa de su suegra, con Thomas en brazos, envuelto en dos mantas. Diana y Mary caminaban junto a ella, ambas en silencio, sosteniendo una pequeña bolsa con las diversas pertenencias que Thomas había recibido durante su tiempo con Lydia y Miles.

Lydia agradeció su silencio. Las palabras no podían hacer nada. Solo el tiempo sanaría esta herida.

Debería haberse preparado para ello, haber protegido más su corazón dejando que Jane se preocupara más por Thomas. No debería haberse permitido apegarse tanto. Nunca habían tenido la intención de retener a Thomas por más de un par de semanas y, sin embargo, Lydia no había podido evitar desear precisamente eso. Se había dado cuenta de que no necesitaba un hijo de su propia carne y sangre; ella solo quería un niño al que amar.

Pero sobre todo quería a Miles. Podía soportar cualquier cosa si confiaba en su amor y en su deseo de un futuro con ella.

La baronesa viuda recibió a las hermanas y a Thomas con calidez y sorpresa, y llamó para que trajeran el té directamente. Sus ojos se detuvieron bastante en Thomas, un hecho que provocó un grado adicional de vacilación por parte de Lydia.

«Me temo que no podemos quedarnos mucho tiempo», dijo Lydia mientras se sentaban.

«Oh», dijo la baronesa viuda mientras preparaba el té. Estaba claro que tenía mucha curiosidad sobre el motivo de su inesperada visita.

Pero Lydia no estaba del todo preparada para decírselo. Quería abrazar a Thomas un poco más. En lugar de eso, le hizo preguntas a su suegra sobre los hermanos de Miles, tratando de no pensar en el inminente adiós que tendría que decirle al cálido y feliz bebé que sostenía en su regazo. Sin embargo, Lydia tenía poco ánimo para conversar, por lo que agradeció haber traído a Diana y Mary con ella, ya que ellas se lo proporcionaron en gran medida.

Pero no podía posponerlo para siempre, sobre todo cuando Lydia le había asegurado a la viuda que no se quedarían mucho tiempo.

«Se ve mucho mejor que cuando lo encontramos por primera vez, ¿no?». La viuda señaló a Thomas con la cabeza y le sonrió.

Lydia solo pudo asentir.

Diana le lanzó una expresión evaluativa, como si intentara analizar si Lydia tenía intención de abordar el tema que aún habían venido a discutir.

Era hora.

«De hecho, es Thomas quien nos trae aquí», dijo Lydia, obligándose a mantener la compostura. Esto era importante. «Miles mencionó que había enviado una nota sobre la solución

que había encontrado para el niño».

La viuda asintió, con ojos vigilantes y curiosos.

«Ha sido amable al buscar algo así», dijo Lydia, incluso si *amable* no fuera la palabra que podría haber elegido. «Ciertamente no deseo molestarla más, pero me preguntaba si estaría dispuesta a hacer arreglos para que él también sea llevado allí».

Las cejas de la viuda se alzaron. «Ah, claro. Sí, por supuesto. Debería estar más que feliz de hacerlo».

Lydia tragó y trató de sonreír. «Es muy bueno de su parte. Puede que parezca extraño que desee que lo haga, pero... creo que lo encontraré más fácil cuanto menos sepa».

Diana tomó su mano y la sostuvo entre las suyas.

«Mientras sepa que lo cuidarán bien», dijo con un nudo en la garganta, «estaré contenta». Al menos esperaba que así fuera, con el tiempo. Esto era necesario. Tenía que seguir recordándose ese hecho. Por el bien de su matrimonio, esto era lo mejor. Y para Thomas también. Nunca olvidaría la mirada de miedo en sus ojos cuando fue testigo de su discusión con Miles.

«Entiendo», dijo la baronesa viuda. Se inclinó hacia adelante y puso una mano en la rodilla de Lydia. «Estás tomando la decisión correcta, querida. Espero que lo sepas».

Lydia asintió, sintiendo que sus emociones se desgastaban rápidamente.

Su suegra la miraba con simpatía en los ojos y se recostó en su silla. «Puedo hacer que lo lleven allí hoy, si así lo deseas».

Lydia no lo deseaba, pero no había motivo para retrasar las cosas. Solo se volvería más difícil cuanto más esperara y más tiempo pasara con él. Le agarró el dedo y lo agitó de arriba a abajo.

«Sí, lo deseo. ¿Puedo tener un momento con él?», Ella lo preguntó sin mirar a las demás.

«Por supuesto», dijo la viuda, y ella y las hermanas de Lydia se levantaron de sus asientos.

Diana y Mary se acercaron primero a Thomas y se turnaron para besarlo en la parte superior de la cabeza.

«Adiós, pequeño canalla», dijo Diana.

«Adiós, dulce Thomas», dijo Mary.

Caminaron hacia la puerta, Diana con una mirada comprensiva por encima del hombro hacia Lydia.

«Solo tardaré un momento», dijo Lydia, tratando de sonreír. Solo se *permitiría* ese tiempo.

La puerta se cerró suavemente y miró a Thomas, que buscaba algo cercano.

«Solo tú y yo, mi amor», dijo en voz baja. «Tal como ha sido tantas veces».

Él agitó los brazos, con los ojos fijos en los botones de su guante, y ella le dejó jugar con ellos. No tenía idea de lo que estaba pasando. Estaba sonriente, alerta y enérgico. Todo lo que Lydia no era.

Resultaba agridulce, porque no pudo evitar recordar el hecho de que Thomas no la recordaría. Se adaptaría rápidamente a cualquiera que fuera su nueva situación, ansioso por experimentar las nuevas vistas y sonidos disponibles allí. Era adaptable; tenía buen carácter por naturaleza. Ambas cosas le serían muy útiles.

En cuanto a ella, sin embargo... nunca lo olvidaría.

Veintitrés

La luz de la tarde se estaba desvaneciendo cuando Miles creyó oír abrirse la puerta principal de la casa. De pie frente al espejo de su dormitorio, aguzó el oído. Era una entrada anormalmente silenciosa si realmente se trataba de Lydia y sus hermanas. La voz de Diana solía sonar muy bien. Quizá no eran ellas, después de todo.

Había experimentado un momento de pánico antes, preguntándose si era posible que las tres se hubieran ido, abandonado Londres, para viajar a su casa. Sus palabras a Lydia habían sido imperdonables. Quizás él la había ahuyentado y ella se había llevado a Thomas con ella. Difícilmente podría haberla culpado si ese fuera el caso.

Pero una mirada rápida a la habitación de Lydia y luego a la de Diana y Mary le indicaba que estaba siendo ridículo. Claramente habían salido a dar un simple paseo o algo por el estilo. Sin duda, llegarían a casa a tiempo para cenar, preferiblemente con suficiente antelación para poder llevarse a Lydia y hablar con ella. Pedir disculpas.

Por eso se vistió para cenar con tanta antelación a la hora normal. Quería estar seguro de que estaría listo.

Escuchó pasos en el pasillo fuera de su habitación y voces apagadas. Se apresuró hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo justo a tiempo para ver a Lydia entrar en su dormitorio. Diana y Mary estaban frente a su puerta, con rostros sombríos mientras miraban a Miles.

Lydia debió haberles contado su crueldad.

«Me pareció escuchar que regresaban», dijo con un nudo en la garganta, sintiendo que merecía que todas supieran lo horrible que era.

«Sí», dijo Diana. Nunca la había visto tan seria.

«Justo a tiempo para vestirse para la cena». Dio un paso hacia el dormitorio de Lydia. «Quizás pueda llevarme a Thomas para que Lydia pueda vestirse en paz».

Tanto Diana como Mary extendieron una mano para detenerlo.

«Él no está allí», dijo Mary.

Miles lo comprobó y dejó caer la mano en el momento de alcanzar el pomo de la puerta. «¿Entonces se lo entregó a Jane?».

Diana sacudió la cabeza y lo miró con algo cercano a la lástima en sus ojos. «Se ha ido, Miles».

Él la miró fijamente, reprimiendo una risa nerviosa. Claramente no estaba bromeando. «¿Qué?».

«Es de donde venimos», dijo. «De casa de tu madre. Ella debe entregarlo a.…», levantó los hombros, «...dondequiera que él vaya».

Miles solo pudo mirar fijamente.

«Creo que Lydia necesita un poco de tiempo a solas», continuó Diana. «Sin embargo, dijo que bajaría a cenar». Miró a Mary y le hicieron a Miles una pequeña reverencia antes de dirigirse a sus dormitorios.

Miles permaneció en el pasillo durante algún tiempo. ¿Thomas se había ido? ¿Lo había llevado a casa de su madre? ¿Qué significaba eso? No quería nada más que llamar a su puerta y preguntarle él mismo. Pero Diana había dicho que Lydia necesitaba tiempo.

Por supuesto que sí. Si tan solo se hubiera despedido de Thomas….

Se encogió y luego el corazón le dio un vuelco. *Él* nunca se había despedido. ¿Lydia realmente había pensado que él no querría hacerlo? ¿O que deseaba que ella entregara al bebé tan rápido?

No había tenido la intención de mencionarle la carta de su madre, pero sus descubrimientos en la habitación de Lydia lo habían herido tanto que lo hizo. Y en el peor momento. Ella ya había dudado de su afecto por Thomas.

Regresó a su habitación, aguzando el oído para ver si podía oír lo que esperaba, esos suaves balbuceos provenientes de la habitación de Lydia.

Pero no escuchó nada. Se sentó en el borde de su cama, sintiendo que iba a volverse loco sin ninguna señal de lo que su esposa estaba sintiendo o pensando, cuando finalmente escuchó pasos en el pasillo y lo que imaginó fue la llegada de Sarah para ayudar a Lydia a vestirse para la cena.

Él esperó.

Pasaron casi veinte agonizantes minutos cuando el ruido sordo de la puerta al cerrarse seguido de los pasos de Sarah alejándose le indicaban que era seguro irse.

Llamó suavemente a la puerta de Lydia. Su corazón latía aceleradamente, pero no podía evitarlo. Sería una tortura bajar a cenar con Lydia y sus hermanas, obligado a entablar una conversación sobre quién sabía qué cuando lo único que quería era hablar con Lydia a solas.

Cuando se abrió la puerta, buscó con avidez el rostro de Lydia en busca de señales de lo que había estado sintiendo. Tenía los ojos más rojos de lo habitual, pero le sonrió cuando lo vio. No era una sonrisa normal. Era extraña. Casi inquietante.

«Lydia», dijo. «Yo... tus hermanas dijeron...». Descubrió que no podía pronunciar las palabras. Se le atascaron en la garganta. Thomas se había ido.

Sus ojos parpadearon casi imperceptiblemente. «Entra», dijo, abriendo más la puerta.

Tragó y entró, notando la ausencia de la cuna al lado de la cama. El suelo parecía desnudo y la habitación demasiado silenciosa. Hace apenas unas horas, había estado lleno de las cunas y arrullos de Thomas... y las hirientes palabras de Miles.

«Lydia», dijo, volviéndose hacia ella. «Lo siento muchísimo. Por todas esas cosas que te dije. Nunca quise que tú... no quise decir nada de eso. Estaba tan aterrorizado de haberte perdido».

Ella sacudió su cabeza. «Debería habértelo dicho, nunca debería haberte ocultado nada».

«Me lo ocultaste porque tenías miedo de no poder hablar conmigo. Eso es *mi* culpa».

«Es igualmente mía. Más, creo yo».

«Pero… ¿Pero Thomas?».

Ella tragó. «Es lo mejor. Para él y para nosotros».

Buscó su rostro. «No entiendo».

«Necesito que lo sepas, Miles», dijo, y el primer indicio de emoción hizo que su voz temblara. Pero ella mantuvo la barbilla en alto y la mirada fija en él. «Necesito que sepas que estoy aquí. Contigo. No importa cómo. Quiero un futuro contigo y quiero hacer lo que sea necesario para que seas feliz, incluso si eso no incluye niños. No sé si todavía me quieres, pero…». Su voz se suavizó y desvió la mirada. «Necesitaba que supieras eso».

Con el corazón en la garganta y un ardor en los ojos, se aproximó a llegar a su esposa y la abrazó con fuerza. «*Siempre* te he querido», dijo con fuerte voz, amortiguada por su cabello. «Y siempre lo haré».

Se abrazaron, el rostro de él enterrado en el cabello de ella, el de ella en su hombro, durante no supo cuánto tiempo. Y con cada minuto que pasaba, sentía que parte del dolor de los últimos años desaparecía, hasta que finalmente sonó un golpe en la puerta.

«¿Lydia?». La voz de Diana llamó. «¿Aún deseas bajar a cenar? ¿O hago que te traigan la cena?».

Miles y Lydia se separaron y Lydia se frotó los ojos y parpadeó rápidamente. «Ya voy», gritó. «Te veré allí abajo». Miró a Miles, él le secó un poco de humedad restante en las mejillas y luego le ofreció el brazo.

ESA NOCHE COMPARTIERON CAMA Y, aunque Lydia durmió en sus brazos, el sueño se le escapó a Miles. Su corazón estaba intranquilo. Lydia había sonreído y hablado durante la cena y en el tiempo que habían pasado en el salón después, pero no podía ocultar el dolor que se escondía detrás de sus sonrisas ni de sus miradas hacia la puerta, como si Jane pudiera traer a Thomas hacia ella en cualquier momento.

Él también lo sintió. La ausencia de Thomas era ensordecedora en la casa. Pareció cambiar toda la atmósfera, y no podía estar seguro de si fueron solo él y Lydia quienes lo sintieron, o si Diana y Mary también.

Dos veces esa noche, Lydia murmuró algo en sueños, mientras acunaba en sus brazos a un bebé imaginario. Estaba claro que había estado manteniendo a Thomas en su cama con ella recientemente, y la visión de su mano buscándolo hizo que Miles frunciera el ceño con dolor.

Acercó a Lydia hacia él, lo que pareció apaciguarla, porque ella se acomodó en él y su respiración se calmó.

Por la mañana, él se levantó antes que ella. Su noche inquieta le había dado tiempo suficiente para considerar las cosas, se vistió en la habitación de Lydia sin la ayuda de Bailey y luego se dirigió a la casa de su madre.

Ella estaba sentada a desayunar cuando él llegó y, por la expresión de sorpresa en su rostro, supuso que no lo esperaba. No había señales de Thomas. Sin duda estaba con uno de los sirvientes. Miles pediría verlo una vez que hubiera hablado con su madre. Quería tener la oportunidad de decir adiós, si eso era lo que sentía que debía suceder al final de su momento con su madre.

«Miles», dijo con una sonrisa y un gesto de bienvenida. «Ven, siéntate, querido. ¿Ya desayunaste?».

Tomó asiento, pero no hizo ningún movimiento para alcanzar la comida que había en la mesa. «No, pero no tengo hambre. Gracias».

Ella apartó la mano del asa de la tetera y lo miró de reojo.

«No estaré aquí por mucho tiempo», dijo. «Simplemente vine a hablar contigo sobre la visita de Lydia ayer».

Tomó un sorbo de su taza de té y arqueó las cejas. «¿Qué hay con eso?».

«¿Qué pasó?», preguntó él.

Ella levantó los hombros y parpadeó. «Ella vino a pedirme que me llevara al niño. Pero eso lo sabías tú, por supuesto».

«No, no lo sabía».

«¿No lo sabías? Supuse que ella te había hablado de eso».

Sacudió la cabeza.

Ella se echó hacia atrás un poco y lo miró fijamente.

«Tuvimos una discusión ayer», dijo, «y la siguiente vez que la vi fue después de su regreso. No tenía idea…». Se pasó una mano por la barbilla. «¿Cómo se veía ella?».

Su madre movió ligeramente su taza de té para que quedara en un ángulo más preciso sobre el platillo. «Ella estaba muy fuera de sí. Lo que demuestra que fue la decisión correcta».

«No lo entiendo», dijo él.

«Solo quiero decir que se había encariñado demasiado con el pequeñito. Era como si ella pensara que él era *suyo*». Ella suspiró y sacudió ligeramente la cabeza. «Será mucho mejor así».

Miles no estaba seguro de estar de acuerdo. «¿Dónde está?».

«Se ha ido, por supuesto. Lo llevé yo misma ayer justo después de que las chicas se fueran. Tal como dije que lo haría».

Miles se quedó quieto. «¿Ya no está aquí?».

«Sí querido. Acabo de decirlo. No vi el propósito de mantenerlo aquí por más tiempo. Cuanto antes pueda acostumbrarse a su nueva situación, mejor, sin duda».

Miles se tragó su decepción. «¿Y cuál *es* esa nueva situación?».

Ella apartó la mirada de él y se movió en su asiento. «Lydia me pidió específicamente que no se lo dijera. Creo que sería prudente seguir su ejemplo allí».

«Madre», dijo, sintiéndose más incómodo que nunca. «¿Cuál *es* la situación?».

Ella no respondió de inmediato y el resultado fue que Miles apretó los puños y su corazón se aceleró. ¿Qué había hecho ella?

«Pensé que le iría mejor en el Hospital de Expósitos».

Miles se quedó sin habla durante casi un minuto. «¿El Hospital de Expósitos? Pero... pero... no lo aceptaron».

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y apretó los labios. «Recuerdo haberte dicho que seguramente lo harían si se les ofrecía el incentivo adecuado».

«Dios mío, madre. ¿Quieres decir que los sobornaste para que lo aceptaran?».

Sus cejas se juntaron. «Qué manera más vulgar de expresarlo. Es un expósito, Miles. Ciertamente no hay mejor lugar para él que el Hospital de Expósitos. Además, por supuesto, siempre necesitan más fondos. Estaba más que feliz de contribuir a la causa».

Miles se cubrió la cara con las dos manos y se le revolvió el estómago. ¿Qué diría Lydia al saber que *esa* era la solución que había encontrado su madre? Ella estaría horrorizada. La devastaría.

«Seguramente no estás enojado conmigo», dijo su madre.

Él se puso de pie y la silla en la que estaba sentado chirrió disonantemente en el suelo. «Nos hiciste creer que habías encontrado una familia para él. No dijiste *nada* del Hospital de Expósitos».

Ella se levantó de su asiento. «El Hospital es una institución respetable. Estará bien cuidado, educado y capacitado para trabajar. Eso no es nada para que un niño de quién sabe dónde, no pueda aprovecharlo».

La mandíbula de Miles se apretó con fuerza y luchó por evitar que las duras palabras que tenía en la lengua salieran de sus labios. «Has hecho mucho daño, madre. No tengo ningún deseo de hablar contigo en este momento».

Giró sobre sus talones y salió de la habitación, disgustado ante la idea de revelarle a Lydia lo

que había descubierto.

Veinticuatro

Lydia permaneció en la cama de Miles mucho después de la hora habitual en que se levantaba.

Se resistía a entrar en su propia habitación y, cuando lo hizo, dio pasos lentos y con una pesadez en el corazón. No sabía adónde había ido Miles tan temprano; solo estaba vagamente consciente de que él la besaba en la cabeza, decía algo con voz tranquilizadora y se levantaba de la cama. Los acontecimientos del día anterior la habían agotado y rápidamente se había vuelto a dormir.

Pero ahora estaba en el umbral de su dormitorio, muy consciente de lo vacía que parecía su habitación. En el lugar donde pertenecía la cuna, el suelo estaba desnudo. Fue lo primero que hizo cuando regresó de casa de la viuda, que Jane llevara la cuna al piso de abajo.

Era una tontería que el espacio vacío la afectara tanto. Después de todo, no *siempre* había habido allí una cuna. Pero era el hecho de que nunca volvería a ver una lo que le retorcía el corazón e impedía que sus pies entraran de lleno en la habitación.

Apartó los ojos del lugar vacío y los dejó recorrer la habitación. Allí se sentía diferente. No solo porque Thomas se había ido. Algo había cambiado... tal vez no en la habitación misma. Quizá que estaba dentro de ella. Este lugar se había sentido como un refugio cuando ella comenzó a ocuparlo. Estaba libre del conflicto, el dolor y el fracaso que había empezado a asociar con la cama de la habitación de Miles. En esta cama había encontrado descanso y respiro por un tiempo.

Ahora, sin embargo, ya no era un refugio. Estaba lleno de soledad. Incluso el tiempo que pasó allí con Thomas, tan alegre, aunque había sucedido, ahora estaba inundado de dolor y pérdida, como si alguien hubiera pintado un barniz de tristeza sobre los recuerdos.

Quería dejarlo atrás. Con mucho gusto regresaría a la cama de Miles y compartiría su habitación con él. Puede que no estuviera completamente libre de tristeza, pero al menos no tendría que afrontarlo sola. Ese era el único consuelo en todo esto: Miles. Cuando él la abrazó ayer después de su regreso de casa de la viuda, ella sintió su amor de una manera nueva. Le había dado la esperanza de que él llegaría a resignarse o, si Dios quería, tal vez ya lo hubiera hecho, a la probabilidad de que alguna vez solo fueran ellos dos.

Dio un paso decidido hacia la habitación y se dirigió hacia el baúl lleno de su ropa. Esto era algo que Sarah podría haber hecho, pero Lydia quería hacerlo ella misma. Quería experimentarlo y dejar que su significado la invadiera.

Pocos a la vez, tomó sus vestidos y los trasladó a la habitación de Miles, colocándolos sobre la cama. Luego tiró y levantó el cofre allí también, colocándolo al lado del de Miles, donde solía estar.

Le llevó casi una hora trasladar todo a su nuevo hogar, o mejor dicho a su antiguo hogar. Por

último, se acercó al escritorio y abrió el cajón. La carta del abogado estaba dentro y el frasco de poleo se balanceaba ligeramente a su lado. Sacó la carta y la abrió, recorriendo las palabras con los ojos. Parecía como si hubiera pasado toda una vida cuando la abrió y leyó su contenido. Entonces se había sentido muy decepcionada. Había sido un golpe aplastante saber que no podía liberar a Miles de su matrimonio con ella.

¿Cómo serían las cosas ahora si las noticias del abogado hubieran sido diferentes? ¿Si le hubiera ofrecido esperanza en lugar de una puerta cerrada con llave?

Llevó el papel al fuego y tocó con su borde una de las llamas, observando cómo consumía las palabras poco a poco, luego arrojándolo todo sobre los leños ardiendo. El rastro de fuego convirtió la carta en cenizas y humo, y con ella, cualquier pensamiento que Lydia hubiera albergado sobre una vida fuera de su matrimonio con Miles. Si Miles lo permitía, imaginarían un nuevo futuro juntos.

La puerta de su habitación se abrió y Miles apareció en el umbral. Ella le sonrió, pero su expresión parpadeó ante la expresión de su rostro. No parecía feliz.

«Estás… aquí», dijo él.

Ella asintió y se levantó, caminando hacia él. «Sí. Pero quizás hayas notado mi baúl en *tu* habitación. Nuestra habitación», dijo con un dejo de timidez.

Miró hacia atrás y la comisura de su boca se levantó. Aunque todavía había tristeza en ello.

«Ya no quiero estar aquí, Miles», dijo. «Quiero estar contigo».

Él tomó sus manos entre las suyas y la miró con lo que ella solo podía describir como amor melancólico. «Estoy muy feliz de escuchar eso», dijo.

«No lo pareces», dijo ella con un nudo nervioso en la garganta.

Él sacudió la cabeza y miró sus manos, frotando su pulgar contra el de ella. «Tengo algo que decirte. Estuve en casa de mi madre».

«Oh», dijo ella, y su mente saltó inmediatamente a Thomas. «¿Es allí donde fuiste? No estaba segura».

Él asintió. «Quería volver a ver a Thomas y descubrir adónde pensaba llevarlo».

Lydia tragó, tratando de no pensar en cuánto deseaba *ella* volver a ver a Thomas también. «Lo siento, Miles. Debí haber permitido que te despidieras antes de llevármelo. Tenía... tenía miedo de perder los nervios si esperaba más. Y me preocupaba que simplemente quisieras que se fuera».

«Bueno, ya se ha *ido*. Mi madre se lo llevó ayer».

Lydia asintió y respiró hondo. Fue tal como la viuda había prometido que sería. Pero saber que Thomas realmente se había ido, que completamente estaba fuera de su alcance, todavía le dolía. Sin embargo, no quería que Miles viera cuánto. No quería que él pensara que se arrepentía. Ella había hecho lo mejor para ellos.

«Lydia», dijo Miles, cerrando los ojos con el ceño fruncido por el dolor. «Ella lo llevó al Hospital de Expósitos».

La cabeza de Lydia se levantó de golpe y sus ojos buscaron el rostro de Miles.

«Lo siento mucho», dijo él. «Si hubiera tenido idea de lo que ella pretendía, nunca la habría dejado hacer tal cosa. Debes creerme».

Ella dio un paso atrás y parpadeó. «Ella no pudo haberlo hecho. No lo aceptarían. Ellos nos dijeron eso».

Miles se encogió de hombros impotentes. «Ella hizo una donación que no pudieron rechazar. Con quienquiera que haya hablado debe haber hecho una excepción».

Sacudió la cabeza rápidamente cuando imágenes del pequeño con el que había hablado en su

visita aparecieron en su mente, el que no le había dicho una palabra, que había desconfiado de ella. Cerró los ojos para disipar la imagen, pero permaneció allí, y en el niño vio a Thomas.

«Debemos ir por él», dijo. «Él no puede quedarse allí. No puede». Dio un paso atrás hacia Miles y tomó sus manos suplicantemente entre las suyas. «Debemos traerlo de regreso aquí y encontrarle una familia, Miles».

Él asintió rápidamente. «Por supuesto. Puedo ir allí ahora».

«¿Debería ir contigo?», ella preguntó. No sabía si quería o no. ¿Qué pasaría si Thomas ya se hubiera ido? ¿Y si ya lo habían enviado al campo y si la visita resultaba inútil?

Él buscó sus ojos. «Creo que deberías quedarte aquí», dijo.

Él estaba en lo correcto. No sabía si podría mantener la compostura si lo acompañaba. Miles tenía la cabeza más sensata. Él sería capaz de hacerles entrar en razón. Si no fuera demasiado tarde.

«Tan pronto como pueda, regresaré con noticias». Hizo una pausa por un momento, luego la besó y se fue.

«¿CÓMO PODRÉ VOLVER A VERLA DE FRENTE?», Lydia se retorció las manos y caminó de un lado a otro en la habitación de Diana mientras sus hermanas esperaban.

«Sin duda, estuvo mal hecho por su parte», dijo Diana.

Lydia se quedó quieta, quizá la primera vez que dejó de moverse desde que Miles se había marchado y miró fijamente a su hermana. «¿Pero…?». Sabía el tono que estaba usando Diana.

Diana y Mary compartieron una mirada y luego Diana dejó escapar una bocanada de aire. «Me imagino que lo hizo con buena intención, Lydia. Basta pensar que, en la mente de la viuda, el Hospital de Expósitos es precisamente el lugar al que pertenece Thomas. Ella no vio lo que veíamos nosotros cuando fuimos y tiene muy poco apego al niño. Me imagino que lo más importante que tenía en mente era Miles cuando decidió el curso».

Lydia luchó por decidir a qué parte de este discurso responder, pero se decidió por decir, «¿Miles?».

Mary asintió y dio un paso adelante, casi como si hubieran ensayado esta conversación y hubiera llegado el momento de su participación en el discurso. «No digo que esté de acuerdo con el rumbo que tomó, porque no lo estoy, pero creo que sería beneficioso al menos *tratar* de ver las cosas desde su perspectiva». Ella vaciló y su mirada se dirigió a la cama. «Ven, siéntate, ¿quieres?».

Lydia obedeció, demasiado curiosa para resistirse sobre cómo Mary o Diana podrían racionalizar lo que su suegra había hecho.

Mary giró su cuerpo hacia Lydia y la miró fijamente. «Llegaste a amar mucho a Thomas, ¿no?».

Lydia miró hacia otro lado, temiendo que, si respondía, su ira podría comenzar a dar paso a las lágrimas.

Mary asintió. «Sé que lo hiciste. Era evidente para todos nosotros. Creo que se convirtió en un hijo para ti. Quieres lo mejor para él, ¿no?».

«Sí», logró decir Lydia. No había podido mantener a raya las dudas desde que llevó a Thomas a casa de la viuda, dudas de que, al actuar en beneficio de ella y de Miles, no actuaba en beneficio de Thomas, por mucho que intentara persuadirse a sí misma. ¿Sería realmente su nueva familia más cariñosa de lo que podrían haber sido Lydia y Miles? Pero no *había* familia. Sus

dudas habían sido justificadas.

«Entonces sabes», dijo Mary, «lo que es estar dispuesto a hacer lo que sea necesario para asegurar su felicidad y éxito. Creo que eso es precisamente lo que la madre de Miles estaba haciendo por él. Claramente ha estado preocupada por cómo Thomas afectaría las cosas aquí. Parecía que ella lo veía, en el mejor de los casos, como una distracción». Ella levantó los hombros. «Sin duda ella creía que estaba haciendo lo mejor para Miles *y* para ti al llevar a Thomas al Hospital de Expósitos».

Sonó el timbre de la puerta principal y Lydia suspiró. Hacía bastante tiempo que no recibían visitas, pero ahora que el clima empezaba a ser un poco más cálido, podían esperar que llegaran más.

Pronto sonó un golpe en la puerta de la habitación de Diana y las tres mujeres compartieron miradas curiosas. Diana fue a abrir la puerta y reveló que había un lacayo parado en el pasillo.

Sus ojos buscaron por la habitación y encontraron a Lydia. «Mi lady, la baronesa viuda ha llegado y desea hablar con usted».

Veinticinco

Lydia miró fijamente al lacayo hasta que sus ojos empezaron a moverse incómodos.

«Muy bien», intervino Diana, pareciendo entender que no podía contar con Lydia para responder. «Puedes decirle que estaremos con ella en seguida».

El lacayo hizo una reverencia y se fue, Diana cerró la puerta y se volvió hacia Lydia.

«No puedo enfrentarla», dijo Lydia sacudiendo la cabeza. «Diré algo terrible; simplemente lo sé».

Diana se encogió de hombros. «Quizá deberías».

Lydia le lanzó una mirada poco divertida y continuó retorciéndose las manos.

«Bueno, no algo terrible», continuó Diana, «pero debe saber que no estás contenta con lo que hizo. Ven, puedes quedarte aquí un minuto y reunir el valor mientras Mary y yo vamos a verla».

Mary frotó la espalda de Lydia con una mano y se levantó. «No *tienes* que hablar con ella sobre esto si no lo deseas, ¿sabes?».

«¿Qué? ¿Y simplemente fingir que no ha pasado nada?», Lydia negó con la cabeza. «Vayan, yo bajaré en breve».

La puerta se cerró detrás de ellas y Lydia respiró larga y profundamente. ¿Qué le diría a su suegra? ¿Realmente no había pensado que Lydia y Miles descubrirían lo que había hecho con Thomas? ¿O pensaría que sería demasiado tarde cuando se enteraran? ¿Y si Lydia hubiera insistido en saberlo de antemano? ¿Habría mentido la viuda?

Quizás Diana tuviera razón. Quizás ya era hora de que Lydia tuviera una conversación más directa con su suegra. Después de todo, estaba pasando página con Miles. Quizás sería un buen momento para tener un poco de franqueza.

Solo pensarlo hacía que le temblaran las manos. Pero no podía soportar continuar como estaban las cosas, con la baronesa viuda inmiscuyéndose en sus asuntos privados, esperando un heredero cuando estaba claro que no lo habría. Todo este tiempo, Lydia se había sentido humillada por lo que su suegra pensaría de ella cuando finalmente se daba cuenta de que Lydia no podía darle un heredero a Miles. Ella ya no quería vivir bajo ese temor. Sería mejor que lo supiera ahora y se acostumbrara a ese hecho.

Lydia se levantó de la cama, levantó la barbilla con determinación y bajó las escaleras.

Miró la puerta del salón cuando el sonido de la puerta principal abriéndose llegó a sus oídos. Escuchó la voz de Miles y su corazón se aceleró. Todo pensamiento sobre su suegra desapareció, y Lydia se apresuró hacia el vestíbulo de entrada justo cuando Miles salía al pasillo con Thomas en brazos.

La mano de Lydia voló hasta su boca y Miles extendió su brazo libre para darle la bienvenida a su abrazo.

«Cuando me vio, sonrió tanto que pensé que su boca llegaría a sus orejas», dijo Miles, y le entregó a Thomas.

Ella lo tomó entre sus brazos y le besó la cabeza. «Lo siento mucho, mi amor», susurró. «Lo siento mucho».

Él dejó escapar un fuerte balbuceo en respuesta y tiró de su cabello, provocando una risa tanto de ella como de Miles.

«¿Tuviste algún problema?», preguntó Lydia.

Miles negó con la cabeza. «El señor Moss fue comprensivo y estuvo más que feliz de que yo aceptara a Thomas cuando le aseguré que podría conservar la donación».

Se abrió una puerta al final del pasillo y pronto aparecieron Diana, Mary y la baronesa viuda. Diana se detuvo y Mary tropezó con ella. Las tres se quedaron mirando con los ojos muy abiertos por un momento, luego Diana se acercó corriendo.

«Pero, pero…».

«¿Miles?». La voz interrogativa de la baronesa viuda rompió la confusión tartamuda de Diana. «¿Qué es esto?».

«¿O quién es este?», Diana se rió cuando Thomas tomó su dedo índice y se lo llevó a la boca.

«Quizá podríamos discutir esto en el salón», dijo Miles.

Su madre asintió con un dejo de rigidez, y Diana y Mary se lanzaron a disculparse, suplicando que necesitaban empezar a empacar sus cosas para el viaje a casa en dos días.

Lydia sintió que el corazón comenzaba a golpearle el pecho, pero Miles mantuvo su brazo alrededor de ella y de Thomas mientras conducían a la baronesa viuda al salón, y se sintió un poco reconfortada. Incluso si no podía confiar en que Miles pusiera a su madre en su lugar, se alegraba de tenerlo a su lado mientras lo hacía.

Miles llevó a Lydia al sofá y volvió a cerrar la puerta detrás de su madre. Thomas tomó su almohada con borlas favorita y Lydia lo hizo colocándolo en su regazo. Tenía muchas ganas de jugar con él, pero ya habría tiempo suficiente para ello después del encuentro con su suegra.

«Admito», dijo la viuda, «que no consigo entenderlo». Dirigió su mirada a Thomas, como si alguien tuviera alguna duda de lo que quería decir.

Miles se sentó junto a Lydia. «Fui a buscarlo. No es la solución que queríamos para él. Creo que lo sabes, madre».

Ella inclinó la cabeza en señal de reconocimiento. «Lo sospechaba, pero…».

«Pero consideró oportuno ignorar nuestros sentimientos al respecto», dijo Lydia, y pudo sentir que le temblaban las manos mientras sostenían a Thomas en su lugar. No necesitaba mirar a Miles para saber que él mostraría signos de sorpresa. Ella nunca había llevado la contraria a su suegra en nada.

La viuda parpadeó y miró a Lydia. «Yo… yo… simplemente pensé que estaba haciendo lo mejor. Seguramente ya ves que encontrar una familia que acogiera al bebé tenía sus propios riesgos. ¿Qué pasaría si descubrieran que, después de todo, no podían cuidar de él? Son tiempos difíciles y he conocido más de un caso en el que una familia bien intencionada sobreestimó sus recursos. Si eso sucediera, el bebé habría vuelto a la calle. Al menos el Hospital de Expósitos habría evitado tal riesgo. Son tiempos difíciles y el hospital le habría dado las oportunidades más seguras».

«Entonces debiste haber discutido eso con nosotros», dijo Miles. «En cambio, lo ocultaste».

«Tenía motivos para hacerlo», dijo ella. «Es difícil ver las cosas con claridad cuando uno está tan involucrado como lo están ambos. Tengo la ventaja de ver un poco a distancia». Ella los miró con expresión comprensiva. «No pueden permitirse el lujo de distraerse».

«¿Distraernos?», dijo Lydia.

La baronesa viuda vaciló. «Bueno, sí. Me parece que ustedes dos se *han* distraído con él. En tu caso, querida...», asintió hacia Lydia, «...a veces me he preguntado si no estarías olvidando que él no es *tuyo*».

Lydia sintió la sangre correr por sus venas y cuando habló, lo hizo con una calma peligrosa. «Cree que Thomas me está distrayendo de lo que *realmente* importa que es tener un heredero».

La baronesa viuda no dijo nada, pero la confirmación de las palabras de Lydia estaba en su rostro... y en su silencio.

Con la esperanza de que eso calmara su temperamento, Lydia miró a Thomas, quien felizmente no se daba cuenta de la discusión que ocurría a su alrededor. Ella no volvería a gritar delante de él. Pero necesitaba dejar algunas cosas claras.

«Sin duda tiene buenas intenciones», dijo Lydia. Eso era cierto. La viuda *tenía* buenas intenciones en lo que había hecho. Las palabras anteriores de Diana no habían pasado desapercibidas para Lydia. El interés principal de la viuda era lo que ella creía que era mejor para Miles, y veía a Thomas como un impedimento para lograrlo.

«Pero tener buenas intenciones no es suficiente, milady. Quiere que Miles encuentre el éxito en todos los ámbitos de su vida. Supongo que es ese deseo el que la lleva a involucrarse en nuestros asuntos, a buscar tratamientos que puedan ayudarnos a tener hijos». Miró a Thomas, que estaba masticando una borla con las manos cubiertas de baba. Tragó y se obligó a sentarse con la espalda recta y mirar a su suegra a los ojos. «Pero la verdad, por desagradable que sea, es que es poco probable que Miles y yo tengamos un heredero».

Miles la rodeó con el brazo y se acercó, y el gesto la tranquilizó y fortaleció.

«Estoy casi segura de que no puedo concebir», dijo ella.

La baronesa viuda la miró fijamente y parpadeó lentamente. «Pero…».

«Sé que es difícil oírlo», dijo Lydia. «Créame, porque es aún más difícil *vivirlo*. Pero creo que es hora de que todos afrontemos la realidad».

Miles asintió. «Estoy en paz con eso, madre. Y con el tiempo tú también lo estarás».

Lydia tomó la mano de Miles y sus ojos se llenaron de lágrimas. Había estado anhelando esas palabras durante no sabía cuánto tiempo. ¿Realmente lo había aceptado?

La baronesa viuda se inclinó hacia adelante en su asiento, con los ojos revoloteando entre ellos. «Esta renuncia parece prematura. Seguramente hay otras cosas que se podrían intentar. Otro médico o.…».

«No, madre», dijo Miles rotundamente. «Ya no queremos vivir nuestras vidas ni cargar nuestro matrimonio con esas cosas. Y esperamos que respetes eso, que nos dejes estos asuntos a nosotros». Miró a Lydia y ella asintió, sosteniéndole los ojos y sintiendo que su corazón se hinchaba de amor por él.

Los ojos de Miles se posaron en Thomas. «Eso incluye dejar el futuro de Thomas en nuestras manos. Creo que ya encontré otra solución para él».

Lydia se puso tensa y le dio un vuelco el estómago, pero trató de ocultarlo. ¿Qué había pensado que pasaría? Miles había ido a buscar a Thomas para poder encontrarle otro hogar. Simplemente había pensado que tendría más tiempo con él antes de tener que despedirse nuevamente.

Apartando esos pensamientos, miró a su suegra. Creyó ver el dolor en sus ojos y, por mucho que Lydia hubiera anhelado poner a la mujer en su lugar durante los últimos años, ver su dolor no le produjo ninguna alegría.

Le entregó a Thomas a Miles y se acercó a su suegra, agachándose frente a ella. «Me

imagino que está sintiendo varias cosas en este momento, milady. Yo misma puedo entender muchas de esas emociones, porque me he sentado con ellas durante muchos años. Me resultan muy familiares. Cualquiera que sea el desánimo que sienta al saber que no puedo tener hijos, yo lo he sentido multiplicado por diez. Cualquiera que sea el arrepentimiento que sienta por el hecho de que Miles haya decidido casarse conmigo, me angustia muchísimo tanto su arrepentimiento como el suyo. Pero quiero que sepa que tengo la intención de brindarle a Miles toda la alegría que pueda. Quizá no pueda tener hijos, pero lucharé por él y su felicidad, así como sé que él luchará por mí y la mía. Quiero que entienda que me preocupo por sus mejores intereses, al igual que usted. Tenemos el mismo objetivo y espero que pueda encontrar en su corazón la capacidad de creerlo, incluso si no puede aceptarme plenamente como nuera».

La viuda negó con la cabeza y tomó la mano de Lydia. «No me arrepiento de que Miles se haya casado contigo, querida. Admito que no era lo que quería en ese momento». Ella sonrió irónicamente. «Creo que las madres siempre creen que saben más que nadie. Pero él te eligió a ti y nadie sabe mejor que yo cuán capaz es Miles de tomar sus propias decisiones. Lamento si, en mi determinación de verlo triunfar, he dicho o hecho cosas que te llevaron a la infelicidad. Esa nunca fue mi intención. Sé que tu felicidad es parte integral de la de él. Por favor, perdóname, querida».

Se puso de pie y le ofreció las manos a Lydia, levantándola y abrazándola. Al oído de Lydia, le susurró, «Prefiero ver a Miles feliz con una esposa a la que ama y sin herederos que infeliz, pero con todo el éxito del mundo». Se apartó con un suspiro y se volvió hacia Miles.

Lydia se apresuró a quitarle a Thomas para que él y su madre pudieran abrazarse adecuadamente.

«Si *descubres*...», dijo mientras la acompañaban hacia la puerta, «que esta solución de la que hablas no funciona, solo necesitas decir la palabra...».

«Madre», dijo Miles con una mirada que efectivamente le cerró la boca.

Ella hizo un gesto con la mano cuando el lacayo abrió la puerta. «Olvida eso. Te las arreglarás bastante bien, no tengo ninguna duda».

«Más bien creo que lo haremos», dijo Miles, besando a Lydia en la cabeza.

Cuando la puerta se cerró, salieron del vestíbulo de entrada y se dirigieron a las escaleras. Thomas emitió fuertes chillidos que, al parecer, llenaron toda la casa.

«No estuvieron fuera por mucho tiempo», dijo Miles, «pero *extrañé* esos ruidos en su ausencia».

Lydia sonrió, pero sintió un poco de tristeza. Pronto se irían de nuevo. Miró a Miles mientras subían las escaleras, con la mano sosteniéndole la parte baja de la espalda. «Miles, ¿qué solución *encontraste* para el pequeño?».

Llegaron a lo alto de las escaleras y él se volvió hacia ella con el ceño fruncido. Ella apenas podía soportar mirarlo, tan nerviosa estaba al temer escuchar su respuesta. Todavía no estaba segura de *querer* saberlo.

«Bueno», dijo él, «eso es algo que quería discutir contigo primero. No estoy seguro de que te guste la idea».

Ella tragó saliva, esperando.

«Esperaba», dijo Miles lentamente, «que tal vez *nosotros* pudiéramos ser su solución».

Los párpados de Lydia parpadearon mientras lo miraba fijamente y su boca se dibujó en una sonrisa vacilante.

Ella parpadeó y el corazón le latía con fuerza en el pecho. «¿Lo dices en serio?».

Él asintió. «Te lo dije, mi amor. Extrañaba sus balbuceos y arrullos».

Ella soltó una risa temblorosa y luego tragó. «Pero, ¿no estás haciendo esto por mí? No deseo que lo hagas por mí. Quiero decidir nuestro futuro *juntos*».

Él la miró fijamente. «Yo sí *quiero* esto, mi amor. Lo estoy haciendo por los dos».

Lydia miró a Thomas, que había aprovechado la esquina de su vestido y lo chupaba con determinación. «¿Oíste eso, Thomas? Vas a quedarte aquí. Con nosotros».

Él no dio señales de haberla escuchado y ella miró a su marido, sin saber cómo expresar lo que estaba sintiendo. Él pareció entender y la abrazó.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que se apartara y mirara con censura al bebé. «En este momento, estás obstaculizando las cosas, pequeño muchacho». Lo sacó de los brazos de Lydia y lo dejó en el suelo, lejos de las escaleras. «Estaremos contigo en un momento. Estoy seguro de que puedo contar con tu comprensión». Dio un paso atrás hacia Lydia con una sonrisa.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. «Dijiste que no estabas seguro de que me gustaría la idea. Te encanta torturarme, ¿no?».

Levantó un hombro y adoptó una expresión de falsa inocencia. «Bueno, lo *llevaste* con mi madre para que lo llevaran al Hospital de Expósitos sin decírmelo. ¿Qué más podía suponer, sino que deseabas deshacerte de él?».

Ella le dio una palmada juguetona en el brazo. «Y no le contaste a tu madre tus planes».

Él le rodeó la cintura con los brazos y frunció los labios pensativamente. «Pensé que guardaríamos esa revelación para mañana, una vez que ella haya tenido un poco de tiempo para procesar las cosas. Ha tenido un día muy duro, ya sabes, entre los dos estando enfadados con ella».

«No fui demasiado cruel, ¿verdad?», Lydia preguntó nerviosamente.

Sacudió la cabeza. «En absoluto. Casi aplaudo cuando dijiste todo eso. Ella te respetará más porque viene directamente de ti».

Lydia asintió, esperando que él tuviera razón. «¿Estás absolutamente seguro, sin embargo, de que realmente deseas tener a Thomas? Lo amo, Miles, y estoy completamente feliz de pensar que él es nuestro, pero...», buscó sus ojos, «aún más que eso, más que nada, te quiero a *ti*. Quiero que estemos juntos. Eres mi prioridad».

Miles le tomó la cara con ambas manos. «Y tu eres la mía. Y eso es lo que nos convertirá en buenos padres para Thomas».

Thomas gritó de repente y el sonido resonó en el pasillo. Se quedó quieto, con los ojos muy abiertos mientras el sonido se desvanecía. Gritó de nuevo y Miles y Lydia se rieron.

Presionó sus labios contra los de ella, ambos sonriendo detrás del beso mientras Thomas emitía más de los mismos gritos, aumentando en volumen.

«Qué maravilloso regalo me has dado», dijo Lydia, con las manos entrelazadas detrás del cuello de Miles.

«Y uno ruidoso», dijo Miles secamente con una mirada de reojo a Thomas.

«No me refiero solo a Thomas», dijo ella. «*He* deseado tener un hijo. Pero tener a Thomas me ha hecho darme cuenta de que, aún más, añoraba lo *nuestro*».

Él cerró los ojos, como si dejara que sus palabras calaran hondo, y su garganta se estremeció.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho, escuchando el tranquilizador sonido de los latidos de su corazón. «Te he extrañado muchísimo, Miles», dijo en voz baja.

«Y yo a ti», respondió él, dándole un beso en el cabello. «Te he querido casi desde el momento en que te conocí, Lydia. Nunca he dejado de hacerlo y nunca lo haré. Te lo prometo. *Siempre* te amaré, mientras viva».

«Y yo a ti», dijo, y se puso de puntillas. Miles encontró sus labios con entusiasmo y

compartieron un beso diferente a cualquier otro que Lydia hubiera experimentado, destinado a compensar cada beso que se habían perdido.

Se abrió una puerta al final del pasillo. «¿A qué se debe todo este alboroto aquí?». Diana preguntó cuando vio a Miles y Lydia con los labios unidos. «Oh».

No se separaron de inmediato, sino que terminaron el beso lenta y suavemente. A regañadientes.

«Un beso como ese puede valer más que una rama entera de bayas de un muérdago», dijo Diana con una sonrisa traviesa. «Es mejor, porque ciertamente *yo* no he tenido la oportunidad de tomar bayas y sería una pena que se desperdiciaran». Se acercó a Thomas, se agachó y lo levantó. «¿Te han olvidado estos dos tortolitos, querido? ¡Qué crueles son!».

«Él se queda, Di», dijo Lydia, sosteniendo la mano de Miles con fuerza entre las suyas y parándose a su lado.

«Por supuesto que se queda», dijo Diana, frotando su nariz contra la de Thomas. «¿A dónde más iría? Él pertenece aquí». Con Thomas en brazos, regresó a su habitación.

«¡Di!», Lydia habló con una sonrisa desconcertada. «¿Qué estás haciendo?».

«Llevándolo conmigo», gritó por encima del hombro. «Prefiero pensar que a ustedes dos les quedan algunas bayas más de besos».

Lydia miró a Miles, quien se rió entre dientes cuando la puerta se cerró con un *ruido sordo* al salir Diana, interrumpiendo la ininteligible conversación de Thomas.

«Y *yo*...», Lydia condujo a Miles hacia su dormitorio y abrió la puerta, «creo que tiene razón».

Epílogo

18 de diciembre de 1815

El carruaje se sacudía sobre los adoquines, y finalmente se detuvo después de atravesar las puertas de hierro forjado.

Thomas golpeaba la ventanilla del carruaje con la mano y Lydia respiró hondo.

«¿Estás lista?», preguntó Miles, mirando por encima de su hombro la perspectiva del Hospital de Expósitos. Este año no había nieve en el suelo; diciembre había sido templado. Al día siguiente llegarían a Staffordshire, donde la propia familia de Lydia se reuniría con ellos para pasar la Navidad.

Lydia miró a Miles con una sonrisa y asintió, aunque mariposas revoloteaban en su estómago con una mezcla de anticipación y nerviosismo. «Lo estoy».

La ayudó a bajar del carruaje y luego se volvió hacia Thomas, que estaba listo para intentar el descenso él mismo. Estaba decidido a demostrar sus habilidades como caminante, y aspirante a corredor, cada vez que se presentaba la oportunidad.

«No, no, Tommy», dijo Miles, ayudándolo a bajar. «Practicaremos eso otro día. No debemos hacerlos esperar».

Dos carros esperaban detrás de su carruaje y los sirvientes salieron, listos para recibir instrucciones.

«Esperen aquí», les ordenó Miles. «Saldrán en breve».

Los tres se dirigieron hacia el edificio principal justo cuando una fila de niños salía del edificio a su derecha. Lydia redujo el paso y Miles hizo lo mismo. Juntos, observaron a los niños cruzar el patio hacia el edificio de enfrente, muchos de ellos lanzaban miradas curiosas hacia los tres.

Lydia suspiró y Miles la miró con una mueca de comprensión, mientras Thomas observaba a los niños, absortos en la quietud por un breve momento.

«Ojalá pudiéramos ayudarlos a todos», dijo Lydia, mirando cada rostro.

«Lo sé mi amor. Y lo *estamos* haciendo. Quizá no tanto como cualquiera de nosotros desearía, pero, aun así. Tendrán una Navidad más feliz gracias a nuestros regalos».

Él tenia razón, por supuesto. El gesto podría ser pequeño, pero significaría *algo*. «Ojalá pudiéramos entregarlos nosotros mismos como lo hicimos el año pasado», dijo Lydia mientras continuaban hacia las puertas, «pero supongo que lo importante es que reciban los regalos».

Una vez dentro, fueron recibidos por el señor Moss, quien les sonrió afablemente.

«Lord y lady Lynham», dijo. «Nos sentimos honrados de darles nuevamente la bienvenida aquí».

Miles inclinó la cabeza con respeto mientras Thomas se retorcía en sus brazos. Miles lo dejó en el suelo y una gran sonrisa se dibujó en el rostro del niño ante la libertad que se le presentaba. Lydia no pudo evitar pensar en lo agradecida que estaba de que ésta fuera su experiencia en el hospital, visitar el lugar junto a su madre y su padre. Hacía apenas un mes, el Tribunal de Equidad le había concedido a Miles la tutela legal de Thomas. Las cosas podrían haber sido muy diferentes para él.

«Hay dos carros en el patio», le dijo Miles al señor Moss. «Los sirvientes están esperando que les indiquen dónde depositar los obsequios que contienen».

El señor Moss ordenó a uno de sus hombres que fuera a hacerse cargo y se quedaron solos con él nuevamente.

Thomas se colgó de las faldas de Lydia y ella le dio a Miles un ligero codazo.

Se aclaró la garganta. «En cuanto al otro asunto, confío en que todo esté en orden».

El señor Moss asintió. «En efecto. Puedo advertirle que puede ser un poco difícil. Nunca ha sido de muchas palabras y necesitará tiempo para acostumbrarse, tal vez una cantidad significativa de tiempo».

Lydia asintió apresuradamente. «Por supuesto. Lo entendemos perfectamente».

El señor Moss vaciló un momento, luego se giró y desapareció por una puerta detrás de él.

Lydia agarró la mano de Miles y la apretó, y él le devolvió la presión.

La puerta se abrió de nuevo y Lydia se enderezó. El señor Moss salió y, detrás de él, un niño. Era mucho más alto de lo que Lydia recordaba. Ahora tenía diez años, según lo que el hospital había podido estimar. Su cabello oscuro parecía haber sido cortado recientemente, tan despuntadas eran las puntas que le caían sobre la frente. Se llevó una mano al cabello y lo presionó hacia abajo en un gesto tímido que a Lydia le retorció el corazón. Sabía lo que vería en esa mano: cicatrices de los azotes, con suerte ya desvanecidas.

«Buenos días, Matthew», dijo Lydia, y su voz temblaba, en parte emoción, en parte nervios.

No dijo nada, se llevó las manos a la espalda y bajó la mirada.

«Acércate, Matthew», dijo el Sr. Moss. «Lady Lynham está hablando contigo. Es de mala educación no responder».

«Buenos días, señora», dijo el niño en un tono desganado y sombrío, mientras sus ojos miraban a cualquier lugar menos al rostro de ella.

Ella y Miles compartieron una mirada. Esto sería difícil. Lo sabían. Pero, cuando decidieron acoger a otro niño, Lydia supo de inmediato que era Matthew a quien deseaba darle la acogida a su casa.

«Gracias, Matthew. Sin embargo, no es necesario que hables si no lo deseas. Entiendo que todo esto debe resultarte muy extraño».

No dijo nada y, con una mueca en los labios apretados, el señor Moss se llevó a Miles con él para firmar algunos papeles, dejando solos a Lydia, Thomas y Matthew.

Thomas se acercó a Matthew, quien lo miraba con cautela. Probablemente nunca antes había estado cerca de un bebé. Habría muchas cosas nuevas a las que tendría que acostumbrarse.

Thomas tiró del dedo de Matthew y Lydia se acercó y apartó a Thomas. «Le gustas. Quiere jugar contigo, creo. Es uno de sus juegos favoritos, ¿ves?». Ella extendió la palma y Thomas la golpeó con la suya.

La comisura de la boca de Matthew se levantó, pero rápidamente la controló.

Sin embargo, el parpadeo momentáneo le dio esperanza a Lydia. Quizás Thomas haría por Matthew lo que había hecho por Miles y Lydia. Generar interacción y alegría donde habían estado ausentes durante mucho tiempo.

Miles salió poco después y se acercó a Matthew. «¿Estás listo, Matthew? Nuestro carruaje está afuera, esperándonos».

Los ojos de Matthew mostraron los primeros signos de miedo y miró al señor Moss, quien asintió.

«Te cuidarán bien, Matthew», dijo el Sr. Moss.

Matthew asintió levemente y se despidieron del Sr. Moss.

Dejaron que Matthew subiera primero al carruaje y él se deslizó lo más lejos que pudo en un rincón. Miles tomó asiento a su lado, dándole su espacio. Lydia deseaba poder abrazar al niño y asegurarle que todo estaría bien.

Todo en buen tiempo.

«Estamos muy contentos de que te unas a nuestra familia, Matthew», dijo Miles mientras golpeaba su mano para hacerle una señal al conductor del carro.

«Realmente lo estamos». Lydia empujó a Thomas hacia el asiento mientras él intentaba levantarse. «Espero que tú también esté feliz con nosotros. Con el tiempo».

Matthew permaneció en silencio y Miles le sonrió a Lydia al otro lado del carruaje. Esta sería una nueva aventura juntos y estaba agradecida de tener a Miles a su lado.

FIN

Nota final

Muchas gracias por leer *Hallazgo en Navidad*. Espero que ya hayas tenido la oportunidad de leer y disfrutar los otros libros de la serie.

He hecho todo lo posible para ser fiel a la época y los detalles del presente, así que me disculpo si me equivoqué en algo. Continúo aprendiendo e investigando mientras intento crear historias que sean agradables para lectores como tú.

Si te gustó el libro, deja un comentario y cuéntaselo a tus amigos. Los autores como yo dependemos de lectores como tú para difundir los libros que les han gustado.

Si desea mantenerte en contacto, suscríbete a mi boletín. Si solo quieres tener actualizaciones sobre nuevos lanzamientos, puedes seguirme en BookBub o en Amazon. También puedes conectarte conmigo en Facebook e Instagram.

¡Me encantaría saber de ti!

También en esta serie

Belles of Christmas: Frost Fair

Her Silent Knight by Ashtyn Newbold
All is Mary and Bright by Kasey Stockton
Thawing the Viscount's Heart by Mindy Burbidge Strunk
On the Second Day of Christmas by Deborah M. Hathaway
Hallazgo en Navidad por Martha Keyes

Belles of Christmas: Masquerade

Unmasking Lady Caroline by Mindy Burbidge Strunk
Buena voluntad para el caballero por Martha Keyes
The Earl’s Mistletoe Match by Ashtyn Newbold
Nine Ladies Dancing by Deborah M. Hathaway
A Duke for Lady Eve by Kasey Stockton

Agradecimientos

Ante todo, debo agradecer a mi propia experiencia de vida por este trabajo. Me ha moldeado de maneras que tal vez nunca quise, pero que ciertamente necesitaba. Reconozco la mano de Dios en ello y en convertir el dolor en alegría como solo Él puede hacerlo.

Mi esposo ha vivido todo esto conmigo y continúa apoyándome de manera muy valiosa mientras escribo esta historia.

Gracias a Micah, Jonah y Zachariah por enseñarme muchas de las lecciones de este libro. Son todo para mi.

Un agradecimiento especial a mis compañeros autores de la serie: Ashtyn, Kasey, Mindy y Deborah. Son el equipo ideal con el que trabajar. Gracias a mis compañeros del grupo de crítica por ayudarme a allanar obstáculos y solucionar problemas en las primeras etapas.

Gracias a mi editora, Jenny Proctor, por sus maravillosos comentarios. ¡Me alegro mucho de contar contigo!

Gracias a mis lectores beta y al Equipo de Revisión por su ayuda y apoyo en un negocio a menudo estresante.

Y como siempre, gracias a todos mis compañeros autores de Regencia y a las maravillosas comunidades de The Writing Gals y LDS Beta Readers. ¡Estaría perdida sin toda su ayuda e iniciativa!

Acerca de la autora



Martha Keyes nació, creció y se educó en Utah, un hogar que ama profundamente, pero del que también le encanta escaparse siempre que puede para viajar por el mundo. Es licenciada en Filología Francesa y tiene una maestría en Salud Pública, ambos por la Universidad Brigham Young.

La creación literaria siempre le ha fascinado y motivado, pero no fue hasta hace unos años cuando se planteó escribir sus propias historias. Cuando no está escribiendo, se dedica a

perfeccionar su técnica fotográfica, a buscar ofertas de viajes y a pasar tiempo con su marido y sus hijos. Vive con su marido y sus dos hijos gemelos en Vineyard, Utah.

Otros títulos de Martha Keyes

Si te gustó este libro, no dejes de echar un vistazo a mis otras historias:

Families of Dorset Series

Wyndcross: A Regency Romance (Book One)
Isabel: A Regency Romance (Book Two)
Cecilia: A Regency Romance (Book Three)
Hazelhurst: A Regency Romance (Book Four)
Phoebe: A Regency Romance (Series Novelette)

Regency Shakespeare Series

A Foolish Heart (Book One)
My Wild Heart (Book Two)
True of Heart (Book Three)

Otros títulos

Of Lands High and Low
The Christmas Foundling (Belles of Christmas: Frost Fair Book Five)
Goodwill for the Gentleman (Belles of Christmas Book Two)
Eleanor: A Regency Romance
The Road through Rushbury (Seasons of Change Book One)

Únete a mi boletín para estar en contacto y conocer más de ¡la Época de la Regencia! Trataré de que siga siendo divertido e interesante.

O, sígueme en BookBub para conocer mis recomendaciones y recibir alertas sobre nuevos lanzamientos.

Derechos de autor

The Christmas Foundling © 2020 por Martha Keyes. Todos los derechos reservados.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora. La única excepción es la de algún crítico, que puede citar breves extractos en una reseña.
Diseño de portada por: Martha Keyes y Ashtyn Newbold.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es mera coincidencia.

Martha Keyes
http://www.marthakeyes.com

Traducción del inglés: Elizabeth Garay garayliz@gmail.com